

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

SANTA TERESA DE LOS ANDES

LIMA – PERÚ

SANTA TERESA DE LOS ANDES

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: VIDA FAMILIAR

Sus padres
Sus primeros años.
Primera comunión.
Después de su primera comunión.
Al colegio.
Excursiones.
Los pobres.
Ansias de santidad.
Víctima de amor.
Sueños de infinito.
Su vocación.
Dudas sobre su vocación de carmelita.
Visita al monasterio.
Pide permiso a su padre.
Despedida familiar.

SEGUNDA PARTE: VIDA RELIGIOSA

Entrada al convento.
Sus primeros años en el convento.
Toma de hábito.
Noviciado.
Feliz de ser carmelita.
Su oración.
Amor a Jesús.
Amor a María.
Sus devociones.
El demonio.
Dones sobrenaturales.
Su muerte.
Su Diario.

TERCERA PARTE: SU GLORIFICACIÓN

Milagros después de su muerte.
Monasterio de Los Andes.
Beatificación y canonización.

CRONOLOGÍA

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de santa Teresa de los Andes es una vida fresca y hermosa como ella, que murió a los 19 años en plena juventud. Ella desde niña sintió un deseo muy grande de amar a Dios. Después de su primera comunión este deseo se fue aumentando, ya que Jesús le hablaba y le enseñaba a vivir una vida de entrega total.

Juanita, como la llamaban en casa, era de familia rica y tuvo todas las comodidades deseables, pero ella desde niña no quiso lucirse con vestidos o joyas, sino más bien se preocupaba de ayudar a los demás, especialmente dando catecismo a los niños pobres y curando a los enfermos. En su casa era el ángel de la familia, que alegraba a todos con su amor y sonrisa. También tenía sus defectos que, poco a poco, fue superando con la gracia de Dios.

Su vida es una vida de superación y santificación personal. Dios la escogió como una bella flor de su jardín y Jesús se enamoró de ella desde niña, concediéndole gracias y carismas extraordinarios. A los 18 años entró de religiosa en el Carmelo de Los Andes y Dios la preparó en pocos meses para llevársela al cielo. Murió como una santa y la Iglesia la ha reconocido como tal.

Que esta santa chilena, hermana y amiga de todos, especialmente de los jóvenes, nos señale el camino para llegar a Dios por medio de una entrega total al servicio de Dios y de los demás. Y que su luz nos guíe por los senderos de la vida para ser santos y felices de corazón.

Nota.- Al citar *Diario* nos referiremos al *Diario y cartas*, Ed. Carmelo teresiano, Santiago de Chile, 1993.

Sum hace referencia al *Summarium* (Sumario) del Proceso canonizationis servae Dei Teresiae a Jesu (de los Andes). Positio super virtutibus, Roma, 1985.

Las notas de *Lirio* son del libro *Un lirio del Carmelo*, escrito por sor Gabriela del Niño Jesús, 1926, tercera edición corregida de 1940.

PRIMERA PARTE VIDA FAMILIAR

SUS PADRES

Su padre se llamaba Miguel Fernández Jaraquemada y su madre Lucía Solar Armstrong de Fernández. Tuvieron siete hijos: Lucía (1894-1968), Miguel (1895-1953), Luis (1898-1984), Juana, que murió a las pocas horas de nacer en 1899; Juanita, nuestra santa (1900-1920), Rebeca (1902-1942) e Ignacio (1910-1976).

Eran de familia rica. El abuelo materno Eulogio Solar poseía la gran hacienda de Chacabuco, que distaba unos 60 kilómetros de Santiago de Chile y que en parte le tocó en herencia a su madre. Eran muy cristianos y en su casa de Santiago tenían un capellán que era Monseñor Aníbal Carvajal. Iban con frecuencia a misa, no sólo los domingos, sino también en días ordinarios. Y rezaban el rosario en casa todos los días, guiados por el abuelo Eulogio, a quien nuestra Juanita lo consideraba un santo. Su padre estaba ausente con frecuencia por atender a los empleados de las haciendas y se fue enfriando un poco en la fe, pero en la casa de Santiago se vivía con mucho fervor.

El padre Artemino Colom era confesor de su madre y visitaba con frecuencia a la familia para animarla en la fe.

SUS PRIMEROS AÑOS

Juanita, nuestra santa, se llamaba Juana Enriqueta Josefina de los Sagrados Corazones. Nació en Santiago de Chile el 13 de julio de 1900 y fue bautizada el día 15 en la parroquia de Santa Ana por don Baldomero Grossi. Fueron sus padrinos sus tíos Salvador Ruiz Tagle y Rosa Fernández de Ruiz Tagle. *A la edad de tres años, cuando la llevaban a misa y llegaba el momento de la comunión, se encendía en deseos de recibir a su Dios; y a los seis años, según sus recuerdos, nuestro Señor tomó posesión entera de su corazón, manifestándole que su camino había de ser el mismo que Él amó y recorrió: el amar y padecer, enseñándole a sufrir en silencio y desahogar sólo en Él su corazón...*

Al llegar a los siete años sintió como que le cambiaba el carácter, que de suyo era suave y tímido, experimentando de vez en cuando fuertes ímpetus de ira, lo que venció con ayuda de nuestro Señor y de la santísima Virgen, que, como ella decía, la tomaron de su mano, sosteniéndola en estos trances. Consiguió

*pacificar de tal manera su corazón que ya nadie pudo impacientarla, a pesar de que sus hermanos y primos, de propósito, lo procuraban, permaneciendo ella impasible, como si no oyera lo que decían*¹.

Con sus cuatro años ya era un alma hermosa, llena de Dios. Un padre joven asuncionista, llegado de Francia, declaró: *La conocí en 1904 ó 1905, cuando Juana tenía cuatro años más o menos. Pronto me llamó la atención la precocidad de su espíritu, admirando yo cómo raciocinaba sobre las cosas y cómo manifestaba ya, en esa edad tan tierna, amor y culto hacia ellas. Confieso que entonces comprendí cómo pudiera la santísima Virgen, a los cuatro años tan sólo, consagrarse a Dios en el templo. Si, por ejemplo, yo lavaba los purificadores en el patio adyacente a la capilla, la niña no me dejaba, dirigiéndome encantadoras preguntas sobre el para qué de esos liencecitos, pronta a ofrecerme sus diminutos servicios, como traerme agua caliente, etc. También era admirable ya su deseo del cielo. Recuerdo que un día tomándome de la mano, la niñita me dijo: “Padrecito, vámonos al cielo”. “Bien, hijita, vámonos al cielo”. Y habiendo salido ambos de la casa, le pregunté: “Bueno, Juanita, ¿y por dónde vamos al cielo?”. “Por allá”, contestó señalando con su dedito la andina cordillera que se erguía con su mole gigantesca a nuestro lado por el este. “Está bien, hijita, repuse yo, pero fijate, cuando hayamos trepado estos altos montes, todavía faltará mucho, muchísimo para alcanzar el cielo. No, hijita, éste no es el camino del cielo. Jesús en el sagrario, es el verdadero camino del cielo”.*

*Llevábala a la iglesia a veces y gustábame rezar frente al altar, junto a esta niñita angelical; dictábale yo palabras de oración a Jesús sacramentado, que iba repitiendo ingenuamente y que eran como de una ardiente súplica para que el Señor conservara en su exquisita fragancia a esta florecita de inocencia y de amor y que, al mismo tiempo, derramara copiosas bendiciones sobre las primicias de mi ministerio sacerdotal*².

Ofelia, la empleada que la atendió apenas nacida hasta que entró al convento, la encontró un día arrodillada en su cama cuando aún no tenía cinco años y Juanita le dijo que *había estado con ella el Sagrado Corazón y le había dicho que tenía que ser carmelita y que moriría a los 20 años*³.

Ya desde muy pequeñita sentía ansias de amar a Dios. Su nana, Ofelia Miranda, a quien ella llamaba mamita, nos dice: *Cuando era muy pequeñita no*

¹ Carta circular que la Madre Angélica Teresa del Sacramento envió a otras comunidades de carmelitas descalzas después de su muerte.

² Lirio, pp. 11-13.

³ Sum pp. 315-316.

*podía dormirse si no la hacían rezar y lloraba hasta que no la ayudaban a rezar*⁴.

Cuando tenía 7 años, en 1907, murió su abuelito y la misma Ofelia refiere: *Cuando murió su abuelo Eulogio Solar en Santiago, ella estaba en (la hacienda de) Chacabuco y se despertó llorando y diciendo: Mi abuelito Tatacito se ha muerto*”⁵.

Su hermano Luis Fernández refiere: *Juanita dormía con Rebeca en la pieza contigua a la mía. En la mañana temprano llegó Juanita muy azorada y me despierta, diciendo: “Él ya se fue”. “¿Cómo lo sabes?”, le dije yo. Juanita, levantando el índice de la mano, me responde: “No sé, pero alguien me lo ha dicho”, dando a entender que del cielo recibió la noticia*⁶.

Su madre declaró: *Una vez cuando tenía unos siete años, necesitaba tomar una medicina amarga y mi hermana Juana Solar, para que la tomase, le prometió darle una imagen de la santísima Virgen. Juanita la tomó y esa imagen fue su compañera inseparable hasta su ingreso al monasterio. En los viajes la tenía entre las manos*⁷.

A los siete años hizo su primera confesión con el padre Artemio Colom, que era el confesor de su madre y se preocupaba también de la formación religiosa de los niños.

PRIMERA COMUNIÓN

Tenía tantos deseos de comulgar que deseaba con ansia recibir a Jesús cuanto antes. Sus padres decidieron ante tantas insistencias, que la hiciera en 1910 y comenzó a prepararse con tanto esmero durante un año que lloraba de ganas de recibir a su Señor, pensando que tardaba mucho. Ella decía que la santísima Virgen le ayudaba a limpiar su alma de toda imperfección. Y hacía sacrificios, que iba anotando en un cuaderno, que ahora se encuentra en el convento de Los Andes.

En el retiro de su primera comunión pidió permiso a su madre para no ir al comedor con todos para estar más recogida. La vigilia de su primera comunión el padre Mateo Crawley (famoso misionero de la entronización del Sagrado Corazón de Jesús en las familias) consagró la casa al Sagrado Corazón. Ella no

⁴ Sum p. 21.

⁵ Sum p. 22.

⁶ Sum pp. 325-326.

⁷ Sum p. 6.

estaba, porque se preparaba en el colegio para su primera comunión y su madre le pidió el padre Mateo que la consagrara a ella al Corazón de Jesús.

En la tarde precedente a su primera comunión pidió perdón a todos en casa. No se preocupó de las cosas referentes a su persona, dejando a los demás las cosas exteriores, preocupada solamente de su primera comunión, que recibió de Monseñor Ramón Ángel Jara, obispo de La Serena.

Vio llegar el día feliz, en que debía unirse a su Dios: día, como ella decía, sin nubes, y en el que tuvo la inmensa dicha de oír, por vez primera, la voz de Jesús, que inundó su alma de amor, de paz y de dulzura que no son para expresar. Le pidió una y mil veces a Jesús que se la llevara... El día de su primera comunión fue el del Dulce nombre de María, 11 de septiembre de 1910... Su devoción a la santísima Virgen iba en aumento. Con gran confianza le contaba sus penas y sus goces, y en una ocasión en que le pedía la conversión de un pecador, Ella le contestó, dejándole oír su voz; desde entonces hablaba con la santísima Virgen como una hija con su madre, contestándole Ella todas sus preguntas, confirmando los sucesos la veracidad de esta gracia ⁸.

A partir de su primera comunión quería comulgar todos los días y siempre que podía se acercaba a comulgar sin dejar un solo día, tanto era su amor a Jesús Eucaristía. A los pocos meses, con sus diez años, después de estar dos meses de preparación como externa en el colegio del Sagrado Corazón, recibió el sacramento de la confirmación.

DESPUÉS DE SU PRIMERA COMUNIÓN

Hubo un cambio manifiesto en la vida de Juanita después de su primera comunión. Desde pequeña era muy susceptible e irascible, pero después se corrigió mucho y solía vencerse ⁹. Por supuesto que no era perfecta, pero conseguía muchas victorias sobre su genio, porque lo hacía por amor a Jesús.

Ella misma escribió: *Quiero dejar escrito un acontecimiento que me sucedió, que aunque pequeño, me sirvió para humillarme. Estábamos en instrucción cuando una abeja u otro bicho más grande se acercó a mí. Sin saber cómo di un salto y arranqué para afuera de la sala; pero después me dio vergüenza de no haberme sabido vencer, pero en fin ofrecí la humillación a Dios y entré. Entonces la M. Izquierdo me miró tan fija y profundamente que hubiera querido que me tragara la tierra, como recordándome mi poca vigilancia sobre*

⁸ Carta circular de la Madre priora después de su muerte.

⁹ Sum p. 31.

mis inclinaciones. Oh, cuán pequeña y miserable me vi. Estaba sola. Jesús me dejó y yo, sin Jesús, ¿qué soy sino miseria? Después le fui a pedir perdón a la Madre. Confieso que me costó; pero me dirigí a mi Madre y Ella, como siempre, me ayudó. La M. Izquierdo me dijo: “Bueno”, inmediatamente. Creo que hubiera preferido que me hubiera reprendido. Entonces me acordé de Jesús, y de su misericordia cuando miró a Pedro y lo enterneció con su mirada. Doy gracias a Dios de este acontecimiento, pues no lo ofendí, mas sirvió para humillarme¹⁰.

Nos vinimos del pensionado y al poco tiempo nos fuimos a Chacabuco, que mi papá había arrendado. Pero yo no podía subir a caballo, lo que me causaba un sacrificio muy grande; pues no hay nada que me guste más que el caballo. Lo pasamos muy bien. Hubo misiones. Tuvimos misa seguido y me sentía muy feliz.

Para mayor humillación contaré una rabieta que tuve, que fue tan grande que parecía que estaba loca. La causa de ella fue que mi hermana y mi prima que estaba con nosotros no se quisieron bañar juntas con nosotras, porque éramos muy chicas. Me disgustó que me dijeran chica y no quería irme a bañar, pero me obligaron. Cuando ya nos estábamos vistiendo, llegaron las chiquillas a apurarnos, pero les contesté que no me vestía hasta que se fueran. Pero ellas no quisieron irse, y mi mamá me dijo que me vistiera. Yo, taimada, no quise. Me pegó mi mamá y fue todo inútil. Yo lloraba y era tanta la rabia que tenía, que quería tirarme al baño. Mi mamita me principió a vestir, pero yo seguía rabiando. Cuando estuve lista, me arrepentí de lo que había hecho y le fui a pedir perdón a mi mamá, que tenía mucha pena de verme así y decía que se venía a Santiago para no estar con una chiquilla tan rabiosa; pero ella no me quiso perdonar, con lo que yo lloraba inconsolable. Me echó de su pieza y yo me fui a esconder para llorar libremente. Llegó la hora de tomar onces y no quería ir hasta que me obligaron; pero yo estaba avergonzada y no quería mirar a nadie, pues había dado muy mal ejemplo. No sé cuántas veces pedí perdón, hasta que en la noche, mi mamá me dijo que vería cómo era mi conducta en adelante.

Yo creo que de este pecado he tenido contrición perfecta, pues lo he llorado no sé cuántas veces. Y cada vez que me acuerdo, me apeno de haber sido tan ingrata con nuestro Señor¹¹.

Trató siempre de evitar al máximo cualquier pecado pequeño, pero especialmente los pecados más grandes. Dice al respecto su amiga Josefina

¹⁰ Diario, p. 68.

¹¹ Diario, pp. 37-38.

Salas: *Me invitaba a rezar y lo hacíamos juntas todos los días con esta breve oración: “Señor, envíame la muerte antes que cometer un pecado mortal”*¹².

Su hermano Luis Fernández nos dice: *Después de su primera comunión, se notó un cambio en la conducta de Juanita que hasta entonces había dejado entrever algunos defectillos: carácter un tanto iracundo y le costaba obedecer. El contacto diario con el Señor en la comunión la transformó. Su carácter se tornó suave y servicial. Fue obediente y dócil de tal modo que nos llamaba la atención a todos sus hermanos y nos servía de ejemplo*¹³.

Y añade: *En las mañanas tocaba el armonium en sordina y cantaba con voz profunda: “Me gusta saludarlo, cantando”, me decía*¹⁴. *Cada puntada de la aguja es un acto de amor a Dios*¹⁵. *Quiero que mis acciones, mis deseos y mis pensamientos lleven el sello: “Soy de Jesús”*¹⁶.

Ella era la alegría de la familia. Dice su hermano Luis: *Cuidaba de nosotros cuando estábamos enfermos: lo primero que se nos ocurría al enfermarnos era llamar a la Juanita para que nos atendiera. Se iba al tercer patio a cuidar a la empleada que estuviera mal de salud. Era dócil y sumisa con la mamá, exigente y autoritaria; obedecía a las empleadas antiguas, especialmente a la mamá Ofelia. Por último, la laboriosidad de Juanita era ejemplar, nunca la vi ociosa. Era el ángel del hogar con su gracia y alegría*¹⁷.

Francisco Javier Domínguez, su primo, refiere: *Nosotros, parientes y consanguíneos de Juanita, teníamos la opinión en forma unánime que constituía la joya más valiosa del hogar*¹⁸.

Para dirigir su alma tuvo varios confesores en Santiago, dos jesuitas (Artemio Colom y Antonio Falgueras), dos claretianos (Julián Cea y José Blanch) y más tarde del padre Avertano, carmelita descalzo.

¹² Sum p. 183.

¹³ Sum p. 327.

¹⁴ Sum p. 339.

¹⁵ Sum p. 182.

¹⁶ Diario, p. 73.

¹⁷ Sum p. 328.

¹⁸ Sum p. 166.

AL COLEGIO

Ofelia Miranda, su mamita, la empleada mayor de la casa, manifiesta: *No tenía ni siete años y su madre la puso en el colegio de las religiosas teresianas. Juanita notó que alguna niña iba poco modestamente vestida y se lo contó a su madre. La señora Lucía se lo dijo a la directora para que tuviera cuidado, pero la directora castigó a Juanita por decírselo a su madre. Y la madre la sacó del colegio donde sólo estuvo tres o cuatro meses y la puso de externa en el colegio del Sagrado Corazón*¹⁹.

En el colegio del Sagrado Corazón estuvo de externa junto con su hermana Rebeca de 1907 a 1915; y como interna solamente ocho meses antes de entrar en el Carmelo de Los Andes. El colegio lo llevaban las Madres del Sagrado Corazón, fundadas en 1800 por santa Magdalena Sofía Barat. Habían llegado a Santiago en 1854. Las religiosas inculcaban mucho a las alumnas la devoción al Corazón de Jesús y a la Virgen María, bajo el título de *Mater admirabilis* (Madre admirable). El día más grande del colegio era el 20 de octubre, fiesta de María Mater admirabilis. Ese día había largos recreos y Juanita se complacía en arreglar las flores de la imagen de la patrona de las alumnas²⁰.

Sor Ana Rücker, una de sus compañeras de entonces, dice que el mes de mayo lo celebraba con gran fervor en honor de la Virgen María. *Las compañeras la llamábamos “mater admirabilis” por la perfección con que hacía todas sus cosas*²¹.

*Físicamente era de porte distinguido, más bien alta. De gran belleza física, muy amable y muy fina de modales*²². Su hermano Luis recalca: *Era extremadamente atrayente. Su modo de expresarse muy dulce. Era castaño oscuro, cabeza pequeña y bastante bien conformada. Voz muy agradable y en su mirada parecía que veía algo y en lo interior de su mirada había mucha firmeza... Era alegre y parecía estar siempre contenta*²³.

Como colegiala, recuerda sor Ana Rücker, *era maravillosa en el cumplimiento del deber. Yo la veía en los recreos la primera en jugar, alegre y amable. En las horas de silencio nadie le sacaba una palabra. Esto lo presencié en los dos años que estuve con ella en el externado. En la capilla llamaba la*

¹⁹ Sum p. 22.

²⁰ Sum p. 251.

²¹ Sum p. 91.

²² Sum p. 127.

²³ Sum p. 19.

*atención por su piedad, parecía un ángel, estaba perdida en Dios, siempre arrodillada*²⁴.

Y añade: *Era de inteligencia común, nada de sobresaliente. Los premios que se sacaba eran debido a sus esfuerzos más que a su cabeza. Premio de conducta se sacaba todos los años. También obtuvo distinciones en literatura y redacción*²⁵.

*En el colegio supo ganarse la confianza de las profesoras. Ganó la “banda azul”, premio de distinción a las mejores alumnas. En lo intelectual y en los estudios era una alumna corriente y normal*²⁶.

Sor Carmen Teresa del niño Jesús aseguraba haberle oído: *El estudio de la química lo aborrezco, pero aprendo las lecciones por amor de Dios y por cumplir con mi deber. Le he prometido al Señor sacarme el primer puesto. Y obtuvo el premio*²⁷.

No le gustaba perder tiempo. Sor María Josefina Salas cuenta: *Un día fuimos al cine juntas, pero después me dijo: “No iré nunca más”. Y lo cumplió, porque ir al cine era perder el tiempo... Nunca la vi leer una novela. Yo le decía por qué no leía las novelas rosas de aquel tiempo, de un autor Delly, muy en boga. Me respondía que era perder el tiempo*²⁸.

Sor Elena Salas refiere: *Según el reglamento interno del colegio, las alumnas debíamos comer todo lo que nos daban y, en caso contrario, seríamos castigadas. En cierta ocasión dieron un postre de arroz, desabrido y gelatinoso. Las internas que formábamos nuestra mesa, lo dejábamos después de haberlo probado, arriesgando un castigo. Juanita, para que no fuésemos castigadas, mostrando su espíritu de sacrificio, se comió cerca de diez platillos de postre*²⁹.

El padre Francisco Lyon recuerda: *No usaba joyas, ni siquiera se ponía polvos para el cutis. Sus amigas le decían: “Arréglate un poquito”, pero iba siempre sencilla y pobre en su vestimenta. No gastaba dinero en salir, en paseos, en lujos del mundo, a pesar de ser de familia distinguida y considerada como tal en la sociedad*³⁰.

²⁴ Sum p. 194.

²⁵ Sum p. 196.

²⁶ Sum p. 181.

²⁷ Sum p. 135.

²⁸ Sum p. 179.

²⁹ Sum p. 208.

³⁰ Sum p. 104.

Sor Elena Salas dice que *las religiosas le encomendaron ser vigilante en los recreos, al cuidado de las más pequeñas. Desempeñó bien su oficio, ayudaba a las niñas, las consolaba cuando lloraban o se ponían tristes, echando de menos a sus familias. Las chicas la querían mucho y la obedecían. También tomó parte, con abnegación y constancia, en la enseñanza del catecismo a los niños que estudiaban en la escuela para gente de escasos recursos, escuela que funcionaba al lado del colegio, internado de señoritas*³¹.

EXCURSIONES

En su infancia y adolescencia pasaba sus vacaciones en la hacienda de Chacabuco. Era propiedad de su abuelo Eulogio y tenía miles de hectáreas colindantes con Argentina a unos 60 kilómetros al norte de Santiago. Allí había una linda capilla. A la muerte del abuelo, a la mamá de Juanita le tocó una parte del fundo Chacabuco. Con el tiempo la economía familiar fue en declive hasta llegar a vender la parte de este fundo que les pertenecía, y el fundo de Melipillo, herencia del padre. El año 1917 fue un año calamitoso económicamente para la familia que perdió ambos fundos por malos manejos de su padre.

La hacienda de Chacabuco fue vendida y *el nuevo dueño, Pascual Balburizza, envió el armónium a Juanita, porque tenía deseo de conservarlo. Todas las mañanas tocaba en sordina melodías para alabar a Dios. Decía: “Necesito alabar a Dios de la mañana a la noche”*³².

*Aprovechaba sus dotes de pianista, bastante diestra, para tocar en las raras fiestas a las que asistía y así se libraba de aceptar bailes. Temía que su madre la obligara a salir a paseos o reuniones de sociedad. Sólo le agradaban las excursiones por el campo o playa, durante las vacaciones*³³.

El padre Lyon dice: *Una manifestación de su piedad fue la preocupación por el decoro del culto de la capilla, al formar un coro con otras señoritas veraneantes, lo que reportó a Juanita muchos sacrificios para reunir jóvenes un tanto inconstantes. Ella misma tocaba el armónium de la capilla. Su actitud fervorosa no se oponía a ser buena compañera, alegre y expansiva*³⁴.

Juanita pasaba las vacaciones en casa de familias amigas que tenían casas en el campo o junto al mar. La familia Lyon Subercaseaux poseía una casa muy grande con una hacienda, llamada Algarrobo, en una localidad junto al mar a 80

³¹ Sum p. 210.

³² Sum p. 171.

³³ Sum pp. 104-105.

³⁴ Sum p. 95.

kilómetros de Santiago. Allí pasó algunas vacaciones. También pasó alguna temporada en el balneario de Viña del Mar; y en la hacienda de la familia Valdés, llamada Cunaco, a 400 kilómetros de Santiago; y en la hacienda Bucalemu, propiedad de unos primos suyos, a 140 kilómetros de Santiago.

También algún tiempo lo pasó en la hacienda de San Pablo en San Javier de Loncomilla, comprada por su padre en 1918 y distante 400 kilómetros de Santiago.

Juanita, por estar mucho tiempo en el campo, hablaba como los campesinos. Su compañera Elena Salas anota: *Le hacíamos bromas y la imitábamos: “La Juana se jue”. Ella al principio, sufría, pero después se reía con nosotras*³⁵.

Sobre sus correrías por las tierras de las haciendas, afirma el padre Francisco Lyon: *Tuve ocasión de salir de paseo a caballo con Juanita, integrando el grupo de sus hermanos y amigos. Participé en la alegría espontánea de Juanita, siendo el alma de estas correrías por playas y quebradas del Algarrobo. Era notable amazona. Al caer la tarde iban todos a la bendición del Santísimo y al rezo del santo rosario. Su recogimiento era ejemplar... Gozaba de la belleza de la creación, del océano y de las frescas playas, circundadas del silencio de voces humanas. Estaban llenas del rumor de las olas. Ella elevaba su espíritu a Dios y era muy recatada, sobre todo en los baños de playa que tomaba en el Algarrobo. Su modestia alcanzaba su vida privada, aun ante sus hermanas*³⁶.

En una carta a su hermana Rebeca del 20 de noviembre de 1918, le cuenta sus paseos por la hacienda Cunaco.

Estoy muy yankee. Con la Herminita salimos a hacer largas excursiones de a pie las dos solas. A veces llegamos embarradas hasta los tobillos, pues nos lanzamos por cualquier parte. Nada nos detiene. Vencemos todos los obstáculos; en una palabra, somos muy varoniles. El otro día gocé a caballo. Galopamos con la gordita desde las dos de la tarde hasta las cuatro y media. Como llovía, salimos ambas con grandes mantas, con las que nos veíamos en unas fachas cómicas. ¡Qué reírnos más! Y pensaba entretanto en ti, mi pichita querida, que estarías estudiando o cosiendo apuradísima. Estoy eximia para manejar. El otro día hicimos un paseo al fundo vecino. Salimos como a las 9 y volvimos a las 12. No te imaginas lo que embromo a la Herminia. Pasamos con ataques de risa perennemente.

³⁵ Sum p. 219.

³⁶ Sum pp. 94-96.

Ayer pasé un susto colosal. Salimos a andar por los potreros y nuestro punto preferido es un río rodeado de mucha vegetación. Después de pasar una gran acequia haciendo puentes de piedras (las cuales hundía la gordita) llegamos a la orilla donde descansamos un rato. Nos inspiramos con la belleza de la naturaleza, y enseguida nos volvimos, cuando de repente siento un ruido entre el pasto. Miro y veo que he pisado una culebra que estaba con sus culebritas. Grito igual al mío no creo haya salido de la boca de ningún mortal. Yo corría desesperada gritando, hasta que me encontré con don Pepe, que se había asustado muchísimo con los gritos de nosotras, y nos hizo pasar al camino. Me acordé de ti, que seguramente habrías tomado la culebra para enrollártela en el brazo. Puede ser que te lleve, cuando me vaya, lagartijas, pues aquí las pisamos a cada instante. ¿No te gustaría?

Gracias a Dios, hemos tenido constantemente misa y hemos tenido al Santísimo; y como nosotras con la Eli y Gorda somos las sacristanas, hemos pasado ratitos de cielo al lado de N. Señor. Entonces, siempre te tenía muy cerquita y le pedía muchas cosas buenas para ti. Ahora, desgraciadamente se fueron los padres; así es que mañana no podremos comulgar, lo que siento en el alma; pero te ruego lo hagas tú por mí todos estos días ³⁷.

LOS POBRES

Desde muy niña Juanita tenía preocupación por los pobres. En las haciendas donde iba de vacaciones se esforzaba por dar catecismo a los niños y entronizar la imagen del Corazón de Jesús en sus casas. Pero eso lo hacía también en Santiago. Los domingos daba catecismo a los niños pobres.

Graciela Espinoza manifiesta: Sé que para los catecismos dominicales ella ahorraba, de los pocos pesos que le daba su madre para sus gastos personales, una pequeña suma para comprar caramelos y dárselos a los niños del catecismo. Esto lo sé porque nosotras no llevábamos esos caramelos y nos contentábamos con ofrecer a los niños las estampitas que nos daban las religiosas para este fin ³⁸.

Sor Carmen Teresa del Niño Jesús cuenta que, cuando Juanita tenía unos 13 años, le trajeron una mañana un chico quemado. Juanita lo bañó en

³⁷ Diario, pp. 166-167.

³⁸ Sum p. 259.

*bicarbonato y aceite. En la tarde ya estaba muy mejorado de sus llagas gracias a sus desvelos*³⁹.

*Ayudaba a curar a los enfermos hasta el punto de que los pobres creían que Juanita era la única indicada para ayudarles en todo. A una pobre le daba personalmente el desayuno y, si faltaba leche, se privaba de la suya para dárselo*⁴⁰.

*Sor María Josefina Salas declara: Tenía amor a los pobres e hizo muchas obras de caridad con los que golpeaban la puerta de su casa. En una ocasión llegó un niño de unos 10 años, sucio, andrajoso y huérfano a pedir limosna. Juanita lo lavó, le dio de comer con sus propias manos, le hizo ropas de los trajes que ya no usaban sus hermanos. Le enseñó el catecismo, a rezar y lo llevó a la parroquia de San Lázaro para ser bautizado bajo condición, siendo madrina la Juanita; y le pusieron el nombre de Juan. Lo llevó donde una señora que conocía la familia de Juanita para que le diera alojamiento. Todos los días el niño protegido iba a almorzar a casa de Juanita y ella se privaba del postre para dárselo*⁴¹.

En una ocasión rifó su reloj entre sus tíos y personas de la casa para socorrer a un pobrecito. Con sus manos le cosía la ropa y al mismo tiempo le enseñaba todo lo que estaba a su alcance. Este niño costó a Juanita algunos sinsabores que fueron parte para que con más empeño trabajara por él.

Habiendo éste sustraído una pieza de género de una tienda en que servía, al ser descubierto, temió perder para siempre el favor de su bienhechora. Tal idea le apenó y ofuscó tanto que resolvió estrangularse, y ya estaba con la lengua fuera cuando fue sorprendido en su horrible atentado, que afortunadamente pudo remediarse.

*Fácil es imaginar cuál sería la pena de Juanita al tener conocimiento de los desvíos de su protegido. Con el celo y bondad que la caracterizaban, le hizo comprender sus faltas y, después de disponerlo para una buena confesión, lo acompañó a restituir lo hurtado y pedir perdón de su mala conducta. Más tarde, se hizo protectora de toda la familia, y, sabiendo, que el padre del niño era aficionado al licor en demasía, lo mandó llamar y, con sus amonestaciones y buenas palabras, consiguió que se confesara y, para coronamiento de estos beneficios, le consagró la casa al Sagrado Corazón*⁴².

³⁹ Sum p. 140.

⁴⁰ Sum pp. 4-5.

⁴¹ Sum p. 178.

⁴² Lirio pp. 26-27.

Isabel Espinoza, compañera del colegio, refiere: *En la hacienda atendía a los hijos de los inquilinos y contribuía a su sano esparcimiento. Organizaba carreras de sacos y carreras en burro, dando golosinas o un objeto de piedad, como premio a los triunfadores. Quedaba Juanita llena de tierra por los juegos y era la más alegre y entusiasta* ⁴³.

La misma Isabel añade: *Tenía devoción especial al Sagrado Corazón y se preocupaba de consagrar las casas de los inquilinos del fundo San Pablo al Sagrado Corazón de Jesús. Llevaba las imágenes y se las regalaba. Les hablaba del santo rosario y les enseñaba a rezarlo. Les suplicaba que la encomendaran al Señor, antes de irse al convento. Todos la obedecían y rezaban tres avemarías por ella* ⁴⁴. Al despedirse les decía: *Aquí les dejo al nuevo dueño de la casa* ⁴⁵.

En todas sus vacaciones aprovechaba para enseñar el catecismo y parece que sentían (los niños) una atracción hacia ella y ella los quería ⁴⁶.

El padre Francisco Lyon expresa: *Daba gusto escucharla cómo explicaba el catecismo y hablaba de Dios a los niños pobres de Algarrobo, cuando los preparaba para la primera comunión o en las misiones de la hacienda Chacabuco. De esto soy testigo ocular* ⁴⁷.

Los preparaba con abnegación para la primera comunión que se celebraba alrededor de la fiesta de la Candelaria, patrona de la región ⁴⁸.

Antes de entrar en el convento, en el fundo San Pablo de Loncomilla, se despidió de todos los inquilinos. Fue de casa en casa y les pidió que rezaran cada día tres padrenuestros y tres avemarías por ella, y les pidió perdón a todos hincándose de rodillas ⁴⁹.

⁴³ Sum p. 227.

⁴⁴ Sum p. 230.

⁴⁵ Sum p. 182.

⁴⁶ Sum pp. 4-5.

⁴⁷ Sum p. 101.

⁴⁸ Sum p. 94.

⁴⁹ Sum p. 360.

ANSIAS DE SANTIDAD

Jesús y la Virgen le hablaban con frecuencia y le enseñaban a vivir con pureza y santidad.

Como era tan amada de Jesús, no pudo faltarle la cruz de las enfermedades. Tuvo varias que la llevaron a las puertas de la muerte, que ella tanto deseaba, de las que se salvó como por milagro. En 1914, estando gravísima, nuestro Señor le manifestó claramente su vocación para el Carmelo, en las circunstancias siguientes que refiere, escribiendo a una religiosa en quien tenía entera confianza: “Estando al mismo tiempo que yo enferma otra de mis hermanas, la sirvienta antigua que nos atendía me dejó sola por ir a acompañarla, lo que sentí mucho y me puse a llorar; entonces mis ojos, llenos de lágrimas, se fijaron en el cuadro del Sagrado Corazón y sentí una voz muy dulce que me decía: “¡Cómo! Yo estoy solo en el altar por tu amor, ¿y tú no puedes sufrir un momento de soledad?”. Desde ese día comencé a gustar de estar sola y pasaba horas enteras conversando con Jesús, que me enseñaba cómo debía sufrir y no quejarme; me mostraba como fin la santidad, y que la alcanzaría haciéndolo todo lo mejor posible. Me hablaba de la unión íntima que debía tener con Él, y me manifestó que me quería para Él y que sería carmelita. ¡Ay, Madre, no puede imaginarse lo que Jesús obraba en mi alma! Yo en ese tiempo no vivía en mí...

En cierta ocasión le dijo nuestro Señor que Él había subido al Calvario y se había acostado en la cruz con alegría por la salvación de los hombres, agregándole: “¿Acaso no eres tú la que me buscas y quieres parecerte a mí?”. Ven conmigo, toma la cruz con amor y alegría. Con este motivo escribió ella después estas reflexiones: “Me gusta el sufrimiento por dos razones: porque Jesús lo prefirió desde su nacimiento hasta morir en la cruz. Por tanto ha de ser algo muy grande para que el todopoderoso busque el padecer en todo. Y me gusta, porque en el yunque del dolor se labran las almas y, porque Jesús a las almas que más quiere envía este regalo”.

El ocho de diciembre de 1915, teniendo 15 años de edad, hizo voto de virginidad (por nueve días) para seguir renovándolo. Para su corazón fue por toda una eternidad y pudo exclamar después: “Oh, soy feliz, porque puedo decir con verdad, que el único amor de mi corazón ha sido Jesús” ...

El divino Maestro se ha compadecido de mí... Yo puedo decir que soy su prometida y que muy luego celebraremos nuestros desposorios en el Carmen. ¡Voy a ser carmelita! Me he entregado a Él y el ocho de diciembre me comprometí. Todo lo que lo quiero, me es imposible decirlo: mi pensamiento no se ocupa sino en Él; es mi ideal: un ideal infinito. Suspiro por el día de irme al

Carmen para no ocuparme sino de Él, para confundirme en Él y para no vivir sino la vida de Él; Amar y sufrir para salvar las almas. Sí, sedienta estoy de ellas, porque sé que es lo que más quiere Jesús. ¡Oh, le amo tanto!...

Ayudada por la gracia tuvo aliento para ofrecer al Señor el voto que hizo el 21 de junio de 1917 de no cometer pecado venial con advertencia. El religioso que oyó su última confesión general (pocos meses antes de su muerte) afirma que nuestra hermanita no cometió en su vida falta venial advertida ⁵⁰.

La nana Ofelia Miranda contó que hacía mortificaciones y sorprendió en varias ocasiones que Juanita ponía tablas debajo de las sábanas para mortificarse. Cuando estaba enferma, lloraba si la empleada la dejaba sola, pero en una ocasión, mirando el cuadro del Sagrado Corazón, el Señor le hizo entender que no estaba sola, sino que Él la acompañaba. Desde entonces le dijo a su mamá que no importaba que la dejara sola, porque el Señor estaba con ella⁵¹.

El padre Francisco Lyon afirma: En cuanto a la mortificación, usaba cilicio y colocaba piedrecillas en su calzado. En una ocasión se le vio cojeando ligeramente. Le preguntaron si le dolía la pierna y, ocultando su confusión, se retiró aparte para sacar las piedrecillas, con el fin de no ser sorprendida haciendo penitencia. Le pareció al testigo que a los 12 ó 13 años comenzó a usar cilicio con permiso de sus directores espirituales ⁵².

Sor María Josefina Salas comenta: Un día la sorprendí con un cilicio, se lo toqué con la mano, presionándolo, y le dolió. Entonces ella me dijo: “Hay que hacer penitencia por los pecadores” ⁵³.

Isabel Espinoza nos dice: Juanita sufría en los inviernos esa molestia tan odiosa de los sabañones. Juanita los soportaba con inalterable serenidad, a pesar de la insoportable comezón. La mamá le enviaba guantes especiales de lana y no los usaba por espíritu de mortificación ⁵⁴.

El padre Avertano en carta del 11 de febrero de 1926 afirma: En cierta ocasión me pidió permiso para pedir al Señor toda clase de sufrimientos por los pecadores. Yo le contesté, después de haberme manifestado ella sus vehementes ansias de padecer, que se pusiera más bien en manos de Dios para lo que Él

⁵⁰ Carta circular de la M. Angélica después de su muerte.

⁵¹ Sum p. 227.

⁵² Sum p. 104.

⁵³ Sum p. 178.

⁵⁴ Sum p. 261.

quisiera hacer de ella y que nada pidiera. También recuerdo que tenía el voto de hacer lo más perfecto y el ofrecimiento de víctima por los pecadores.

Ya carmelita le escribe al padre Artemio Colom el 20 de julio de 1919: *Ofrezca a su carmelita (ella) siquiera una vez en la santa misa como hostia. Quiero ser hostia. Introdúzcame en el cáliz para que, bañada en la sangre de Jesús, sea aceptada por la Santísima Trinidad.*

*Nada le he dicho del Oficio divino, oficio de ángeles. Me creo en el cielo, cuando estoy en el coro recitando las alabanzas de la Santísima Trinidad*⁵⁵.

VÍCTIMA DE AMOR

Juanita fue escogida por Dios desde toda la eternidad para ser una de las más bellas flores de su jardín celestial. Y la fue guiando hacia la santidad. Pero no hay santidad sin amor y sin dolor. El amor tiene sus raíces en forma de cruz y a ella no le faltaron las cruces, que eran las alas para crecer en el amor. Sin embargo, como humana, tuvo que esforzarse mucho, con la ayuda de la gracia divina, para ir superando el miedo al dolor y sufrir con alegría por la salvación de las almas.

Sor Elena Salas cuenta: *Un día en el dormitorio, estando en el colegio la sentimos sollozar. Nos dijo que había tenido una visión de Cristo coronado de espinas, sufriendo. Juanita estaba emocionada por los sufrimientos del Salvador*⁵⁶.

Sor Ana Rücker, también compañera de colegio, añade: *Un Viernes Santo teníamos que estar tres horas de silencio y Juanita decía después: “Tuve el gozo de hablar largo con el Señor, que sufre en la cruz”*⁵⁷.

*Hoy desde que me levanté estoy muy triste. Parece que de repente se me parte el corazón. Jesús me dijo que quería que sufriese con alegría. Esto cuesta mucho, pero basta que Él lo pida para que yo procure hacerlo*⁵⁸.

Al padre Julián Cea le escribió en abril de 1919: *Hace un año, creo, nuestro Señor se me reveló un día, cuando estaba expuesto, con una caridad infinita. Entonces me hizo comprender su amor no correspondido por los hombres. Me pidió que me ofreciera como víctima de amor y expiación y me*

⁵⁵ Diario p. 301.

⁵⁶ Sum p. 219.

⁵⁷ Sum p. 200.

⁵⁸ Diario p. 44.

aseguró que iba a sufrir mucho en mi vida. Después de esto, yo no quise, sin consultarlo al confesor, ofrecirme como víctima y me dio permiso, pero por cierto tiempo. Tuve varios meses muchos sufrimientos interiores, pero cesaron después.

Le ruego que el Viernes Santo a las tres, si no es mucho pedirle, me ofrezca a nuestro Señor para siempre por sus manos de sacerdote. Dios no rehusará esta ofrenda completa de todo mi ser para ser despedazada y martirizada por su amor. Que yo sea toda de Él y para siempre ⁵⁹.

Me he ofrecido a Él como víctima. Quiero ser crucificada. Hoy me dijo Jesús que sufriera, que porque Él me amaba me hacía sufrir, que me olvidara de mí misma. Que cumpliera con mi deber. Gracias a esos consejos y a su gracia, he sido mejor. “Jesús mío, te amo. Soy toda tuya. Me entrego por completo a tu divina voluntad. Jesús, dame la cruz, pero dame fortaleza para llevarla. No importa que me des el abandono del Calvario como el gozo de Nazaret. Quiero solo verte contento a Ti. Nada me importa no sentir, estar insensible como una piedra, porque sé, Jesusito mío, que Tú sabes que yo te amo. Dame la cruz. Quiero sufrir por ti, pero enséñame a sufrir amando, con alegría, con humildad”⁶⁰.

SUEÑOS DE INFINITO

El alma humana está hecha por Dios por amor y para amar. El material de que está hecha podemos decir que es amor divino y, por eso, tiene ansias de infinito. No puede saciarse con nada de este mundo limitado y material. El alma tiene sed de mares sin orillas, de horizontes sin límites, en una palabra, de infinito y por ello sólo Dios la puede saciar y nos ha proporcionado un alimento único, el pan del cielo, el mismo Dios hecho hombre en persona, es decir, la Eucaristía, un alimento divino, el único que puede saciar el corazón humano, sediento de eternidad y de infinito.

Sor Carmen Teresa del Niño Jesús afirma: *Un día me preguntó: “¿No sientes verdadero tormento por lo infinito?”. Uno siente una soledad en el alma que sólo Dios puede llenar, todo lo demás parece muy pequeño ⁶¹.*

Su hermano Luis escribió: *Acercarse a ella era como sentir una realidad superior. Cuando no hablaba, daba la impresión de que estaba escuchando lo*

⁵⁹ Diario p. 243.

⁶⁰ Diario p. 74.

⁶¹ Sum p. 136.

que los otros no oían, y oírla después era sentir más cerca a Cristo. Muchas veces me dijo: “¿Por qué dudas de Dios? ¿Es que no lo sientes cuando estás conmigo? Nunca estoy sola, y es cuando se retira la gente cuando escucho más cerca y clara su voz”... A menudo en el campo, nos íbamos (junto con Rebeca) en las noches a las parvas de paja de alguna era cercana y allí de cara al cielo inmenso, con su voz suave y profunda, entonaba sus canciones favoritas. Fueron diálogos inolvidables. Una vez le pregunté si no sentía como Pascal pavor ante los espacios infinitos, pero ella respondió: “Lejos de asustarme, me acompañan y conmueven, porque vuela por ellos mi alma con la confianza de una criatura de Dios”⁶².

En carta a la Madre Angélica, Priora de los Andes, le escribe el 1 de febrero de 1918: *Todo lo que veo me lleva a Dios. El mar en su inmensidad me hace pensar en Dios, en su infinita grandeza. Siento entonces sed de lo infinito. Cuando pienso que cuando sea carmelita, si Dios quiere, tengo que abandonar todo esto, le digo a nuestro Señor que toda la belleza, lo grande, lo encuentro en Él. En cambio en el mundo todo es chico, pasajero y nada quiero sino a Jesús*⁶³.

*A veces me figuro estar sumergida en Él como en un inmenso abismo, en el cual me pierdo y otras, como atraída por su inmensidad. Entonces, siento grandes deseos de unirme a Él. ¡Oh, qué bueno es nuestro Señor”. A cada instante me parece que lo palpo y lo estrecho contra mi corazón. Tan cerca lo siento que, a veces, estando con los ojos cerrados, se me figura que, abriéndolos, lo veré*⁶⁴.

En otra carta del 10 de noviembre de 1919 le dice: *Una vez sentía un deseo horrible de morirme por ver a nuestro Señor y, siendo hora de dormirme, no podía hacerlo, porque lloraba sin poderme contener. De repente, sentía a nuestro Señor a mi lado, llenándome de suavidad y de paz, e inmediatamente me sentí consolada. Estuve un rato con Él y después como que se fue y dejé de sentir esa suavidad*⁶⁵.

⁶² Ana María Risopatrón, *Teresa de los Andes*, Ed. Paula, Santiago de Chile, 1989, p. 197.

⁶³ Diario p. 133.

⁶⁴ Carta al padre José Blanch del 13 de diciembre de 1918; Diario p. 171.

⁶⁵ Diario pp. 349-350.

SU VOCACIÓN

Tendría unos 13 ó 14 años, cuando después de una misa celebrada en casa por el padre Blanch, cordimariano, en la comida habló de las carmelitas de Los Andes, que estaban extinguiéndose. Ella lo pensó y después dijo que quería sustituirlas. Cuando fue al colegio, se acercó a hablar con el padre Colom y él dijo a su madre que tenía el encargo de Juanita de decirle que quería ser carmelita.

Ya con esa edad tenía deseos de ser religiosa carmelita y se lo manifestó a su madre. Recordemos que según testimonio de su mamita Ofelia, cuando tenía cinco años, se le había aparecido el Sagrado Corazón y le había dicho que tenía que ser carmelita y moriría a los 20 años⁶⁶.

Estos deseos no se habían extinguido en su corazón. Jesús y María, desde su primera comunión, la iban preparando para una vida de santidad en la vida religiosa. Sor Josefina Salas declaró: *Me dijo el motivo para ser religiosa: Me voy al Carmelo, porque Dios me llama y yo puedo hacer mucho más en el Carmen que en casa. Rogaré por los míos, por los pecadores y por los sacerdotes*⁶⁷.

Con sus 15 años le escribe a su hermana Rebeca el 15 de abril de 1916: *Créeme, Rebeca, que a los catorce y quince años uno comprende su vocación. Se siente una voz y una luz que le muestra la ruta de su vida. Ese faro alumbró para mí a los catorce años. Cambié de rumbo y me propuse el camino que debía seguir y hoy vengo a hacerte confidencias de los proyectos ideales que me he forjado.*

Hasta hoy nos ha alumbrado la misma estrella. Pero mañana no estaremos quizás juntas bajo su sombra protectora. Esta estrella es el hogar, es la familia. Es preciso separarnos y nuestros corazones, que habían formado uno sólo, mañana quizás se separarán. Ayer me parece que no entenderías mi lenguaje; pero hoy tienes catorce años, edad en que puedes comprenderme. Así pues, creo que te inclinarás hacia mí y me darás la razón.

En pocas palabras te confiaré el secreto de mi vida. Muy luego nos separaremos y ese deseo que siempre abrigamos en nuestra niñez de vivir siempre unidas, va a ser muy luego fracasado por otro ideal más alto de nuestra juventud. Tenemos que seguir distintos caminos en la vida. A mí me ha tocado la mejor parte, lo mismo que a la Magdalena. El divino Maestro se ha

⁶⁶ Sum pp. 315-316.

⁶⁷ Sum p. 183.

compadecido de mí. Acercándose, me ha dicho muy por lo bajo: “Deja a tu padre y madre y todo cuanto tienes y sígueme”.

¿Quién podrá rehusar la mano del Todopoderoso que se abaja a la más indigna de sus criaturas? ¡Qué feliz soy, hermanita querida! He sido cautivada en las redes amorosas del divino Pescador. Quisiera hacerte comprender esta felicidad. Yo puedo decir con certeza que soy su prometida y que muy luego celebraremos nuestros desposorios en el Carmen. Voy a ser carmelita, ¿qué te parece? No quisiera tener en mi alma ningún pliegue escondido para ti. Pero tú sabes que no puedo decirte de palabra todo lo que siento y por eso he resuelto hacerlo por escrito.

Me he entregado a Él. El ocho de diciembre me comprometí. Todo lo que lo quiero me es imposible decirlo. Mi pensamiento no se ocupa sino en Él. Es mi ideal. Es un ideal infinito. Suspiro por el día de irme al Carmen para no ocuparme sino de Él, para confundirme en Él y para no vivir sino la vida de Él: Amar y sufrir para salvar las almas. Sí, sedienta estoy de ellas porque sé que es lo que más quiere mi Jesús. ¡Oh, le amo tanto!

Quisiera inflamarte en ese amor. ¡Qué dicha la mía si pudiera darte a Él! ¡Oh, nunca tengo necesidad de nada, porque en Jesús encuentro todo lo que busco! Él jamás me abandona. Jamás disminuye su amor. Es tan puro. Es tan bello. Es la bondad misma. Pídele por mí, Rebequita. Necesito oraciones. Veo que mi vocación es muy grande: salvar almas, dar obreros a la viña de Cristo. Todos los sacrificios que hagamos es poco en comparación del valor de un alma. Dios entregó su vida por ellas y nosotros cuánto descuidamos su salvación. Yo, como prometida, tengo que tener sed de almas, ofrecerle a mi Novio la sangre que por cada una de ellas ha derramado. ¿Y cuál es el medio de ganar almas? La oración, la mortificación y el sufrimiento.

Él viene con una cruz, y sobre ella está escrita una sola palabra que conmueve mi corazón hasta sus más íntimas fibras: “Amor”. ¡Oh, qué bello se ve con su túnica de sangre! Esa sangre vale para mí más que las joyas y los diamantes de toda la tierra.

Los que se aman en la tierra, mi querida Rebeca, como tú lo ves en la Lucía y Chiro, no tratan sino de tener una sola alma y un solo ideal. Mas son vanos sus esfuerzos pues las criaturas son tan impotentes. No pasa eso en nuestra unión. Jesús vive ya en mi corazón. Yo trato de unirme, asemejarme y confundirme en Él. Yo soy la gota de agua que he de perderme en el océano infinito. Pero hay un abismo que la gota no puede traspasar; el océano se desborda con tal que la gota de agua permanezca en el más completo abandono de sí misma; que viva en un susurro continuo llamando al océano divino.

*Yo no soy, sino un pobre pajarito sin alas. ¿Y quién me las dará para irme a anidar para siempre junto a Él? Oh, sí, le amo y quisiera morir por Él. Es tanto lo que lo quiero que quisiera ser martirizada para demostrarle que lo amo*⁶⁸.

DUDAS SOBRE SU VOCACIÓN DE CARMELITA

Escribió en su Diario: Este año (1918) *he tenido muchas dudas respecto a mi vocación de carmelita. Dudas también respecto a la fe; de tal manera que a veces me preguntaba si existía Dios, pues me sentía completamente abandonada de Él. Miraba el crucifijo y todo me parecía una quimera. Lloraba e imploraba auxilio de la Virgen y ella tampoco me socorría. Hasta que nuestro Señor se compadeció y dejó oír su voz interiormente, e inmediatamente cesó todo y quedé inundada de paz*⁶⁹.

En carta al padre José Blanch del 13 de diciembre de 1918 le escribe: *No crea, padre que todo es gozo. Estoy en un período de dudas tan atroz, que no sé decidirme si ser carmelita o ser del Sagrado Corazón. Por eso vengo en busca de luz. Ud., reverendo padre que me conoce bien —pues le he dejado leer todo en mi alma— me podrá aconsejar. Sólo deseo hacer la voluntad de Dios. Por una parte me siento atraída al Carmen por vivir completamente una vida de oración y de unión con Dios, separada por completo del mundo. También me atrae por su austeridad y por su fin, que es rogar por los pecadores y sacerdotes. Lo que me encanta es que la carmelita se sacrifica en el silencio, sin que vea los frutos de su oración y sacrificio. Además la vida de familia y la sencillez en sus costumbres y la alegría que debe reinar siempre en su corazón, me gustan mucho y se avienen a mi carácter.*

Por otra parte, me gustaría ser del Sagrado Corazón, porque es una vida de perpetuo sacrificio. Es también vida de oración, ya que se dedican a ella contando el Oficio y los exámenes, cinco horas. Además, cuando en la educación de las niñas encuentran dificultades, ¿a quién recurren sino a Dios, para que les allane el camino para llevar a esas almas a Dios? Si tienen que tratar con personas del mundo deben esforzarse para tener el verdadero espíritu religioso; y para esto se necesita de oración, de unión con Dios. Viven viendo constantemente en las niñas el espíritu del mundo —ese amor a la comodidad— y sin embargo, ellas deben sacrificarse constantemente viviendo en la mayor pobreza todo el día y muchas veces la noche consagradas a las almas, sin tener

⁶⁸ Diario, pp. 46-48.

⁶⁹ Diario p. 145.

ni aun una pobre celda, pues duermen cuatro en cada dormitorio, aunque éstos son siempre grandes y ventilados. No tienen un convento para vivir siempre allí. A cualquier parte del mundo las pueden enviar, encontrándose más solas que una carmelita, en un país extranjero, sin ver ni una cara conocida, y muchas veces sin saber la lengua que se habla.

La carmelita renunció una vez a las comodidades de la vida y a todo lo del mundo; vive en su convento sin salir ya más de él. Pero la religiosa del Sagrado Corazón hace el sacrificio a cada instante de todo lo de la tierra.

La carmelita necesita unirse a Dios y llenarse de Él por completo, pero lo guarda; mientras que la del Sagrado Corazón debe llenarse de Dios y darlo a las almas. Luego necesita mucha unión, pues si no, se quedará ella sin Dios y entonces no podrá dar nada a las almas.

Pero lo que me atemoriza, reverendo padre, es que no me mantenga unida a Dios, tratando mucho con las criaturas. Pues lo he experimentado: que tratando un poco más con ellas, yo me enfrió más en el amor de Dios. También pienso que nuestro Señor me ha manifestado muy claramente que sea carmelita sin conocer yo a las carmelitas; pero creo que había leído ya la Vida de sor Teresa del Niño Jesús. Lo que sé perfectamente es que siempre, desde muy chica, he deseado ser de una comunidad muy austera, sin trato con el mundo.

Además, nuestro Señor me ha probado repetidas veces que es Él el que me habla en lo íntimo de mi corazón. Y siempre me ha dicho que sea carmelita. Más aún: ahora le pregunto y me dice que Él me ha manifestado su voluntad. Otra vez que tuve estas dudas, escribí unos papelitos con varios nombres de conventos y los puse a los pies de la santísima Virgen, y tres veces saqué el papel que contenía el nombre del Carmen.

Lo que yo deseo saber es, reverendo padre, dónde usted cree me santificaré más pronto; pues, como se lo he manifestado varias veces, nuestro Señor me ha dado a entender que viviría muy poco. Lo esencial ha de ser la unión con Dios. ¿Dónde llegaré más pronto a unirme con Dios? Rezo mucho para que nuestro Señor me dé a conocer su divina voluntad, pues es lo único que busco. También veo que tengo inclinación a enseñar y me encantan los niños. Esto puede ser que Dios quiere que me dedique a educar. Me han dicho que de cien religiosas del Sagrado Corazón, habrá dos que no hayan tenido vocación para carmelita.

Sin embargo, siento en mi corazón atractivo por el Carmen. Siento amor a la soledad, al silencio, al aislamiento de todo lo del mundo y, sobre todo, a la oración. Dígame, le suplico, qué haré. Usted reverendo padre, que conoce más

que nadie mi pobre alma, déme luz y encomiéndeme en la santa misa. Ofrézcame, junto con esa hostia inmaculada, a Dios para que Él disponga de esta sierva suya como le plazca. Pídale mucho a la santísima Virgen. Ella, que es mi madre, no me abandonará, porque siempre me ha protegido.

El demonio quiso perturbar la paz de su alma en vísperas de su primera visita al monasterio, poniéndole en la imaginación dudas sobre su vocación de carmelita, en cuya vocación nuestro Señor tantas veces la había confirmado. Sus dudas crecían turbando su espíritu. En este estado se hallaba cuando realizó su viaje a Los Andes el 11 de enero de 1919. *Al llegar al monasterio y ver la casa antigua y pobre, se sintió atraída, hablándole su pobreza al corazón. Luego habló con la comunidad y visitó la capilla. Aquí el Señor la esperaba, favoreciéndola con una nueva gracia que la hizo comprender que este monasterio era donde Él la quería. Desaparecieron todas sus dudas y temores, sintiéndose feliz, con fuerza para vencer todos los obstáculos que pudieran presentarse en adelante. Se fijó el día del patrocinio de San José para su entrada*⁷⁰.

VISITA AL MONASTERIO

Ella misma escribe en su Diario sobre esta visita, tan emocionante para ella: *11 de enero de 1919. La ida a Los Andes que me parecía imposible se la había confiado a nuestro Señor. Si Él quería, bueno; y si no, también. Cada día crecían más mis dudas. Estaba en una turbación tan grande que ya no sabía qué me pasaba, cuando he aquí que todos los chiquillos se fueron al campo con mi papá, arreglándose todo para podernos ir con mi mamá, que tuvo la bondad de llevarme.*

Nos fuimos en el expreso de la mañana para tomar la combinación; pero resultó que ésta se atrasó y tuvimos que esperar una hora y no nos pudimos volver en el tren de la tarde, sino en el de la noche. Dios lo permitió para que pasara más tiempo en mi conventito. Cuando llegamos allá me encontré con una casa pobre y vieja. Ese iba a ser mi convento. Su pobreza me habló al corazón. Me sentí atraída hacia él. Después salió a abrir una niña que nos dijo que Madre Angélica nos esperaba después de almorzar. A las once y media volvimos. Entré al locutorio y salió la Teresita Montes al torno. Hablamos con ella. Yo no sabía lo que me pasaba. Fue a llamar a Madre Angélica. Oí por vez primera su voz. Me sentía feliz. Me quedé sola con ella. Nos pusimos a hablar de la vida de la carmelita. Me la explicó entera. Me habló del Oficio divino, cómo la religiosa reemplaza a los ángeles cantando las alabanzas de Dios. Después tocaron a

⁷⁰ Carta circular de la Madre Angélica después de la muerte de sor Teresa.

vísperas y me dijo que podíamos ir a la iglesia. Esta era oscura. En el fondo estaba la reja y se oía rezar el Oficio con una devoción tan grande que verdaderamente creía estar en los cielos. Yo no rezaba. Estaba anonadada delante de mi Dios. Mi alma lloraba de agradecimiento. Me sentía feliz, satisfecha. Veía a nuestro Señor con el rostro sonriente y parece que me decía que estaba feliz allí, oyendo las alabanzas de sus esposas. Yo pensaba que también me uniría algún día a ese coro; yo, tan pecadora, tan miserable, unirme a esos ángeles. Lloraba porque no sabía lo que me pasaba. Después rezaron las letanías y tuve la felicidad entonces de unirme a ellas. Fue mi primera oración unida a ellas para mi Madre Santísima.

Después fui al locutorio. Me sentía en una paz y felicidad tan grande como me es imposible explicar. Veía claramente que Dios me quería allí y me sentía con fuerza para vencer todos los obstáculos para poder ser carmelita y encerrarme allí para siempre. Hablamos del amor de Dios. Madre Angélica lo hacía con una elocuencia que parecía le salía de lo íntimo del alma. Me hizo ver la gran bondad de Dios al llamarme y cómo todo lo que tenía era de Dios. Después me habló de la humildad: cómo era tan necesaria esta virtud; que siempre me considerara la última; que me humillara lo más posible; que cuando me reprendieran dijera interiormente: “Esto y mucho más merezco”. Me habló de mis hermanitas, de lo buenas que eran. Hablé con ella hasta las cuatro y media, sola. Entonces mandó a mi mamá a tomar onces. Vino la Teresita Montes a preguntar si quería hacer la “visita de vistas”. La Madre Angélica dio permiso y entonces Teresita fue a buscarlas a todas.

Entre tanto sacó la cortina de las rejas y principiaron todas a entrar y a acercarse a la reja. Yo estaba hincada. Me consideraba indigna de estar de pie delante de tantas santas. Todas con el velo subido me fueron a saludar con tanto cariño que me confundía. Al principio era tanta mi emoción que apenas podía hablar, pero ya después hablamos con una confianza suma.

Ellas demostraban una alegría y al mismo tiempo una familiaridad entre ellas que me encantó. Me preguntaron cuándo me iba. Yo les dije hasta mayo. Entonces una fue a ver que si era San José o el Espíritu Santo el primero que tocaba. Entonces resultó el siete el día de San José, y a él me encomendaron. Después de un buen rato, todas se fueron despidiendo y me quedé con Madre Angélica, quien me mandó a tomar onces. Obedecía aunque no tenía ganas, pues me sentía llena. Al cabo de media hora volví; pero entonces habló mi mamá con ella y yo me puse en oración.

Después me llamó para darme unos libros y otras cosas que le pedí. Me despedí con pena, al mismo tiempo que llevaba mi alma henchida de felicidad.

*¡Cómo Dios había trocado la tempestad en bonanza; la turbación, en una santa paz!*⁷¹.

Sobre esta visita al convento le escribe a su amiga Elena Salas: *Estuve allí hasta las dos y media, hora en que la Madre fue a rezar vísperas, a las que yo asistí. Me figuraba oír el canto de los ángeles en el cielo y tuve el gusto de rezar por vez primera con mis hermanitas las letanías de la Virgen. Me parecía que nuestro Señor estaba contento. Veía su rostro lleno de alegría por las alabanzas de sus esposas; y siempre en las iglesias me parece verlo muy triste...*

Eran 18 con dos hermanas conversas, y embromamos como si siempre nos hubiéramos conocido. Es una sencillez, una confianza e intimidad... Entre ellas se embromaban, se reían. Y esto desde la postulante hasta la Madre Angélica. Me cantó una bien desentonada por reírse y todas la embromaban. Después me hicieron pararme. Me encontraron muy alta. Sólo dos había de mi porte. Estuvimos media hora conversando, y después cada una se retiró y se fueron a despedir. Son encantadoras: tan alegres, tan sin etiqueta. Yo al principio estaba con una emoción intensa y un poco avergonzada, pero después nada; era una cotorra.

*Fíjate que me dijeron las novicias que todos los días rezaban una Salve a la Virgen para que fuera. Y Dios las oyó*⁷².

PIDE PERMISO A SU PADRE

Para poder entrar al monasterio de Los Andes Juanita necesitaba el permiso de su padre. Como no estaba en Santiago, le escribió una carta el 25 de marzo de 1919 en la que le dice: *Papacito, hace mucho tiempo deseaba confiarle un secreto, que he guardado toda mi vida en lo más íntimo del alma. Sin embargo, no sé qué temor se apoderaba de mi ánimo al querérselo confiar. Por eso, siempre me he mostrado muy reservada para todos. Mas ahora quiero confiárselo con la plena confianza que me guardará la más completa reserva.*

He tenido ansias de ser feliz y he buscado la felicidad por todas partes. He soñado con ser muy rica, mas he visto que los ricos, de la noche a la mañana, se tornan pobres. Y aunque a veces esto no sucede, se ve que por un lado reinan las riquezas, y que por otro reina la pobreza de la afección y de la unión. La he buscado en la posesión del cariño de un joven cumplido, pero la idea sola de que algún día pudiera no quererme con el mismo entusiasmo o que pudiera morir

⁷¹ Diario pp. 93-95.

⁷² Carta a Elena Salas de enero de 1919; Diario pp. 183-185.

dejándome sola en las luchas de la vida, me hace rechazar el pensamiento de que casándome seré feliz. No. Esto no me satisface. Para mí no está allí la felicidad. Pues ¿dónde —me preguntaba— se halla? Entonces comprendí que no he nacido para las cosas de la tierra, sino para las de la eternidad. ¿Para qué negarlo por más tiempo? Sólo en Dios mi corazón ha descansado. Con Él mi alma se ha sentido plenamente satisfecha, y de tal manera, que no deseo otra cosa en este mundo que el pertenecerle por completo.

Mi queridísimo papá: no se me oculta el gran favor que Dios me ha dispensado. Yo que soy la más indigna de sus hijas, sin embargo, el amor infinito de Dios ha salvado el inmenso abismo que media entre Él y su pobre criatura. Él ha descendido hasta mí para elevarme a la dignidad de esposa. ¿Quién soy yo sino una pobre criatura? Mas Él no ha mirado mi miseria. En su infinita bondad y a pesar de mi bajeza, me ha amado con infinito amor. Sí, papacito. Sólo en DIOS he encontrado un amor eterno. ¿Con qué agradecerle? ¿Cómo pagarle sino con amor? ¿Quién puede amarme más que nuestro Señor, siendo infinito e inmutable? Usted, papacito, me preguntará desde cuándo pienso todo esto. Y le voy a referir todo para que vea que nadie me ha influenciado.

Desde chica amé mucho a la santísima Virgen, a quien confiaba todos mis asuntos. Con sólo Ella me desahogaba y jamás dejaba ninguna pena ni alegría sin confiársela. Ella correspondió a ese cariño. Me protegía y escuchaba lo que le pedía siempre. Y ella me enseñó a amar a nuestro Señor. Ella puso en mi alma el germen de la vocación. Sin embargo, sin comprender la gracia que me dispensaba, y sin siquiera preocuparme de ella, yo pololeaba y me divertía lo más posible. Pero cuando estuve con apendicitis y me vi muy enferma, entonces pensé lo que era la vida, y un día que me encontraba sola en mi cuarto, aburrida de estar en cama, oí la voz del Sagrado Corazón que me pedía fuera toda de Él. No crea que esto fue ilusión, porque en ese instante me vi transformada. La que buscaba el amor de las criaturas, no deseó sino el de Dios. Iluminada con la gracia de lo alto, comprendí que el mundo era demasiado pequeño para mi alma inmortal; que sólo con lo infinito podría saciarme, porque el mundo y todo cuanto él encierra es limitado; mientras que, siendo para Dios mi alma, no se cansaría de amarlo y contemplarlo, porque en Él los horizontes son infinitos.

¿Cómo dudar, pues, de mi vocación cuando, aunque estuve tan grave y a punto de morirme, no dudé ni deseé otra cosa? Como puede ver, papacito, nadie me ha influenciado, pues nunca lo dije a persona alguna y traté siempre con empeño de ocultarlo.

No sé cómo puedo agradecerle como debo a nuestro Señor este favor tan grande, pues siendo Él todopoderoso, omnipotente, que no necesita de nadie, se preocupa de amarme y de elegirme para hacerme su esposa. Fíjese a qué

dignidad me eleva: a ser esposa del Rey del cielo y tierra, del Señor de los Señores. ¡Ay, papá, cómo pagarle! Además me saca del mundo, donde hay tantos peligros para las almas, donde las aguas de la corrupción todo lo aniegan, para llevarme a morar junto al tabernáculo donde Él habita. Si para concederme tan gran bien un enemigo me llamara, ¿no era razón para que inmediatamente lo siguiera? Ahora no es enemigo, sino nuestro mejor amigo y mayor bienhechor. Es Dios mismo quien se digna llamarme para que me entregue a Él. ¿Cómo no apresurarme a hacer la total ofrenda para no hacerlo esperar? Papacito, yo ya me he entregado y estoy dispuesta a seguirlo donde Él quiera. ¿Puedo desconfiar y temer cuando es Él el camino, la verdad y la vida?

Con todo, yo dependo de usted, mi papá querido. Es preciso, pues, que usted también me dé permiso. Sé perfectamente que si no negó la Lucía a Chiro, pues su corazón es demasiado generoso, ¿cómo he de dudar que me dará su consentimiento para ser de Dios, cuando de ese “sí” de su corazón de padre ha de brotar la fuente de felicidad para su pobre hija? No. Lo conozco. Usted es incapaz de negármelo, porque sé que nunca ha desechado ningún sacrificio por la felicidad de sus hijos. Comprendo que le va a costar. Para un padre no hay nada más querido sobre la tierra que sus hijos. Sin embargo, papacito, es nuestro Señor, quien me reclama. ¿Podrá negarme, cuando Él no supo negarle desde la cruz ni una gota de su divina sangre? Es la Virgen, su Perpetuo Socorro, quien le pide, una hija para hacerla esposa de su adorado Hijo. Y ¿podrá rehusarme?

No crea, papacito, que todo lo que le digo no desgarrar mi corazón. Usted bien me conoce y sabe que soy incapaz de ocasionarle voluntariamente un sufrimiento. Pero, aunque el corazón mane sangre, es preciso seguir la voz de Dios; es preciso abandonar aquellos seres a quienes el alma se halla íntimamente ligada para ir a morar con el Dios de amor, que sabe recompensar el más leve sacrificio. ¿Con cuánta mayor razón premiará los grandes?

Es necesario que su hija los deje. Pero téngalo presente: que no es por un hombre sino por Dios. Que por nadie lo habría hecho sino por Él que tiene derecho absoluto sobre nosotros. Eso ha de servirle de consuelo: que no fue por un hombre y que después de Dios, será usted y mi mamá los seres que más he querido sobre la tierra.

También piense que la vida es tan corta, que después de esta existencia tan penosa nos encontraremos reunidos por una eternidad. Pues a eso iré al Carmen: a asegurar mi salvación y la de todos los míos. Su hija carmelita es la que velará siempre al pie de los altares por los suyos, que se entregan a mil preocupaciones que se necesitan para vivir en el mundo. La santísima Virgen ha querido perteneciera a esa Orden del Carmelo, pues fue la primera comunidad

que le rindió homenaje y la honró. Ella nunca deja de favorecer a sus hijas carmelitas. De manera, papacito, que su hija ha escogido la mejor parte. Seré toda para Dios y Él será todo para mí. No habrá separación posible entre usted y su hija. Los seres que se aman jamás se separan. Por eso, cuando usted, papacito, se entregue al trabajo rudo del campo; cuando, cansado de tanto sacrificio, se sienta fatigado y solo sin tener en quién descansar, entonces le bastará trasladarse al pie del altar. Allá encontrará a su hija, que también sola, ante el divino prisionero, alza suplicante su voz para pedirle que acepte el sacrificio suyo y también el de ella, y que, en retorno, le dé ánimo, valor en los trabajos y consuelo en su dolor. ¿Cómo podrá hacerse sordo a la súplica de aquella que todo lo ha abandonado y que no tiene en su pobreza otro ser a quién recurrir? No, papacito. Dios es generoso, la constancia de mi oración no interrumpida ha de moverle a coronar sus sacrificios. Mi mamá y mis hermanos tendrán un ser que constantemente eleve por ellos ardientes súplicas; un ser que los ama entrañablemente y que perpetuamente se inmola y sacrifica por los intereses de sus almas y de sus cuerpos. Sí. Yo quisiera ser desde el convento el ángel tutelar de la familia. Aunque sé lo indigna que soy, lo espero ser, pues siempre estaré junto al Todopoderoso.

Papacito, no me negará el permiso. La santísima Virgen será mi abogada. Ella sabrá mejor que yo hacerle comprender que la vida de oración y penitencia que deseo abrazar encierra para mí todo el ideal de felicidad en esta vida, y la que me asegurará la de la eternidad.

Comprendo que la sociedad entera reprobará mi resolución, pero es porque sus ojos están cerrados a la luz de la fe. Las almas que ella llama “desgraciadas” son las únicas que se precian de ser felices, porque en Dios lo encuentran todo. Siempre en el mundo hay sufrimientos horribles. Nadie puede decir sinceramente: “Yo soy feliz”. Mas al penetrar en los claustros, desde cada celda brotan estas palabras que son sinceras; pues ellas (las monjas) su soledad y el género de vida que abrazaron no la trocarían por nada en la vida. Prueba de ello es que permanecen para siempre en los conventos. Y esto se comprende, ya que en el mundo todo es egoísmo, inconstancia e hipocresía. De esto usted, papacito, tiene experiencia. ¿Y qué cosa mejor se puede esperar de criaturas tan miserables?

Déme su consentimiento luego, papacito querido. “Quien da luego, da dos veces”. Sea generoso con Dios, que lo ha de premiar en esta vida y en la otra, y no me obligue a salir a sociedad. Muy bien conozco esa vida que deja en el alma un vacío que nadie puede llenar, si no es Dios. Deja muchas veces el remordimiento. No me exponga en medio de tanta corrupción como es la que reina actualmente. Mi resolución está tomada. Aunque se me presente el partido más ventajoso, lo rechazaré. Con Dios ¿quién hay que pueda compararse? No.

Es preciso que pronto me consagre a Dios, antes que el mundo pueda mancharme. Papacito, ¿me negará el permiso para mayo? Es verdad que falta poco, pero rogaré a Dios y a la santísima Virgen le den fuerzas para decirme el “sí” que ha de hacerme feliz. Usted ha dicho en repetidas ocasiones que no negaría su permiso, pues le daría mucho consuelo tener una hija monja.

El convento que he elegido está en Los Andes. Es el que Dios me ha designado, pues nunca había conocido ninguna carmelita; lo que le asegurará a usted que nadie me ha metido la idea y que no obro por impresiones. Dios lo ha querido. Que se cumpla su adorable voluntad.

Espero su contestación con ansiedad. Entre tanto pido a nuestro Señor y a la santísima Virgen le presten su socorro para hacer el sacrificio; ya que sin ellos yo no habría tenido el suficiente valor para separarme de usted. Reciba muchos besos y abrazos de su hija que más lo quiere ⁷³.

En carta al padre Colom del 25 de abril de 1919 le manifiesta: Pasó una semana entera sin recibir contestación de mi papá; semana para mi alma de indecible angustia, pero llena de confianza en Dios. Como nació mi sobrinita Luz, tuvo que venir a Santiago. Entonces obtuve la respuesta de un padre verdaderamente cristiano: “Si es esa la voluntad de Dios, yo no me opongo a ella, pues ésa ha de hacer tu felicidad”. Y después me preguntó llorando cuándo quería irme. Y como le dijese yo que en mayo, me respondió: “Hazlo como tú quieras”. ¡Qué momentos aquellos, reverendo padre! ¡Qué acción de gracias brotó de mi alma en ese instante para con mi Dios y con mi papacito! Jamás tendré cómo pagarles como debo. Todo este tiempo es terrible, pues no veo sino lágrimas donde quiera que mire. Mas siento una energía y valor tan grande dentro de mi alma, como me es imposible describirle. Dios pone insensible mi corazón ante esas lágrimas cuando estoy delante de los míos. Mas, una vez sola, siento que mi alma se despedaza de dolor y la lucha más horrible se apodera de ella. ¡Qué dudas e incertidumbres, qué cobardías! En fin, las miserias que hay en el fondo de este pobre corazón parece que subieran en oleaje aterrador. Entonces gimo, clamo a nuestro Señor que acuda a socorrerme porque perezco, y Él siempre me tiende su mano divina para que no sucumba.

No quiero llorar, porque encuentro que el sacrificio regado con lágrimas no es sacrificio. Es necesario que sólo Dios sepa que el cáliz que apuro es muy amargo. En fin, me parece que yo nada hago porque la gracia de Dios es inmensa. Él es el que obra todo ⁷⁴.

⁷³ Carta a su padre del 25 de marzo de 1919; Diario pp. 223-226.

⁷⁴ Carta al padre Colom del 25 de abril de 1919; Diario pp. 250-251.

El 7 de abril le escribe a su padre para agradecerle por darle su consentimiento: *Mi papacito tan querido: Ayer me parece que no le agradecí lo bastante su generoso consentimiento; pero es por la pena intensa que sentía, la cual me impidió manifestarle todo lo que por mi alma pasó en ese instante.*

Mi papacito lindo, que Dios mil veces se lo pague. Es lo único que puedo decirle, porque me faltan las palabras para agradecerle tal como lo siento. Sentía en ese momento la pena más grande de mi vida al ver que, por vez primera era yo la causa de sus lágrimas. Y, sin embargo, tuve la fuerza necesaria para soportarlo. Dios, papacito mío, es el que da la energía a nuestros corazones para hacer el sacrificio más costoso en esta vida. Tal es el que usted le va a ofrecer.

A pesar de la inmensa pena que lo agobia, estoy segura que sentirá en lo íntimo de su alma la satisfacción más grande, al pensar que ya me ha dado a Dios y que ha asegurado para siempre la felicidad de su hija. Sí; no se inquiete porque cree que no seré feliz. En todo caso, si no lo soy, las puertas del convento se abrirán de nuevo para mí, pero tendría que cambiar enteramente, pues desde chica he deseado abrazar ese género de vida que, aunque es austero, considero que todo es poco para lo mucho que le debemos a Dios. Además, papacito, ¿no considera usted que por mucho que uno se sacrifique en esta vida, es nada en comparación con la felicidad que disfrutaremos en la eternidad? Cuán poco sacrificio, y una eternidad de gozo.

Ya se acercan los últimos días que pasaremos juntos en la tierra. Pero seguiré viviendo en medio de todos por el pensamiento, rogando porque todos nos encontremos reunidos en el cielo. Entonces qué pequeño nos parecerá todo lo de esta existencia pasajera.

Adiós, papacito. Que la santísima Virgen lo consuele. Que ella me reemplace cerca de usted. Cuánto no daría por verlo feliz. Eso es lo que le voy a pedir a nuestro Señor. Que Él lo bendiga y le dé su recompensa. Lo abrazo y beso mil veces, y le repito de nuevo “Dios se lo pague”⁷⁵.

⁷⁵ Carta a su padre del 7 de abril de 1919; Diario p. 231.

DESPEDIDA FAMILIAR

Su hermana Lucía Fernández Solar declaró: *Juanita no quería despedirse de mí (para ir al convento), porque no quería impresionarme, ya que yo estaba enferma. Pero, sabiendo el día de su partida, la obligué por medio de mi esposo a venir a misa. Y porque yo lloraba desconsoladamente, me abrazó y me dijo: “No llores, la vida es muy breve y en el cielo nos veremos”. Efectivamente no la vi más, porque me fue imposible ir a visitarla al convento... El doctor Eugenio Díaz Lira fue a visitarla desde Santiago cuando estaba ya muy grave y a su regreso me contó: “No olvidaré el cuadro de sufrimiento en el que estaba. Cuando la examiné tenía un cilicio en el brazo y una cadena en la cintura. Se los hice quitar de inmediato”*⁷⁶.

Su madre recuerda: *El día anterior a su partida hacia el Carmelo, reunió en su habitación a todo el personal y, de rodillas, pidió perdón a todos y les regaló a cada uno, así como a sus hermanos y primos, un crucifijo como recuerdo*⁷⁷.

Su hermano Lucho refiere: *El día antes de ingresar al Carmelo me llamó a su pieza y me mostró una virgencita de Lourdes, que le había regalado nuestra tía Juana Solar cuando era muy chiquita, y me dijo: “Te la dejo, es lo que más quiero. Esta virgencita ha recibido todos mis sufrimientos y confidencias. No te separes nunca de ella”. He cumplido su deseo y la tengo hasta hoy en mi velador*⁷⁸.

Sor Carmen Teresa del niño Jesús manifiesta. *Me dijo: “Carmen enamórate de Dios. Eso es lo único que vale”. Sus últimas palabras, al despedirme, fueron: “Carmen, te voy a querer en el cielo, lo mismo que te quiero en la tierra”*⁷⁹.

Se despidió de sus hermanos Luis y Miguel por carta. A su hermano Luis, el 14 de abril de 1919, le escribió: *Creo que tú, más que nadie, podrás comprender que existe en el alma una sed insaciable de felicidad. No sé por qué, pero en mí la encuentro duplicada. Desde muy chica la he buscado, mas en vano, porque en todas partes sólo veo su sombra; ¿y ésa puede satisfacerme? No. Jamás —me parece— me he dejado seducir. Anhele amar, pero algo infinito (y que) ese ser que yo ame no varíe y sea el juguete de sus pasiones, de las circunstancias del tiempo y de la vida. Amar, sí; pero al ser inmutable, a Dios quien me ha amado infinitamente desde una eternidad. ¡Qué abismo media entre*

⁷⁶ Sum p. 14.

⁷⁷ Sum p. 7.

⁷⁸ Sum p. 339.

⁷⁹ Sum p. 137.

ese amor puro, desinteresado e inmutable, y el que me puede ofrecer un hombre! ¿Cómo amar a un ser tan lleno de miserias y de flaquezas? ¿Qué seguridad puedo encontrar en ese corazón? Unir mi alma a otro ser que no me perfeccione con su amor, ¿encuentras que puede serme de nobles perspectivas? No. En Dios encuentro todo lo que en las criaturas no encuentro, porque son demasiado pequeñas para que puedan saciar las aspiraciones casi infinitas de mi alma. Me dirás: pero puedes amar a Dios viviendo en medio de los tuyos. No, mi Lucho querido. Nuestro Señor nada suyo reservó para sí al amarme desde el madero de la cruz. Dejó su cielo y ¿yo me he de entregar a medias? ¿Encontrarías generoso de mi parte reservarme aquellos a quienes estoy más ligada? ¿Qué le ofrecería entonces? No. El amor que le tengo, Lucho querido, está por encima de todo lo creado; y aun pisoteando mi propio corazón, despedazado por el dolor, no dejaré de decirles adiós, porque lo amo y con locura. Si un hombre es capaz de enamorar a una mujer hasta el punto de dejarlo todo por él, ¿no crees, acaso, que Dios es capaz de hacer irresistible su llamamiento? Cuando a Dios se conoce; cuando en el silencio de la oración alumbra al alma con un rayo de su hermosura infinita, cuando alumbra al entendimiento con su sabiduría y poderío; cuando inflama la voluntad con su bondad y misericordia, se mira todo lo de la tierra con tristeza. Y el alma, encadenada por las exigencias de su cuerpo, por las exigencias del ambiente social en que vive, se encuentra desterrada y suspira con ardientes ímpetus por contemplar sin cesar ese horizonte infinito que, a medida que se mira, se ensancha sin encontrar en Dios límites jamás⁸⁰.

Y a su hermano Miguel el 7 de mayo, el día de su partida: Antes de partir he querido dejarte estas líneas que te han de manifestar el inmenso cariño que te he profesado toda mi vida. He sentido por ti, al mismo tiempo que mucho cariño, mucha compasión.

Comprendo, aunque tú nunca me lo has manifestado, que sufres; que llevas el alma destrozada. Sin embargo, muchas veces he querido penetrar hasta esa herida, pero tu carácter reservado me la ha ocultado. ¿Qué hacer sino callar y rezar por ti? Si tú pudieras comprender lo mucho que he llorado yo por ti, me oirías todo lo que mi alma te querría decir. Pero quizás no querrás oír los consejos de una monja. Sí, monja seré, pero siempre tendré corazón de hermana para ti. Siempre velaré desde el convento y te acompañaré a todas partes con mis pobres oraciones.

Que jamás, Miguel querido, pierdas la fe. Antes prefiero morir y ofrecer mi vida que tu alma sea extraviada. Prométeme que todos los días vas a rezar una “Ave María” a la santísima Virgen para que te dé la salvación, y que ese

⁸⁰ Diario pp. 234-235.

crucifijo lo conservarás y llevarás siempre contigo hasta la muerte, como recuerdo de tu hermana. Siempre lo he llevado yo conmigo.

Siento la pena más inmensa al separarme, pero Dios me sostiene y me da fuerzas para romper los lazos más estrechos que existen sobre la tierra. Créeme que mi vida entera será una continua inmolación por ti, para que seas buen cristiano. Acuérdate de tu hermana carmelita. Cuando las pasiones, los amigos te quieran sumergir en el abismo, ella al pie del santo altar estará pidiendo para ti la fuerza. Acuérdate que, mientras tú te entregas a los placeres, ella tras las rejas de su claustro someterá su cuerpo a las más rudas penitencias. Sí, Miguel. Te quiero con locura y, si es necesario que yo pierda mi vida porque tú vuelvas sobre tus pasos y comiences la verdadera vida cristiana, aquí la tiene Dios. Aun el martirio, con tal que, cuando pasen estos cuatro días del destierro, nos encontremos reunidos para siempre en Dios.

Adiós, hermanito querido. Perdóname todo lo que te he hecho sufrir. No ha sido con intención. No te olvides de tu hermana que tanto te quiere ⁸¹.

⁸¹ Diario p. 260.

SEGUNDA PARTE VIDA RELIGIOSA

ENTRADA AL CONVENTO

Llegó el día señalado del Señor, el 7 de mayo, en el que debía consumarse el sacrificio de la futura carmelita y de su querida familia... En el momento en que se presentó en la puerta reglar para entrar, la acompañaban su mamá, sus hermanos, parientes y amigas, que habían venido con ella. Al abrirse la puerta, abrazó a sus hermanas y recibió la última bendición de su mamá y del padre Superior de los carmelitas de Santiago. Entró y, arrodillándose, besó la tierra y después el crucifijo que se le presentaba, abrazándose a él. En ese instante caía desmayada su hermanita; pero esto, ni los sollozos ni el llanto de los que fuera quedaban, la hizo detenerse un instante, ni derramar una lágrima: absorta en Dios: Él la sostenía. La llevamos en procesión al coro, cantando el himno "O gloriosa". Acabadas las oraciones, salimos del coro, y pudimos verla serena y tranquila, sobre manera hermosa; tenía de ángel y de reina. Abrazó de rodillas a su nueva familia, con sumo amor, y agradeció a la Comunidad el que la hubieran admitido, confesándose indigna de esta gracia, y dijo: "Estoy feliz", lo que no necesitaba expresar, porque se la veía radiante de gozo y alegría...

Se la llevó a la celda que se le había destinado; gozó con su pobreza, mirando la cruz de madera, se halló con la divisa: "Solo Dios basta", que constituía para ella el programa de su vida. Ocho días más tarde escribía: "Estoy en el cielo, siento de tal manera el amor divino en mi corazón que hay momentos en que creo que no voy a resistir". Y a su virtuosa madre: "No se figura el cambio que ya percibo en mí: Él me ha transformado; va recorriendo los velos que lo ocultaban y que estando en el mundo, entre tinieblas, no me lo dejaban percibir. Cada vez me parece más hermoso, más tierno. Nuestro Señor le enseñaba, reprochándole las más mínimas imperfecciones y exigiendo de ella hasta los más pequeños sacrificios... Le inspiró también que hiciera el voto de obrar lo más perfecto, el que hizo con autorización y cumplió fielmente como todas pudimos notar ⁸².

Su hermana Rebeca refiere en una carta enviada a su padre el 8 de mayo de 1919: *El viaje se hizo sin contratiempos y llegamos a Los Andes a las 11. Como a eso de las tres de la tarde empezó a vestirse y, como ella decía, se puso el vestido de novia. Enseguida se despidió de cada uno de nosotros con toda tranquilidad y fortaleza, propia de las almas grandes. Después de llamar al torno empezaron todas las Madres a cantar, abriendo la puerta de par en par y entonces aparecieron monjas en dos filas con el velo bajo y con una vela en la*

⁸² Carta circular enviada después de su muerte.

mano. Una de las novicias se adelantó con un gran crucifijo y en ese momento, empezó la gran ceremonia. Juanita, después de despedirse de cada uno de nosotros, se arrodilló a los pies de un padre carmelita para recibir su bendición y, enseguida, se arrojó a los pies de mi mamacita, pidiéndole perdón y su bendición, y le suplicó que también se la diera en su nombre. Sí, papacito, su último pensamiento fue para usted. Después atravesó el umbral de la puerta hincándose, besó aquel suelo bendito y levantándose se arrojó a los pies del crucifijo. Papacito, creo que, en ese momento, su alma estaba muy lejos de este suelo; no era dueña de sí misma, estaba absorta, estrechando a su único bien. ¡Ay, nunca jamás olvidaré esa entrada! En ese instante se reveló tal cual era: fuerte, grande, santa.

Sus movimientos no eran naturales, parecía que estaban impulsados por algo divino, sobrenatural. Se arrancó de los brazos de los suyos para arrojarse en los de Dios.

SUS PRIMEROS PASOS EN EL CONVENTO

Ella misma escribe a su padre al día siguiente de su entrada: Gracias, mil veces gracias por su generoso consentimiento. No se imagina la felicidad de que disfruto. He encontrado, por fin, el cielo en la tierra.

Si es verdad que ayer me aparté de los míos con el corazón desgarrado, hoy gozo de una paz inalterable. No se imagina, mi papacito, el cariño y solicitud verdaderamente maternal de nuestra Madre; lo mismo el cariño de cada hermanita. No tengo cómo agradecerse bastante. Ahora le escribo desde mi celdita que, aunque bastante pobre, no la cambiaría por ningún aposento de los más ricos del mundo. Me siento feliz en medio de tanta pobreza, porque tengo a Dios, y El sólo me basta. He principiado ya mi misión de rogar constantemente por los míos. No los olvido un momento en mis oraciones. Quiera nuestro Señor recibírmelas y darles cuanto necesitan.

Estoy tan feliz que, a pesar de que no conocía a mis hermanitas, me parece que siempre hubiera vivido en medio de ellas. Adiós, papachito lindo. Consuélese de la separación, porque siempre tendrá un ser que ruegue a nuestro Señor por usted, ya que le ha proporcionado el objeto de su felicidad. Nunca tendré cómo pagárselo. Adiós, papacito. A los pies de nuestro Señor le queda muy unida su hija carmelita, que más lo quiere ⁸³.

⁸³ Carta a su padre del 8 de mayo de 1919; Diario p. 261.

Ese mismo día, 8 de mayo, le escribe a su madre: *Estoy en mi celdita sola con solo Dios. Esta mañana mi Madrecita me hizo levantarme más tarde. Me cuida tanto que me confunde. No se imagina todas las chambonadas que hago a cada paso, y mi hermanita novicia tiene la gran caridad de guiarme. Paso unos apuros colosales para andar con zuecos. Me tiento de la risa al ver mi torpeza. En fin, soy feliz, porque, aunque nada tengo, todo lo encuentro en Dios. Anoche, dormí regiamente en mi cama de carmelita. Me sentía más dichosa que un rey en su mullido lecho* ⁸⁴.

Y sigue diciéndole en otras cartas: *Pídale al Señor que mi vida sea un cántico de amor y alabanza. Quiero ser hostia por los sacerdotes* ⁸⁵.

Tengo el oficio de despertadora. Me levanto un cuarto de hora antes para despertar a mis hermanitas. Es lo más delicioso, pues está oscuro todavía, con luna. Y soy la primera que me voy al coro. Allí, delante de nuestro Señor, sola, cuántas cosas no le digo, mamachita linda, por todos; pues a esa hora tiene que estar muy generoso, pues toda la noche acopia las gracias para las almas. Me encanta este oficio, pues tengo que llamar a mis hermanas a la oración, y ya que mis alabanzas son tan pobres, al menos llamo a otras almas que saben amar y alabar mejor al divino prisionero ⁸⁶.

Ahora le contaré algunos detalles. Tengo el oficio de capellana. Arreglo el oratorio del noviciado y tengo que atender todo el noviciado, que, aunque es muy pequeño, no deja de tomarme tiempo, porque soy tan calmosa. Ahora nos estamos levantando diez minutos antes de las cinco a.m., porque rezamos en estos 15 días antes de la Asunción los quince misterios del rosario. Le aseguro que llena el alma de felicidad esa devoción a la santa Virgen. Dicen que concede todo lo que se pide. Así es que ya comprenderá cómo rogaré por los míos.

El martes, por ser el día de santa Marta, fuimos las novicias a reemplazar a las hermanitas conversas en la cocina. No se imagina lo que gozamos haciendo de comer. Nos reíamos a gritos al vernos picando las cebollas y llorando. Todo en el Carmen se hace con alegría, porque en todas partes tenemos a nuestro Jesús, que es nuestro gozo infinito ⁸⁷.

En carta a su hermana Rebeca, del 13 de mayo de 1919, le escribe: *Duermo en una tarima. El colchón que traje no lo he usado, pues tuve la felicidad que me pusieran jergón y todo igual a mis hermanitas. Fíjate que la primera noche mi Madrecita creyó que no podría dormir con la almohada,*

⁸⁴ Diario p. 262.

⁸⁵ Diario p. 265.

⁸⁶ Diario p. 278-276.

⁸⁷ Carta a su madre del 2 de agosto de 1919; Diario p. 306.

porque es dura, y me la mandó cambiar. Yo estaba felicísima, abrazada con ella. Entonces la tuve que cambiar, pero después me la han dejado.

En la celda siempre estoy sentada en el suelo, y ahora te escribo así. Ya estoy muy perita. En la mañana paso unos apuros colosales para levantarme, pues sólo nos dan un cuarto de hora. La primera vez salí con la esclavina por un lado, y por otro lado con el velo, sin saber ponérmelo; y todo por el estilo. Mis hermanitas me ayudaron. El segundo día hice una trampa: desperté a las cinco, me vestí hasta la enagua y me volví a acostar, y cuando tocaron, me puse lo demás y salí la primera para cantar las tablillas, que son así: “Alabado sea nuestro Señor Jesucristo y la Virgen María, su Madre. A la oración, hermanas; a alabar al Señor”. Pero después de todo no las pude cantar por no saber dónde. Fijate que es pena.

En las comidas paso mis apuros también, porque la cuchara es de palo, y el tenedor muy chico y angosto. Me demoro mucho rato y tengo que hacerlo después de todas; pero esto es rico; porque mientras mis hermanitas están en el comedor, yo me quedo en el coro con nuestro Señor, tres cuartos de hora. Gozo verdaderamente. Entonces es cuando te manda mi Jesús muchas gracias y regalitos que le pide tu carmelita para ti. En el Oficio, me figuro estar en el cielo. Es lo más precioso que hay. Lo rezamos cuatro veces al día. Lo más divertido es que mi hermanita novicia me tiene que dar sus tirones para que haga las genuflexiones como todas ⁸⁸.

A su amiga Carmen de Castro le escribe en mayo de 1919: Cómo quisiera mostrarte mi celdita... tengo una tarima —la cama— una mesita bajita, el lavatorio en el suelo, un pisito que no usamos, porque nos sentamos en el suelo. La única joya de nuestra celda es una gran cruz y una corona de espinas. Tenemos que pasar en la celda muchas horas al día. No se sale de él a nada más que para ir al coro, al recreo y otros ejercicios del noviciado. Tenemos que coser y hacer otros trabajos. Vivimos riéndonos y amando. No te imaginas la alegría y la confianza y sencillez que reina. Me encuentro en mi centro ⁸⁹.

Y a su amiga Inés Salas: Vengo del coro donde he pasado una hora dentro de su Corazón. Una hora perdida en la fuente del amor. ¡Qué vida tan deliciosa es la que vivo! Quisiera amiguita mía, hacerte participar de mi felicidad. Ya no vivo, sino para Dios. Todas las pequeñeces de la vida del mundo han desaparecido. Ahora sólo veo lo grande, lo eterno, lo infinito. Allá todo era para

⁸⁸ Carta a su hermana Rebeca del 13 de mayo de 1919; Diario p. 266.

⁸⁹ Diario p. 278.

*mi alma desasosiego, turbación, vacío. Aquí todo es paz, tranquilidad, satisfacción completa con mi Dios*⁹⁰.

En otra carta le dice a Rebeca: *Cada día doy más gracias a Dios de encontrarme en este palomarcito encantador, entre tantas santas. No te imaginas lo santas que son. Yo las venero y me apeno al verme tan mala y miserable. Tienes que rezar mucho por mí, por que sea una santa carmelita.*

Me dices te diga mi reglamento. Nos levantamos a las 5, 15. A las 6 nos vamos al coro, donde hacemos una hora de oración. Cierran todas las puertas y sólo quedamos viendo la lamparita del sagrario. Mira que es cosa rica. Después decimos el Oficio divino, las Horas. Después, la misa, comunión y nos venimos un poco antes de las 9 al noviciado con nuestra Madrecita, rezando “el Miserere”. Pedimos las licencias para salir de la celda, para escribir, etc. Tomamos el desayuno en una salita que es también oratorio. Ponemos las tazas en unas bancas y nos sentamos en el suelo. Al principio no hallaba cómo arreglarme, pero ahora estoy acostumbrada. Después arreglamos la celda. Barro el corredor del noviciado. Si no tengo que hacer otra cosa, me vengo a las 10, 15 a mi celda, en donde tengo que coser hasta las 11. A esta hora, tenemos examen —5 minutos— y nos vamos a comer. En el comedor hay una gran cruz y una calavera delante de la cual hay que inclinarse. Hambre nunca he sentido. Todo lo contrario. Tomamos sopa de carnes (las novicias) y un plato de vienes como porotos, etc., muy abundante, al estilo de mi tío Pancho, fruta y una taza de té con leche. Después de la comida, a las 12, 15, tengo que ir a fregar (esta semana únicamente) que es lavar los platos. El primer día que lo hice sola me olvidé de ponerle el tapón al lavadero y principió a caerse el agua. No sé qué habría pasado si no es por una buenísima hermanita conversa que me socorrió.

Después me voy al recreo, que termina a la 1, 15 más o menos. A esa hora vamos a rezar el mes del Sagrado Corazón y ahí te recuerdo especialmente. (Después), hasta las dos tenemos libre en nuestra celda (en esta hora te escribo). Pero a veces hay que coser o cualquier otra cosa. A las 2 rezamos Vísperas. A las 2, 30 p.m., lectura cada una en su celda hasta las 3. Dando las tres, nos postramos en el suelo y rezamos tres credos, por ser esa la hora en que murió nuestro Redentor. Nos vamos en seguida al coro a hacer una visita al Santísimo de 5 minutos, y nos venimos a la celda a trabajar, u otras veces estamos con nuestra Madrecita. A las 4, 45 tocan las tablillas y nos preparamos para ir a la oración, que es de 5 a 6 p.m. A esa hora vamos a cenar. A las 7, 15 voy a fregar. Después al recreo —una hora— y después rezamos Completas, que concluyen a las 8. Nos venimos a rezar el rosario al oratorio y nos vamos a nuestras celdas, donde leemos, rezamos o cosemos hasta las nueve, que rezamos Maitines.

⁹⁰ Carta a Inés Salas de agosto de 1919; Diario p. 307.

Enseguida, el examen hasta las 10, 30, más o menos. A esa hora me acuesto, porque me demoro en lavarme, pues en la mañana casi no hay tiempo. A las 11 menos un cuarto tocan tablillas para acostarse, y a las 11 p.m. estamos a oscuras para dormir. Desde Completas tenemos que guardar silencio riguroso.

Fijate que me hicieron leer lecciones en latín en Maitines. Ya comprenderás mi susto. Casi lloraba (como siempre) y antes se me confundió todo lo que tenía que hacer y decir, y como no podía hablar, tuve que escribirle a la hermanita pedagoga (que es la que nos enseña lo que debemos hacer). No te imaginas mis apuros y sustos. Después que leí, fue nuestra Madre para darme a besar el escapulario. Me hiqué y me vine a acostar, porque es así la ceremonia. La Madre subpriora, que es la que corre con el Oficio divino, me hizo un regalo (porque siempre es así), por ser la primera vez que leía. Llegó al Noviciado con una bandeja con frutas, chocolates, chancaca y galletas, y con mis hermanitas novicias le hicimos cariño a todo en presencia de nuestra Madrecita y Madre subpriora. Aquí no existe la vergüenza con nuestra Madrecita. Tal confianza sentimos con ella como con nuestra mamá, en todo sentido.

Ayer amanecí muy cantora. Hice la celda cantando (pero porque era día de recreo). Formábamos dúo con otra hermanita novicia. Eso sí que cada una por su lado. Después, en el recreo, todas nos embromaban. Así pasamos la vida, hermanita querida, orando, trabajando y riéndonos. Ojalá tengas la dicha algún día de encontrarte en este cielito anticipado, donde los rumores y agitación del mar del mundo no llegan. Dios es amor y alegría, y Él nos la comunica ⁹¹.

A su amiga Carmen de Castro le habla de su felicidad: Parece increíble hayan pasado cinco meses desde mi llegada a este conventito. Créeme que no nos damos cuenta del tiempo. Y es porque vivimos sin otra preocupación que Dios. Soy tan feliz como ya no es posible imaginar. Es una paz, una alegría tan íntima la que experimento, que me digo que, si vieran esta felicidad los del mundo, todos correrían a encerrarse en los conventos. ¡Ah, Carmencita! Deseo tanto para ti esta dicha, pues me parece que encontraría tu alma la plena satisfacción de sus deseos.

Si supieras cómo el alma va encontrando horizontes infinitos, desconocidos hasta entonces; si supieras, mi hermanita, la vida de unión íntima que vive la carmelita con Jesús... Él lo es todo para ella. Cuántas horas pasa en el coro junto a la reja mirando esa hermosura increada, oyendo lo que la sabiduría infinita le enseña y, sobre todo, sintiendo los latidos del Corazón de su Dios. Nada puede separarla de Él. Jesús la arrancó del mundo, de los suyos, para traerla a la soledad donde Él descansa; para tenerla siempre junto a su

⁹¹ Carta a su hermana Rebeca del 12 de junio de 1919; Diario pp. 282-283.

*sagrario. Quiere que la carmelita sea su hostia. En ella vive y sobre su Corazón la sacrifica y la ofrece a su Eterno Padre por el mundo pecador en silencio, como El —convertido en hostia— que se inmola en el altar ocultamente. ¡Ah, Carmen, qué bueno ha sido nuestro Señor conmigo al traerme a esta antesala del cielo, teniéndolo sólo a Él por mi todo!*⁹².

TOMA DE HÁBITO

*El 14 de octubre, día fijado para su toma de hábito, lo vio llegar con indecible gozo y no se cansaba de agradecer a la comunidad que la hubiera admitido en su compañía... Con el santo hábito se le dio el nombre de Teresa de Jesús, el cual ella supo tan bien llevar, quedando doblemente bajo la protección de nuestra Madre santa Teresa, a quien tanto amaba y cuyo espíritu había recibido*⁹³.

A su padre le escribió el 26 de noviembre de 1919: El día de mi toma de hábito pude apreciar más que nunca que mi parte ha sido la mejor... Pude ver que en todas (las almas) hay llagas profundamente dolorosas, que todas... encierran en su corazón un mundo de desdichas. En cambio su carmelita ve deslizar sus días tranquilamente.

Nada puede turbar su paz, su dicha, porque lleva en su alma al que es la fuente de la paz. Con Dios, mi papacito, es con quien vivo en un cielo ya aquí en la tierra. Entre Jesús y su carmelita hay una intimidad tan grande, que las uniones de la tierra son sólo una sombra; y a medida que lo conozco, más lo amo, porque voy sondeando en su corazón un abismo de infinito amor. Por eso, mi papacito querido, siento la necesidad de llevarlo hacia Él. Quisiera que fuera Jesús su íntimo amigo, en quien depositara su corazón cansado y saciado de sufrimientos. ¿Quién podrá, mi viejecito querido, medir la intensidad, el caudal de preocupaciones que lo agobian como nuestro Señor, que penetra hasta lo más íntimo y que sabe curar con delicado tacto aquellas heridas dolorosas cuya profundidad usted mismo desconoce? ¡Ah, mi papachito, cómo se transformaría su vida, si fuera a Él con frecuencia como a un amigo! ¿Cree acaso que Jesús no lo recibirá como a tal? Si tal cosa pensara, demostraría que no lo conoce. Él es todo ternura, todo amor para sus criaturas pecadoras. Él mora en el sagrario con el corazón abierto para recibirnos, y nos aguarda allí para consolarnos. Papacito mío, ¡cuántas veces usted mismo no me ha expresado lo feliz que se ha sentido al comulgar! Es porque entonces su alma, libre de todo peso, ha sentido la presencia de su Dios, único capaz de satisfacernos. Además ¿por qué temer

⁹² Carta a Carmen de Castro del 29 de septiembre de 1919; Diario p. 326.

⁹³ Carta circular después de su muerte.

acercarse a nuestro Señor, cuando Él mismo dijo que era el buen pastor, que daba su vida por recobrar la oveja perdida? Y dijo que venía en busca de los pecadores. Así pues, mi papacito, todos, aunque somos pecadores, podemos acercarnos a Él. Somos sus hijos que debemos confiar en sus entrañas llenas de ternura paternal.

No se figura cómo he rogado por usted y por los asuntos que le conciernen, para que se arreglen como conviene. Especialmente en este mes de María se lo he entregado a la santísima Virgen. Espero que ella me oirá y lo protegerá a todas horas. A ella le pido seque sus lágrimas, calme su vida tan llena de turbaciones, y sea también su compañía en la soledad; y sobre todo le ruego sea la santísima Virgen su abogada, su Madre tierna y cariñosa a quien tanto usted ha querido, su protectora en el horrible trance de la muerte: Invóquela siempre, papacito mío, y más aún cuando su alma luche con el desaliento. Entonces dígale: “María, muéstrame que eres mi Madre”. Invóquela cuando luche para cumplir sus deberes de cristiano. Pídale a ella lo haga ser su verdadero hijo; que extinga en su alma el fuego de las pasiones con su mirada de suavidad.

Papacito mío, cuando sufra, mire a su Madre dolorosa con Jesús muerto entre sus brazos. Compare su dolor. Nada hay que se le asemeje. Es su único Hijo, muerto, destrozado por los pecadores. Y a la vista del cuerpo ensangrentado de su Dios, de las lágrimas de su Madre María, aprenda a sufrir resignado, aprenda a consolar a la santísima Virgen, llorando sus pecados ⁹⁴.

NOVICIADO

Comenzó su noviciado con la toma de hábito. Su connovicia sor Isabel de la Trinidad nos informa: Llevó una vida muy perfecta con oración recogida. Permanecía la hora entera hincada casi sin movimiento, absorta en Dios. Para sentarse, tenían que obligarla y entonces obedecía de inmediato. Estaba encargada del oratorio y el aseo del comedor. En la huerta aprendió a hacer injertos. Todos los oficios los cumplía con perfección, viendo en esto la voluntad de Dios. Cuando le tocaba la semana, iba gustosa a hacer el humilde trabajo de limpiar el servicio higiénico, que consistía en una insalubre casucha de madera, que estaba en el patio del noviciado sobre una acequia a tajo abierto ⁹⁵.

⁹⁴ Carta a su padre del 26 de noviembre de 1919; Diario pp. 357-358.

⁹⁵ Sum p. 150.

*A sor Teresa le confiaron el cargo de campanera y se sacaba las alpargatas para no hacer ruido y despertar antes de lo debido a las demás religiosas*⁹⁶.

*En los trabajos buscaba y deseaba los más humildes. Su petición constante era ir a la cocina a ayudar a las hermanas conversas y, cuando lograba la licencia, se la veía feliz, poniéndose a disposición de la hermana que estaba en la cocina para que la ocupase en lo que quisiera*⁹⁷.

A una amiga le escribe: Quiero hablarte del Oficio divino. Tú sabes que es el grito incesante que la Iglesia eleva a Dios. Nosotras las contemplativas somos las encargadas de clamar por el mundo. Cuando estamos en el coro somos ya ángeles que alaban a Dios; formamos nosotras parte de ese concierto angélico, y nuestras antífonas son estrofas de esa pura y divina poesía. ¿No somos en esos instantes los ángeles que cantan ante el sagrario para consolar a Jesús en su triste prisión? Jesús también canta con sus carmelitas. Él eleva, junto con sus esposas, ese clamor puro y suplicante por el mundo a su eterno Padre.

*Esos mismos salmos son los que Jesús, cuando vivía en Judea, salmodiaba en la soledad. Todos son preciosos y son un grito humilde y confiado que la criatura dirige a su Padre del cielo*⁹⁸.

*El Oficio divino fue para ella una revelación, porque sólo tenía de él una idea vaga; aquí se penetró de su grandeza y su espíritu se sentía transportado de devoción y gozo al recitar los salmos inspirados por el mismo Dios, para que se le rinda culto, y con las ceremonias que le acompañan. Así se unía a los ángeles para rendir este culto de adoración y amor, que parecía ser uno de ellos; dejaba la tierra, pare unirse a los bienaventurados del cielo en el culto que rinden a su divina Majestad*⁹⁹.

*Sor Isabel de la Trinidad asegura: En cierta ocasión sor Teresa convidó a la testigo a que ambas hiciéramos voto de esclavitud mariana, lo que en realidad efectuamos. Tenía a su cargo la ermita de la huerta bajo la advocación de Lourdes y sor Teresa me aseguró que allí había recibido grandes favores de la santísima Virgen. Durante quince días, antes de la Asunción, se levantaba una hora antes, a las cuatro de la madrugada, para rezar los 15 misterios del rosario sin tener ella obligación por ser novicia. La testigo advierte que lo hacía siempre con permiso de la maestra*¹⁰⁰.

⁹⁶ Sum p. 279.

⁹⁷ Carta circular después de su muerte.

⁹⁸ Diario p. 338.

⁹⁹ Carta circular después de su muerte.

¹⁰⁰ Sum p. 153.

*Nosotras sus compañeras de noviciado, cuando pedíamos a la madre maestra que nos diera permiso para hacer Hora Santa los jueves corrientes del año, de 11 a 12 de la noche, muchas veces nos negó el permiso, pero a sor Teresa no se lo negó jamás, porque la Superiora veía en ella un alma extraordinaria, que poesía gracias especiales y nosotras pensábamos de la misma manera*¹⁰¹.

FELIZ DE SER CARMELITA

Le escribí a Amelia Montt Martínez: Soy la persona más feliz con mi vocación, y no me canso de darle gracias a Dios por haberme traído a este rinconcito de cielo. Vivo sólo para Dios. Mi única ocupación es conocerlo para más amarlo. He principiado aquí en la tierra la vida del cielo, vida inventada e ideada por Dios en su eternidad; vida sólo de amor y de alabanza incesante. Si por un instante pudieras leer lo que ha pasado por el alma de esta postulante carmelita, comprenderías la dicha de vivir siempre junto al tabernáculo. Sola con Él solo, paso en el coro junto a la reja, o ya en mi pobre celdita. Ya no existe entre Él y su criatura nada. Siempre escucho su palabra divina. Siempre miro y contemplo su belleza infinita. Siempre siento los latidos del corazón de mi Dios que me pide amor porque Él sabe que el amor encierra todo: sacrificio y almas.

Hermanita querida, sin duda, como el mismo Jesús le dijo a la Magdalena, me ha elegido “la mejor parte”. La carmelita sólo debe ocuparse de su Dios. Debe vivir, no ya en la tierra, sino en Dios. Debe moverse, obrar, respirar lejos de las criaturas, del mundo. Sólo debemos recordarlo para rogar por ellas y por él; pero sin recibir su influencia, sin respirar su ambiente impuro. Jesús me ha encerrado aquí para unirse a mí, sin que nada pueda turbar esta mirada, esta visión de su faz adorable que un día poseeré allá en el cielo en su plenitud. Me figuro muchas veces que soy como una reina; pues mientras otras almas sirven al Rey en el apostolado de la acción, yo —como reina— me estoy a su lado escuchándolo, contemplándolo, rogando junto con Él, sufriendo con sus mismos sufrimientos. Él cambia sus sentimientos con los míos, divinizándolos. Él me rodea de su luz divina, embelleciendo mi alma con sus enseñanzas.

Oh qué bueno es este Jesús con esta pobre criatura. No quiere separarse de ella un momento. Busca en mi alma consuelo y reposo. Me ha asemejado a Él haciéndome hostia. Sí. Una carmelita es hostia que lleva en sí a Jesús. Ella no obra. Es Él. Él la sacrifica, la inmola en silencio, como Él se sacrifica y se inmola en silencio en el altar por el mundo entero. Ella siempre ora con Jesús en

¹⁰¹ Sum pp. 157-158.

el altar; salva las almas, pero mirando a Jesús. Ella derrama la sangre de su corazón negándose en todo. Todo lo ha sacrificado por Jesús.

Qué feliz me siento cuando le puedo decir: “Todo mi ser te pertenece, Jesús mío. Mi corazón sólo debe amarte a Ti y amar las almas, porque ellas están teñidas con tu sangre. Al sacrificarme por ellas, sólo me sacrifico por recoger tu sangre adorada, para que no se pierda. Así pues, salvo las almas, pero sin perderte de vista, mi astro divino. Mi inteligencia, mi pensamiento, mi memoria te pertenecen. No tengo que conocer criaturas, ni estudiar ciencias humanas. Eres Tú mi Sabiduría, mi libro de verdad eterna. Mi cuerpo lo he venido también a inmolar, porque te amo y desde la cruz me enseñas a crucificarlo. Mi voluntad la he puesto en manos de mis superiores que representan tu autoridad divina. Nada puedo hacer sin permiso, ni aún recoger un alfiler. Los bienes temporales también los dejé por Ti y nada puedo poseer. ¿Qué me queda? Nada. He venido para desaparecer en Ti, Jesús mío” ...

Ámalo mucho, pero conócelo. En la Eucaristía está, vive ese Jesús entre nosotros; ese Dios que lloró, gimió y se compadeció de nuestras miserias. Ese pan tiene un corazón divino con las ternuras de pastor, de padre, de madre, y de esposo y de Dios... Escuchémosle, pues Él dijo que es “la Verdad”. Mirémosle, pues es Él la fisonomía del Padre. Amémosle, que es el amor dándose a sus criaturas. Él viene a nuestra alma para que desaparezca en Él, para endiosarla. ¿Qué unión, por grande que sea, puede ser comparable a ésta? Yo como a Jesús. Él es mi alimento. Soy asimilada por Él. ¡Qué dicha más inmensa es ésta: estrecharlo contra nuestro corazón siendo Él nuestro Dios!

Comulga bien y péntrate bien de la visita que recibes, del amor infinito, de la locura divina: que no sólo se hizo hombre como nosotros, sino pan. Después que comulgues, dile a Jesús —ese Dios que tienes prisionero en tu alma— que se quede contigo para que todo el día continúes amándolo y dándole gracias. Pídele a la santísima Virgen te prepare con fe, humildad y amor para la comunión; que todos los momentos desocupados pienses en tu Dios que tienes dentro de tu alma. Mira a Jesús en los oprobios, y aprenderás a humillarte. Míralo obediente hasta la muerte, y aprenderás a obedecer. Míralo en el silencio de Nazaret donde permaneció treinta años, y aprenderás a estar recogida dentro de tu alma y en silencio... Y así en todo ¹⁰².

¹⁰² Carta a Amelia Montt de octubre de 1919; Diario pp. 342-344.

SU ORACIÓN

Su oración era de íntima comunicación con Jesús que, al igual que la Virgen María, le hablaba y la dirigía espiritualmente, aunque había días en que parecía que se alejaba y no sentía nada. Entonces se sentía triste, pensando que se había alejado por su culpa. Pero Jesús la iba formando con goces y tristezas, con momentos de gran gozo y momentos de dudas y noche oscura.

El año 1919 escribe al padre Artemio Colom el 29 de enero: *Mi oración consiste casi siempre en una íntima conversación con nuestro Señor. Me figuro que estoy como Magdalena a sus pies, escuchándole. Él me dice qué debo hacer para serle más agradable. A veces me ha dicho cosas que yo no sé...*

He tenido a veces en la oración mucho recogimiento, y he estado completamente absorta contemplando las perfecciones infinitas de Dios; sobre todo aquellas que se manifiestan en el misterio de la Encarnación. El otro día me pasó algo que nunca había experimentado. Nuestro Señor me dio a entender una noche su grandeza y al propio tiempo mi nada. Desde entonces siento ganas de morir, ser reducida a la nada, para no ofenderlo y no serle infiel. A veces deseo sufrir las penas del infierno con tal que, sufriendo esas penas, le pagara sus gracias de algún modo y le demostrara mi amor, pues encuentro que no lo amo. En esto consiste mi mayor tormento. Esto pensé en la noche antes de dormirme, y en la mañana amanecí con mucho amor. Recé mis oraciones y leí la Suma Espiritual de san Juan de la Cruz, en que expone los grados del amor de Dios, y habla de oración y contemplación. Con esto sentí que el amor crecía en mí de tal manera que no pensaba sino en Dios, aunque hiciera otras cosas, y me sentía sin fuerzas, como desfallecida, y como si no estuviera en mí misma. Sentí un gran impulso por ir a la oración e hice mi comunión espiritual; pero al dar la acción de gracias me dominaba el amor enteramente. Principié a ver las infinitas perfecciones de Dios, una a una, y hubo un momento que no supe nada: estaba como en Dios. Cuando contemplé la justicia de Dios hubiera querido huir o entregarme a su justicia. Contemplé el infierno, cuyo fuego enciende la cólera de Dios, y me estremecí (lo que nunca, pues no sé por qué, jamás me ha inspirado este terror). Hubiera querido anonadarme, pues veía a Dios irritado. Entonces haciendo un gran esfuerzo, le pedí desde el fondo de mi alma misericordia.

Vi lo horrible que es el pecado, y quiero morir antes que cometerlo. Me dijo que tratara de ser perfecta; y cada perfección suya me la explicó prácticamente: que obrara con perfección, pues así habría unión entre Él y yo, pues Él obraba siempre con perfección. Estuve más de una hora sin saberlo; pero no todo el tiempo en gran recogimiento. Después quedé que no sabía cómo tenía la cabeza. Estaba como en otra parte, y temía que me vieran y notaran algo en mí especial. Por lo que rogué a nuestro Señor me volviera enteramente.

En la oración de la tarde estuve menos recogida, pero sentía amor, aunque no tanto. Todo ese día estuve muy recogida y me pidió Dios que no mirara fijamente a nadie y, si de vez en cuando tenía que mirar, lo viera siempre a Él en sus criaturas, porque para llegar a unirse a Él necesitaba mucha pureza. Ni aun quiere toque a nadie sin necesidad. Después de ese día he quedado en grandes sequedades¹⁰³.

En otra carta al padre Julián Cea del 27 de febrero de 1919 le dice: El otro día, cuando estaba en oración, me dijo que lo adorara constantemente dentro de mi alma, ofreciéndole las alabanzas de todas las criaturas y uniéndome a las que le tributan los ángeles del cielo. Todo cuanto Él me dijo lo he cumplido, viviendo así mucho más unida a Él. Contemplo a la Santísima Trinidad dentro de mi alma como un inmenso foco de fuego y luz, en el cual, por su mucha intensidad, no puedo penetrar ni mirar. Allí veo a la santísima Virgen, a los ángeles y santos. Y me veo yo, criatura miserable, confundida y anonadada delante de su divina Majestad y me uno a las alabanzas que le tributan todos en el cielo. Me pidió que esta adoración fuera constante y esta alabanza no fuera interrumpida, de modo que si hablaba o tenía que hacer cualquiera obra, lo hiciera con este fin de procurar su mayor gloria.

El sábado, como usted, reverendo padre, me lo indicó, medité una virtud de la santísima Virgen. Y nuestro Señor me dijo lo hiciera sobre la pureza y después yo oía una voz que me enseñaba y me declaraba la pureza de mi Madre. No sé en qué consistió, pero yo desconocí la voz y le pregunté a nuestro Señor si era Él, pero me dijo que era su Madre. Entonces la santísima Virgen me dijo que me abría su maternal corazón, para que leyera en él hasta dónde llegó su pureza virginal; para que, imitando esta virtud, pudiera llegar a la total unión con Dios. Después de declararme esto, me dijo lo que yo debía tratar de hacer para ser pura y enteramente de Dios. Que rechazara todo pensamiento que no estuviera en Dios, para que así viviera constantemente en su presencia. Que evitara todo afecto a las criaturas para que nunca éstas me turbaran. Que no tuviera otro deseo que el ser cada día más de Dios. Que deseara su gloria, la santidad y la perfección en todas mis obras. Que no deseara ni honras ni alabanzas, sino desprecios, humillación y cumplir la voluntad de Dios. Que no deseara las comodidades ni nada que halague mis sentidos; y que, tanto al dormir como al comer, lo hiciera con el deseo de servir mejor a nuestro Señor. Ser pura en mis obras: abstenerme de todo aquello que pueda mancharme en lo más mínimo, y sólo hacer aquello que sea del agrado de Dios, que quiere mi santificación, y hacerlo siempre todo por Dios, para Dios y con Dios. Además me aconsejó que en mis conversaciones, en cuanto fuera posible, nombrara a Dios y que evitara

¹⁰³ Diario pp. 191-193.

toda palabra que no fuera dicha por la gloria de Dios. Que no mirara fijamente a nadie y que, cuando lo hiciera por necesidad, contemplara a Dios en sus criaturas. Que siempre pensara que Dios me mira. Que en el gusto me abstuviera de aquello que me agradaba, y que si tenía que comerlo, lo hiciera sin complacerme, y se lo ofreciera a Dios y se lo agradeciera. Que el tacto lo mortificara no tocándome sin necesidad, ni a ninguna persona. En una palabra, que todo mi espíritu estuviera (de tal manera) sumergido en Dios, que me hiciera olvidarme de mi cuerpo. Me dijo que rezara mucho para conseguirlo, pues así en mi alma se reflejaría el Dios Santo. Que ella desde que nació vivió así; pero que a ella le fue más fácil, pues no tenía la culpa original. Pero que se lo pidiera y lo conseguiría. Después quedé muy recogida, pero no he sentido fervor. Sin embargo, noto que Dios muy interiormente se une a mi alma, y sin palabras a veces me da a conocer su voluntad.

El otro día me habló de la pobreza. Me dijo que tratara de no poseer ni voluntad ni juicio, ya que por ahora no podía ser realmente pobre. Entonces me dijo que no estuviera apegada a nada. Pero todo esto fue sin palabras, sino que me lo daba a entender interiormente, y me hizo conocer que estaba apegada al fervor sensible. Que yo hacía consistir la unión divina en el amor sensible, pero que estaba en imitar sus divinas perfecciones para asemejarme a Él cada vez más, y en sufrir mucho por su amor para ser crucificada como Él ¹⁰⁴.

Al padre Falgueras le abre su corazón: Una vez, en la noche, antes de dormir, cuando hacía mi examen de conciencia, nuestro Señor se me representó con viveza tal que parecía lo veía. Estaba coronado de espinas y su mirada era de una tristeza tal, que no pude contenerme y me puse a llorar tanto que nuestro Señor me tuvo que consolar después en lo íntimo del alma. Duró unos dos minutos, más o menos, y su rostro quedó por mucho tiempo esculpido en mi memoria, y cada vez que lo representaba como lo había visto, me sentía deshacerme de arrepentimiento por mis pecados. El amor que le tenía crecía cada vez más, y todo lo que sufría me parecía poco, y me mortificaba en todo lo que podía. Una vez en que la violencia del amor me dominó, tomé un alfiler y grabé con él en mi pecho estas letras: J.A.M. = “Jesús, Amor mío”. Y me hizo mal, porque me dio fatiga; pero nunca lo he dicho a nadie. Los remedios los tomaba despacio para saborear su amargura. Pero todo esto lo hacía sin decirle nada a mi confesor, porque me daba vergüenza. No me acuerdo bien si después le dije que nuestro Señor me hablaba, pero él no le dio importancia. Solía suceder que lo que nuestro Señor me pedía para mi santificación, el padre me lo repetía después con las mismas palabras en el confesionario.

¹⁰⁴ Diario pp. 211-212.

También una vez que rezaba unas “Ave Marías” para formarle una corona a la santísima Virgen, desapareció todo ante mi vista y vi sobre la cabeza de mi Madre una corona toda llena de piedras preciosas que despedían rayos de luz, pero no vi su rostro. Yo creo que fue producido por mi imaginación, pues duró un segundo, y además deseaba saber si verdaderamente la santísima Virgen recibía mis oraciones.

Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento dos veces me ha manifestado, pero casi de una manera sensible, su amor. Una vez me dio a entender su grandeza y después me dijo cómo se anonadaba bajo las especies de pan. Me pasó esto en el colegio. No sé si me notarían algo después, pues una monja me preguntó algo muy significativo, que me sorprendí y turbé toda. El año pasado nuestro Señor se me representó con su rostro lleno de tristeza y en una actitud de oración y los ojos levantados al cielo y con la mano sobre su corazón. Me dijo que rogaba incesantemente a su Padre por los pecadores y se ofrecía como víctima por ellos allí en el altar, y me dijo hiciera yo otro tanto, y me aseguró que en adelante viviría más unida a Él. Que me había escogido con más predilección que a otras almas, pues quería que viviera sufriendo y consolándolo toda mi vida. Que mi vida sería un verdadero martirio, pero que Él estaría a mi lado. Su imagen quedó ocho días en mi alma. Lo veía con una viveza tal que pasé constantemente unida a Él en oración. A los ocho días no la vi más, y aunque después quise representármela tal como era, no pude. Quizás fue por mi culpa que la dejé de ver, pues no fui recogida después ¹⁰⁵.

Al padre Colom, el 20 de julio de 1919, le expresa: Hay días que consigo vivir enteramente para Dios. Entonces es cuando me siento en el cielo. Entonces es cuando comprendo que “sólo Dios nos basta”. Fuera de Él no hay felicidad posible. No se imagina, reverendo padre, lo que nuestro Señor se revela a mi alma, a pesar de ser tan miserable, y no comprendo cómo he amado a nuestro Señor sin conocerlo; tanta es la distancia que tengo y tenía de Dios.

Mi oración es cada vez más sencilla. Apenas me pongo en oración siento que toda mi alma se sumerge en Dios, y encuentro una paz y una tranquilidad muy grande. Entonces mi alma percibe ese silencio divino, y cuanto más profunda es esa quietud y recogimiento, (más) se me revela Dios. Es una noticia muy clara y rápida. No es reflexionando; antes me turbo cuando reflexiono. Cuando esta noticia es muy clara, siento como que mi alma quisiera salir de mi ser. Mi cuerpo no lo siento. Estoy como insensible; y dos veces no me he podido mover de mi sitio, pues estaba como enclavada en el suelo. Otra vez una hermanita me fue a hablar, y sentí un estremecimiento terrible en todo mi ser, y lo que me dijo lo oí como de muy lejos, sin comprender sino hasta después lo que

¹⁰⁵ Diario pp. 248-249.

me dijo. Siento que mi alma está abrasada en amor de Dios y como que Él me comunicara su fuego abrasador.

Un padre a quien le consulté acerca de mi oración me dijo que, cuando sintiera ese arrobamiento de todo mi ser, debía rechazar el pensamiento de Dios. Lo hice por obedecer, pero era el sufrimiento más terrible, y a veces no lo conseguía. También, que debía principiar mi oración por meditar en Jesucristo; y yo sentía que no podía, pues Dios me atraía el alma.

Por fin el padre Avertano, carmelita, que es actualmente mi confesor, me dijo que no debía resistir a Dios, sino seguir sus inspiraciones. Así lo he hecho. Después de tener esta oración de quietud, cuando he sido más fuertemente atraída por Dios, me vienen tentaciones muy grandes. A veces me parece que todo lo que me pasa son ilusiones. Otras veces, que es el demonio que me engaña para hacerme creer que soy extraordinaria. Otras veces me siento agobiada por mis miserias y abandonada de Dios; y por fin, la más terrible es la tentación contra la fe: quedo en completa oscuridad, dudando hasta de la existencia de Dios.

Pero después de estas oscuridades Dios se comunica más a mi alma. Ayer ya no sabía dónde estaba, aun después de la oración; y aunque mi pensamiento no está permanentemente en Dios, me siento muy unida a Él y, apenas pienso en Él, mi alma se siente fuertemente atraída. Yo no sé si esto es ilusión o no. Lo único que veo es que ando con mucho recogimiento, sé mortificarme y vencerme más y soy más humilde. Dios es demasiado bueno con esta infeliz pecadora; a pesar de que tanto lo ofende, no deja de amarla.

Después que comulgo, me siento en el cielo, y dominada por el amor infinito de mi Dios. A veces mi solo consuelo en este destierro es la comunión, donde me uno íntimamente con Él. Siento ansias de morirme por poseerlo sin temor de perderlo por el pecado. Este deseo me hace huir de las menores imperfecciones, pues ellas me separan del ser infinitamente santo.

También nuestro Señor se me representa a veces interiormente, y me habla. Hace una semana lo vi en agonía, pero de un modo tal como jamás lo había ni aún soñado. Sufrí mucho, pues traía la imagen perpetuamente, y me pidió que lo consolara. Después fue el Sagrado Corazón en el tabernáculo con el rostro muy triste; y por último, el día del Sagrado Corazón, se me representó con una ternura y belleza tal, que abrasaba mi alma en su amor, no pudiendo resistir¹⁰⁶.

¹⁰⁶ Carta al padre Colom del 20 de julio de 1919; Diario pp. 299-300.

AMOR A JESÚS

Su amor a Jesús creció de modo extraordinario a partir de su primera comunión. El 11 de septiembre de 1917, al celebrar su séptimo aniversario de recibir a Jesús Eucaristía, escribió en su Diario: *Hace siete años se unió a mi alma Jesús. ¡Qué efusión fue ese primer encuentro! Jesús, por primera vez, habló a mi alma. ¡Qué dulce era para mí aquella melodía, que por primera vez oí!*¹⁰⁷.

*Quisiera hacer comprender a las almas que la Eucaristía es un cielo, puesto que el cielo no es sino un sagrario sin puertas, una Eucaristía sin velos, una comunión sin término*¹⁰⁸.

Sor Gabriela del Niño Jesús dice: *Una vez escribió que deseaba estar sobre la tierra hasta el fin del mundo para hacer compañía a nuestro Señor en el Santísimo Sacramento*¹⁰⁹.

También escribió que, *aun durmiendo, sentía la presencia de Dios y, cuando le parecía que el Señor se alejaba, sufría lo indecible*¹¹⁰.

El padre Francisco Lyon declara: *La piedad de la sierva de Dios quedaba de manifiesto en la gran piedad y devoción con que asistía a la santa misa y comulgaba diariamente, cuando había sacerdote en la capilla. Su actitud recogida edificaba a la gente que la contemplaba*¹¹¹.

A su amiga Herminia Valdés Ossa, el 22 de julio de 1919, le escribe: *Cuando comulgues, reflexiona sobre lo que vas a hacer: todo un ser eterno que no necesita de ti para nada, puesto que es todopoderoso, un ser inmenso que está en todo lugar, un ser infinito y majestuoso ante el cual los ángeles con su pureza tiemblan, viene lleno de infinito amor a ti, pobre criatura, llena de pecados y miserias. Entre tantas personas que existen en el mundo eres honrada tú con la visita de este gran Rey. Más aún, para que te acerques a recibirlo deja su esplendor y bajo la forma del pan, del más sencillo de los alimentos, se une a su pobre criatura para hacerse una misma cosa con ella. Y Él está ardiendo en infinito amor, y ella permanece fría e indiferente, sin agradecer tan señalado favor*¹¹².

¹⁰⁷ Diario p. 71.

¹⁰⁸ Diario p. 292.

¹⁰⁹ Sum p. 32.

¹¹⁰ Sum p. 32.

¹¹¹ Sum pp. 94-95.

¹¹² Diario p. 302.

Comulga bien y péntrate bien de la visita que recibes, del amor infinito, de la locura divina de este Dios que no sólo se hizo hombre como nosotros, sino pan. Después que comulgues, dile a Jesús, a ese Dios que tienes prisionero en tu alma, que se quede contigo para que todo el día continúes amándolo y dándole gracias. Pídele a la santísima Virgen te prepare con fe, humildad y amor para la comunión. Que en todos los momentos desocupados pienses en tu Dios, que tienes dentro de tu alma ¹¹³.

Un día le dijo a su hermano Luis: *Jesucristo, ese loco de amor, me ha vuelto loca* ¹¹⁴.

Estaba realmente enamorada de Jesús y es hermoso poder observar las palabras con que expresa la presencia eucarística de Jesús: Es un cielo, un sagrario sin puertas, una Eucaristía sin término. Nosotros podemos añadir: Un pan del cielo, un pan de vida, un pan divino, un pan de fe, un pan de Dios.

AMOR A MARÍA

Desde niña tenía un amor extraordinario a la Virgen María. En carta al padre Antonio Falgueras le dice: *Desde los siete años, más o menos, nació en mi alma una devoción muy grande a mi madre, la santísima Virgen. Le contaba todo lo que me pasaba y ella me hablaba. Sentía su voz dentro de mí misma, clara y distintamente. Me aconsejaba y me decía lo que debía hacer para agradar a nuestro Señor* ¹¹⁵.

Juanita celebraba el mes de mayo con especial devoción y lo mismo las fiestas de María. Arreglaba con flores la imagen de *Mater admirabilis* del colegio y procuraba imitarla en su pureza y amor.

En su Diario escribió: *Hoy, 15 de agosto, día de la Asunción, le he pedido mi madre que me dé su corazón. Con ese tesoro lo tendré todo, puesto que en él está Jesús y todas las virtudes* ¹¹⁶.

Sor Elena Salas declara: *Por una carta que escribió a mi confesor, padre Falgueras, supe que la santísima Virgen le hablaba cada día lo que tenía que*

¹¹³ Lirio p. 379.

¹¹⁴ Diario p. 281,

¹¹⁵ Diario p. 247.

¹¹⁶ Diario p. 67.

*hacer para agradar al Señor y decía que era distinto el timbre de voz de Jesús. Firmaba siempre como hija de María*¹¹⁷.

Sor Gabriela de Santa Inés anota: *En el dormitorio teníamos las alcobas frente a frente. Ella con su hermana Rebeca y la que suscribe con su hermana Teresa. En esa sencillez de alcoba, Juanita tenía sobre la caja de toilette una estatuilla de la santísima Virgen más o menos de 40 centímetros. Juanita la besaba y abrazaba efusivamente con tanto, tanto amor*¹¹⁸.

*Ella decía que siempre que había besado la medalla de hija de María y le había pedido alguna gracia a la Virgen María, se la había obtenido*¹¹⁹.

*En el colegio fue hija de María ejemplar. Supe que también participó de la Asociación de “Reparación sacerdotal”*¹²⁰.

Sor Elena Salas manifiesta: *La testigo recuerda que en una ocasión fueron a la “Opera” con su madre y la Juanita y también Lucho (su hermano). La sierva de Dios hacía abstracción de la música y de las escenas de los actores y se recogía a orar y rezaba el rosario. Terminado el rezo del rosario, no colocó el rosario en la cartera, éste se deslizó y cayó al suelo sin advertirlo Juanita. En el entreacto salió al foyer y quiso volver al palco, porque algo había perdido. Su hermano Luis le dijo que no volviera y le mostró el rosario que él había recogido del suelo y lo guardaba, suponiendo que era de Juanita. No se equivocó y se lo devolvió a su hermana*¹²¹.

Sor María Josefina Salas recalca que *la virtud más descollante de Juanita en los años de colegio era la castidad y el pudor. No quiso tener amistad masculina y los desanimaba de inmediato, diciéndoles que su vocación era ser religiosa. La testigo conoció a un joven, Juan Montes, que andaba detrás de Juanita, pero muy pronto se convenció de la inutilidad de sus pretensiones*¹²².

Y añade sor Elena Salas: *Yo sé que se guardó muy pura por dos razones: por la influencia que la santísima Virgen ejerció sobre ella: “Yo quisiera que tú fueras más pura. Para mí fue más fácil, porque yo fui concebida sin el pecado original, pero tú, si me lo pides, lo conseguirás”*¹²³.

¹¹⁷ Sum p. 217.

¹¹⁸ Carta del 24 de marzo de 1975 y que se encuentra en el monasterio de Los Andes.

¹¹⁹ Sum p. 33.

¹²⁰ Sum p. 27.

¹²¹ Sum p. 217.

¹²² Sum pp. 181-182.

¹²³ Sum p. 208.

SUS DEVOCIONES

Tenía una devoción muy especial al Sagrado Corazón de Jesús. Entre los santos tenía una devoción especial a santa Teresa de Jesús, su madre fundadora, y a san Juan de la Cruz. Leía frecuentemente sus obras. También le tenía una devoción particular a santa Teresita del Niño Jesús, la santa francesa, patrona de las misiones y doctora de la Iglesia. Leía repetidamente la *Historia de un alma*¹²⁴. Otra santa a quien amaba mucho era la beata Isabel de la Santísima Trinidad.

También amaba de modo muy especial a san José. Escribió: *Oh, José mío, ¿cómo quieres que te llame? Creo que te gustará que te dé el nombre de padre, pero soy indigna, porque sería hermana de Jesús e hija de María y soy tan pecadora para ser hermana del que es la perfección misma. Oh padre, te pido que me hagas cumplir mi promesa y también ¿no te parece, padre mío, que, cuando una hija que tiene hermana, madre y padre, se esté muriendo, la socorran y la asistan y muera en sus brazos? Oh, padre mío, te ruego que me alcances de mi hermano y de mi madre este favor... Os entrego, hermano mío, madre mía y padre mío, todo lo que tengo y tendré, y después, cuando deje este mundo inmundo, espero irme con vosotros*¹²⁵.

También tenía mucha devoción a las almas del purgatorio. Isabel Espinoza afirma: *A las almas del purgatorio les tenía mucha devoción. No se olvidaba de hacernos rezar un padrenuestro en sufragio de ellas, al fin del rezo del santo rosario, diciendo: "Por las ánimas más necesitadas"*¹²⁶.

Además, tenía mucha devoción a los santos de su Orden y a su ángel custodio. Cuando hacía la señal de la cruz lo hacía con especial devoción en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Por eso pudo decir: *Cada día reverencio y admiro y amo más a la Santísima Trinidad. He encontrado por fin el centro, el lugar de mi descanso y recogimiento. Vivamos dentro del Corazón de Jesús, contemplando el gran misterio de la Santísima Trinidad de modo que todas nuestras alabanzas y adoraciones salgan del Corazón de nuestro Jesús, perfeccionadas y unidas a las suyas. Así viviremos unidas a la humanidad de nuestro Señor y abismadas en su divinidad*¹²⁷.

Al padre Cea le escribió: *El día del Sagrado Corazón se me presentó Jesús con una belleza tal que me tenía enteramente fuera de mí misma. Ese día me hizo muchas gracias; entre otras, me dijo que me introducía en su Sagrado*

¹²⁴ Sum p. 136.

¹²⁵ Lirio p. 34.

¹²⁶ Sum p. 234.

¹²⁷ Carta a Elisa Valdés del 13 de junio de 1919; Diario p. 288.

*Corazón para que viviera unida a Él; que uniera mis alabanzas a la Santísima Trinidad junto con las tuyas, que todo lo imperfecto Él lo purificaría*¹²⁸.

EL DEMONIO

Al igual que en la vida de otros santos, también en su vida Dios permitió que el diablo la tentara y le pusiera tentaciones de fe y dudas sobre su vocación. Escribe en su Diario: *No todo ha sido goce. La cruz ha sido bien pesada. Primero tuve que acompañar a nuestro Señor en la agonía. Después me vinieron unas dudas tan horribles contra la fe, que tuve la tentación de no comulgar y después, cuando tenía en mi lengua la sagrada forma, la quería arrojar, porque creía no estaba ni existía allí nuestro Señor. Ya no sabía lo que me pasaba y le conté a nuestra Madre, quien me aseguró que no había consentido. Con lo que quedé más tranquila y me dijo que despreciara el pensamiento y así desapareció la tentación Pero nuestra Madre me dijo que no me abatiera tanto; que fuera más mujer. Y nuestro Señor me reprochó que descargara mi cruz sobre nuestra Madre, y me pidió, sufriera sin decir nada...*

Tuve una prueba espantosa y tuvo lugar después de la oración, en que me vi inflamada y transportada en Dios sin poderme mover. Se me vino el pensamiento que todo esto era engaños del demonio y la prueba estaba en que no había obedecido a la campana. Fueron las tinieblas más horribles, pues me creí desamparada de Dios. Además, sentía la pena más grande al ver que todas iban a notar algo extraño en mí. Esto me llenaba de amargura, pues quiero pasar desapercibida.

*Hoy, víspera de Pentecostés, he sentido ese arrebató de todo mi ser en Dios, con mucha violencia, sin poderlo disimular. Y tres veces he vuelto y después he sido de nuevo transportada. Sufro mucho, pues no sé si son ilusiones y no tengo con quién consultarlo. En fin, me abandono a la voluntad de Dios. Él es mi Padre, mi esposo, mi santificador. Él me ama y quiere mi bien*¹²⁹.

Cuentan las religiosas que vivieron con sor Teresa que, cuando era postulante, sintió una vez al demonio en su celda y acudió a la Madre Priora. La Madre le dijo: *“Esté tranquila, vaya a su celda”*. Sor Teresa, a pesar del miedo terrible que tenía, fue valiente y volvió a su celda con tranquilidad¹³⁰.

¹²⁸ Al padre Julián Cea en Lirio p. 307.

¹²⁹ Diario pp. 106-107.

¹³⁰ Sum p. 279.

Sor Gabriela del niño Jesús asegura: *He leído en sus apuntes íntimos que una vez el demonio trató de engañarla y que la santísima Virgen le sugirió para el futuro preguntar: “Madre mía, ¿eres tú?”. Y ya no tuvo más problemas*¹³¹.

Y añade sor Gabriela: *El día anterior a su muerte tuvo una gran crisis. Yo quedé espantada, porque se sentía como abandonada y dejó todas las señales de piedad, diciendo que era cierto todo lo que había dicho sobre las gracias recibidas, pero que ella sería condenada, porque no había correspondido. Decía: “Por favor no recen por mí”. Esto duró como media hora y después se tranquilizó y repetía jaculatorias... Ella había ofrecido su vida y su muerte por personas cuya salvación le interesaba. La asistió el padre Blanch, quien cree que la crisis fue causada, en parte por el delirio, pero principalmente fue una prueba o tentación diabólica... Su muerte fue tranquila como el apagarse de una lámpara*¹³².

Sor María de la Trinidad refiere que *después del delirio o tentación diabólica, se calmó y recitaba jaculatorias como: “Oh dulce Corazón de María, sed la salvación mía”. Repetía suavemente los nombres de Jesús, José y María. Una hermana que la cuidaba al lado de su cama le oyó decir al momento de expirar: “Mi esposo”, haciendo un ademán como si estuviera viendo a alguien*¹³³.

Sor María Teresa de San Juan de la Cruz anota: *Yo estuve presente a su muerte. Murió a las 7:30 p.m. y entró en agonía unos dos días antes. En estos dos días, en una ocasión quedó muy contenta de las reliquias e imágenes de la santísima Virgen y de los santos, mostrando una gran paz. Después de su muerte, la Madre Superiora me explicó que en una ocasión la había llamado para confiarle un secreto manifestado por el Señor y que se refería a los ataques del demonio para su agonía, de los cuales me di cuenta por actos externos de la enferma como tranquilizarse por la aspersion de agua bendita. Noté que en la penúltima comunión permaneció en éxtasis sin oírme, cuando la llamaba. Después de una hora volvió en sí y preguntó quién la llamaba, diciendo que no había podido responder, porque estaba con Él (con Jesús)*¹³⁴.

¹³¹ Sum p. 28.

¹³² Sum p. 30.

¹³³ Sum p. 273.

¹³⁴ Sum pp. 64-65.

DONES SOBRENATURALES

Dios le concedió algunos carismas o dones sobrenaturales para manifestarle su cercanía y predilección. El padre Avertano escribió el 11 de febrero de 1926 para el Proceso de beatificación: *Nada hacía sin consultarme, después de haber pedido antes luz a la santísima Virgen, a quien siempre acudía en todo como a su propia madre... Según pude yo saber, jamás cometió pecado venial deliberado en toda su vida; y por lo que hace a la vida religiosa, tengo la conciencia que no cometió con deliberación lo que juzgaba imperfecto. También recuerdo que un mes y unos días antes que muriera, me dijo que el Señor le había dado a entender que al mes, poco más o menos, moriría y que en su muerte sufriría mucho, lo cual se verificó al pie de la letra*¹³⁵.

Sor Carmen Teresa del niño Jesús refiere: *Sé de algunas profecías de la sierva de Dios. En el año 1913 Juanita profetizó a María Salas que ella y su prima hermana, Elena González Salas y las hermanas Carmen e Inés de Castro, íbamos a ser monjas y las cuatro fuimos religiosas y perseveramos. Debo advertir que cuando nos dijo eso la Juanita, yo no pensaba ser monja, como tampoco ninguna de las tres restantes. Por eso, quedamos asombradas*¹³⁶.

*Su oración era elevadísima: de ordinario era la que llaman de quietud, y en su unión con Dios había llegado al matrimonio espiritual por los efectos que en su alma había de la Trinidad beatísima conforme a la doctrina de nuestra santa Madre Teresa y por los efectos que de ella resultan, pues era un alma que de continuo se encontraba absorta en Dios, sin perder en su alma la real presencia además, a veces, sentía arrebatarse en éxtasis su alma y para impedir este efecto, en la oración movía los pies y se pellizcaba, por lo cual, en cierta ocasión, la acusaron en capítulo*¹³⁷.

Sor María Teresa de San Juan de la Cruz escribió: *En las recreaciones de fiestas en que están las novicias con la comunidad me fijaba especialmente en ella, pues habiendo pasado la mañana en el coro enteramente abstraída en Dios... se manifestaba en la recreación con una naturalidad y llaneza muy grande, siempre conversable y sonriente con las que le hablaban y sin llamar la atención en nada. Me fijé especialmente un día en que se trataba en las recreaciones de las gracias extraordinarias de Benigna Consolata. Admirándose algunas de la familiaridad con que trataba a nuestro Señor, recordando a este respecto la doctrina de san Juan de la Cruz, animándose bastante la conversación, diciendo todas lo que pensaban en este sentido, ella, aunque por*

¹³⁵ Carta del padre Avertano del 11 de febrero de 1926.

¹³⁶ Sum p. 145.

¹³⁷ Carta que se encuentra en el archivo del monasterio. Escrita por el padre Avertano el 11 de febrero de 1926.

*ser novicia, no daba su parecer, oía, y aun preguntaba con admiración, como si no sospechara tales cosas... En su última comunión quedó en éxtasis. En esos momentos, cuenta la Madre, le pedí tres veces que rogara por mí y la Juanita no me contestó. Al volver del éxtasis, le pregunté por qué no me había contestado y ella me dijo que no había podido, porque estaba con Él*¹³⁸.

El sacerdote redentorista padre Félix Henlé manifestó: *En el fundo de Cunaco, en noviembre de 1918... Un día después de mediodía hacia las dos, cuando todo el mundo hacía la siesta, entré silenciosamente al oratorio sin sospechar que ella estaba allí. Pero, ¿qué veo? La señorita Juana elevada en el aire más o menos treinta centímetros, sin que sus rodillas ni sus brazos se apoyaran en el reclinatorio: las manos juntas, adorando al Santísimo. El rostro estaba todo encendido, los ojos fijos en el sagrario. Habitualmente era más bien de cara pálida. Era siempre muy alegre en la mesa, y pasaba largos ratos en el oratorio... ¿Cuánto tiempo duró eso? No lo sabría decir, pues al momento me retiré en silencio, con la emoción que usted puede imaginarse*¹³⁹.

En unas vacaciones sucedieron dos sucesos. El uno le concierne a ella misma en un viaje que, en compañía de su mamá, hizo del fundo a la ciudad de Talca. Por traer un cochero que lo era sólo de nombre, el camino se hizo entre tropiezos y sacudidas que, más de una vez, pusieron en alarma a la señora Solar. Juanita procuraba tranquilizarla, animándola a confiar en Dios que velaba por ellas y las libraría de todo peligro. Así se vio en realidad, pues al llegar, no bien habían descendido del carruaje, al ponerse éste de nuevo en movimiento se desprendió una de las ruedas con el tumbo consiguiente. El cochero, pensando que la tapa que la aseguraba, estaría a corta distancia, empezó a buscarla, pero no la encontró sino después de haber andado cerca de veinte cuadras. De manera que nuestras viajeras habían recorrido todo ese trayecto con la rueda suelta, por mal camino, con un cochero totalmente inhábil para manejar, y habían llegado sin más novedad que la molestia de los vaivenes y tropiezos, de los cuales uno sólo parecía suficiente para haber hecho saltar la rueda y volcar el coche. La protección divina que Juanita con tanta confianza había implorado, no podía manifestarse más claramente.

El otro caso ocurrió en la curación de un niño de siete años que se hizo una herida que le atravesaba la cabeza de un lado a otro, de tal modo que, separándose la piel, le caía a ambos lados dejando ver el cráneo. Cuando lo llevaron a casa del señor Fernández, estaba en estado agónico, con la vista clavada y el estertor de la muerte, y, como había perdido muchísima sangre, el caso pareció fatal a la señora Solar que aconsejó a la pobre madre, como única

¹³⁸ Carta que se encuentra en el archivo del monasterio de Los Andes.

¹³⁹ Carta del 28 de julio de 1951 y que se encuentra en el archivo del monasterio de Los Andes.

esperanza de salvación, que se trasladara con su hijo al pueblo, para que lo atendiera un médico. Entre tanto ella, como de costumbre en estos casos, le hizo la primera curación. Mientras la bondadosa y animosa señora practicaba el vendaje, Juanita iba juntando los bordes de la espantosa herida, e impulsada por su caridad y compasión, pedía con gran fervor a la santísima Virgen la vida del pobre niño, y para asegurarle más la protección de la Virgen, dio a la madre su medalla de hija de María para que la colocara en la frente de su hijo, que la tuvo toda la noche.

Al día siguiente, yendo de camino al pueblo, se detuvieron en la vivienda del herido para conocer su estado, y fue grande el contento de Juanita al saber que había recobrado los sentidos y estaba tan alentado que se juzgaba innecesario llevarlo al médico. La mejoría siguió adelante y ocho días después cerró por completo la herida con admiración de cuantos la habían visto, que atribuyeron tan rápida curación a un señalado favor que la santísima Virgen había obrado, gracias a las oraciones de nuestra Juanita ¹⁴⁰.

Su fe y confianza en Dios fue extraordinaria y decía: *La fe es el telescopio del alma* ¹⁴¹.

SU MUERTE

Sor Teresa contrajo un tifus fulminante que en pocos días la llevó al sepulcro. Ella empezó a sentirse mal, pero como llegaba la Semana Santa trató de disimular para cumplir todas las ceremonias y ayunos mandados por las Constituciones.

El Jueves Santo pasó casi todo el día y la noche hasta la una de la mañana, en el coro, adorando a Jesús sacramentado, y hubiera permanecido allí toda la noche si se le hubiese permitido. Lo que pasó ese día entre su alma y Dios, no se sabe; pero sí, que se la vio en un recogimiento o contemplación profunda, como absorta, de manera que, al llamarla en la noche para que se fuera a reposar, se le conoció la violencia que tuvo que hacerse para volver en sí. En la celda le esperaba una penosa penitencia voluntaria, y que nuestra hermanita no omitió, sintiéndose, como es de suponer, muy mal.

El Viernes Santo, desde el alba, comenzó y siguió en todo la observancia regular, de manera que nadie pudo sospechar que estuviese enferma. Al medio día se rezó el Vía Crucis, al que siguió la meditación de las “Siete Palabras”, o

¹⁴⁰ Lirio pp. 208-209.

¹⁴¹ Sum p. 32.

sea, el “Perdón” y demás cantos propios de ese día, con su voz entera y fresca. Cuando concluyó este ejercicio, quedó largo tiempo delante del Calvario, siempre de rodillas, como si estuviese buena y sana. Algo más tarde, al llegar la maestra al noviciado, sintió impulso de ir a su celda, llamó a la puerta: al abrirla la hermana, le notó el color muy encendido, lo que le extrañó, pareciéndole que podía estar enferma. Trató de cerciorarse de su estado, y constatando que tenía fiebre alta, la mandó recogerse y se principió a hacerle los remedios del caso. Interrogada después por el médico, desde cuándo se sentía mal, contestó que hacía como un mes. Esto lo ocultó ella porque, en su mortificación, no hablaba mucho; sin embargo después sintió escrúpulos de no haber avisado y no se cansaba de pedirle perdón a la maestra, quien bien comprendió que lo que la había llevado a callar, era su espíritu de mortificación.

La fiebre no bajó un punto, y todos los esfuerzos de la ciencia de los seis médicos que la asistieron, fueron impotentes para hacerla reaccionar. El lunes 5, a las 3 p.m., pidió confesarse, porque creía que se moría; a pesar de no hallarla en tal extremo, se llamó inmediatamente al confesor, a quien ella pidió le administrase la santa comunión, lo que en efecto se hizo; quedando feliz después de haber recibido a nuestro Señor, y absorta por más de una hora.

A la mañana siguiente se le volvió a traer la santa comunión, en la cual recibió especialísimas gracias de nuestro Señor. En la noche le dio un paroxismo que nos puso en cuidado; al momento se llamó al señor capellán, quien le administró la extremaunción y aplicó las indulgencias. A las 12½, más o menos, volvió en sí enteramente, lo que se aprovechó para que hiciera sus votos, los que hizo con inmenso consuelo de su alma; la fórmula de la profesión la repitió las tres veces, con voz entera, quedando en celestial gozo y agradecidísima a la comunidad, que sin mirar su indignidad, como ella decía, le había concedido gracia tan grande¹⁴².

En la mañana del miércoles volvió a comulgar; y ésta fue su última comunión, porque, desde el amanecer del jueves comenzaron más acentuadas las alternativas de delirio, lo que hizo pensar que se trataba de un tifus, que se presentaba en forma inusitada, con sorpresa de los médicos, por el avance de la enfermedad en tan poco tiempo...

Su enfermedad fue dolorosísima bajo todos aspectos; dado el estado de postración en que estaba, hasta beber un poco de agua le era tormento, cuánto más todos los tratamientos que hubo que darle, deseando siempre aliviarla, y que evolucionase la tenaz enfermedad. En todo, jamás se le oyó queja, ni pidió alivio alguno: aceptaba todo, nada rechazaba, por penoso que fuera; no

¹⁴² Era el 7 de abril de 1920. Hizo su profesión religiosa *in articulo mortis*.

manifestó el menor deseo, ni aun el cambio de postura, ni para beber un poco de agua; ni dio a entender qué pudiera molestarle; y las enfermeras no recuerdan que les haya hecho la menor insinuación en este sentido; obedecía, aunque se tratase de lo más doloroso y mortificante, teniendo siempre la sonrisa en los labios y la palabra de agradecimiento para sus hermanas, creyéndose indigna de tanta atención y cariño...

El lunes se reunió varias veces la comunidad; porque a cada momento parecía extinguirse su preciosa vida; y a las 7:15 estando la comunidad presente, y asistida por el señor capellán, expiró suavemente en el Señor, en el momento de recibir la última absolución del señor capellán, que ya le había impuesto todas las indulgencias de nuestra sagrada Orden.

Una hora después se la vistió y llevó al coro, en donde se la tuvo esa noche y el día y la noche siguientes, velándola por turno sus hermanas. No perdió su angelical belleza y parecía estar dormida.

El miércoles 14 se celebraron sus funerales. Opinión de algunos, que la conocían íntimamente, fue que no debía ponerse luto en la capilla; pero, siguiendo la costumbre, se le hicieron las debidas honras fúnebres, asistiendo a ellas sus dignos y virtuosos padres, hermanos y otros miembros de su familia, que habían venido a darle el último adiós¹⁴³.

Era el 12 de abril de 1920. Tenía 19 años y nueve meses

Para morir había pedido permiso a la Madre Priora. El médico quedó admirado de la virtud de Juanita y pidió un recuerdo de ella. Le regalaron la corona de espinas que ella usaba los viernes. Esta corona sanó una hijita del doctor¹⁴⁴.

Las exequias fueron celebradas el día 14. Además del vicario provincial carmelita y de superiores de algunas comunidades carmelitas de Valparaíso y de Santiago, había también sacerdotes asuncionistas, pasionistas y salesianos. También estaban presentes sus padres, hermanos y algunos familiares.

Fue sepultada en el cementerio de la comunidad dentro de la clausura. Varios años después fue trasladada al coro de las religiosas.

Rebeca, una vez curada de sus problemas de salud, entró de religiosa en el mismo convento de Los Andes con el nombre de sor Teresa del divino Corazón,

¹⁴³ Positio super virtutibus, Roma, 1985; Appendix documentorum, pp. 17-19.

¹⁴⁴ Sum p. 215.

el 23 de noviembre de 1920. Fue claro que su hermana le había obtenido la gracia de la vocación y de la perseverancia.

Sor María Teresa de San Juan de la Cruz refiere: *Un día, mientras estaba haciendo las cuentas de mi oficio, sentía la presencia de la sierva de Dios que me decía que orase insistentemente por su hermana Rebeca. Fui al coro y vi a Rebeca (que era novicia), que estaba llorando. Después la Superiora me confió que sufría mucho. Más tarde, hablando con Rebeca, me confió que en aquella ocasión tuvo una gran tentación contra la vocación*¹⁴⁵.

SU DIARIO

Juanita dedicó su Diario a la Madre Julia Ríos, religiosa del Sagrado Corazón, y lo tituló: *Historia de la vida de una de sus hijas*.

En la primera página nos dice: *La historia de mi alma se resume en dos palabras: sufrir y amar*. Después sigue el relato de su Autobiografía, que resumiremos para presentar las partes más importantes y significativas.

Nací en 1900, el día 13 de julio. Mi mamá se llama Lucía Solar de Fernández y mi papá Miguel Fernández Jara. Vivíamos con mi abuelito, anciano ya. Se llamaba Eulogio Solar. Se puede decir que era un santo, pues todo el día se le veía pasando las cuentas de su rosario... Jesús no quiso que naciese como Él, pobre. Y nací en medio de las riquezas, regalona de todos.

A mí desde chica me decían que era la más bonita de mis hermanos; yo no me daba cuenta de ello. Pero esas mismas palabras me las repetían cuando más grande, a escondidas de mi mamá, que no le gustaba. Sólo Dios sabe lo que me costó desterrar este orgullo o vanidad que se apoderó de mi corazón, cuando estuve más grande. Mi carácter era tímido, de un corazón muy sensible. Por todo lloraba, pero tenía un carácter sumamente suave; yo jamás rabiaba con nadie...

Me acuerdo que mi mamá con mi tía Juanita nos llevaban a misa y siempre nos explicaban todo; y yo, en la misa, cuando llegaba la comunión, me encendía de deseos de recibir a nuestro Señor. Pedía a mi mamá este favor, pero gracias a Dios que no me encontró preparada para este sublime acto. Me acuerdo que mamá y mi tía Juanita me sentaban en la mesa y me preguntaban acerca de la Eucaristía. Yo contestaba a sus preguntas; pero, como me veían muy chica, no me dejaban hacerla.

¹⁴⁵ Sum p. 65.

A los siete años me confesé. Nos prepararon en las monjas. Pero antes, quiero contar mi entrada en el colegio. Mi abuelito no quería ni por nada que entráramos, hasta que al fin, mi mamá venció y me puso en las Teresianas. Iba después de almuerzo y salía a las cinco; pero no iba casi nunca. Y al mes me sacaron porque, habiendo notado yo que las maestras no vigilaban bastante en los recreos y que una chiquilla no era muy decente, conté a mi mamá lo sucedido.

Mi mamá fue a reclamar. Por lo que, enojada la Madre Superiora, me separaron el día de las notas, y me dieron mala nota, y después me retó diciendo que esas cosas no se decían. Yo me extrañé porque siempre me habían dicho que debía contar todo a mi mamá. Me dejaron castigada. Lloré muchísimo y cuando llegué a la casa, mi mamá le escribió una carta a la Superiora diciéndole que no volvería. Yo me alegré porque las chiquillas eran muy peleadoras. Había una con la que sufría porque siempre buscaba hacerme mal. Siempre cuando íbamos a la capilla, me sacaba el velo. Yo chica, no sabía defenderme. Tenía una prima que le pegaban muchísimo y yo la tenía que defender. A mí las otras me querían. En fin, no guardo cariño por ese colegio, aunque ahí aprendí a leer.

En 1907, murió mi abuelito como un santo. Me acuerdo perfectamente cuando nos fuimos al fundo —a Chacabuco— que estaba tan bien. Mi tía Teresa con los dos niños se fue con él y con nosotros, de quien no se separaba.

Todas las tardes nos hacía subir a caballo, sacando al cara o sello quién sería la primera. Siempre salía la Rebeca. Estaba bien (el abuelito), cuando una noche le vino el ataque de parálisis. Inmediatamente se lo trajo mi tía por tierra a Santiago, donde luego le dijeron que estaba sin remedio. Lo hacían sufrir con los remedios más terribles Al fin mi pobre viejito no sabía cómo estaba. El 13 de mayo, día de su muerte, recibió los sacramentos. Llamó a sus hijos. Los aconsejó Al lado de su pieza estaba el oratorio. Principió a decirse la misa cuando lo vieron que tenía una cara de espanto y decía “quítenlo” y se cubría la cara con las manos. Eran las terribles tentaciones del demonio. Mi mamá le echó agua bendita y se fue el diablo. Después, lo tentó otra vez, y se fue para que su muerte fuera como su vida: en paz. Al levantar en la consagración la santa hostia su alma se voló al cielo sin haberlo notado nadie. Parecía dormido. Su muerte fue la de un santo. Como lo fue su vida....

Al poco tiempo remataron la casa y el fundo, que lo dividieron en tres hijuelas. Con la hijuela del medio se quedó don Salvador Huidobro; con la de la cuesta, mi tío Francisco, y con la de los Baños, mi mamá. Con la casa de Santiago se quedó mi tío Eugenio.

Nosotros nos cambiamos a la calle Santo Domingo, casa como la otra, llena para mí de recuerdos muy gratos. Me pasó aquí una cosa digna de contarse. En la noche cuando se nos apagaba la luz del cuarto pero todavía quedaba la luz del cuarto de mi mamita ¹⁴⁶, yo veía aparecer a mi taticito a los pies de la cama de la Rebeca; pero lo veía nada más que la mitad del cuerpo. Se me apareció ocho días seguidos. Yo me moría de susto y me pasaba a la cama de la Rebeca. Desde allí no lo veía.

Cuando fuimos por última vez a Chacabuco, mi tía Juanita me dio una Virgen de Lourdes de loza que había tenido siempre al lado de mi cama, con tal que tomara un remedio. Me lo tomé y me la dio. Esta es la Virgen que jamás ha dejado de consolarme y de oírme.

Por este tiempo empieza mi devoción a la Virgen. Mi hermano Lucho me dio esta devoción, con la que he estado y estaré, como lo espero hasta mi muerte. Todos los días Lucho me convidaba a rezar el rosario, e hicimos juntos la promesa de rezarlo toda la vida; la que he cumplido hasta ahora. Sólo una vez, cuando estaba más chica, se me olvidó.

Nuestro Señor, desde aquí, se puede decir, me tomó de la mano con la santísima Virgen. Desde este período mi carácter se puso iracundo, pues me daban unas rabietas feroces; pero eran muy de lejos. Después nadie me sacaba de paciencia. Los niños, mis hermanos, lo hacían a propósito. Me decían muchísimas cosas para hacerme rabiar, pero yo seguía como si no los oyera. Por esto mi mamá me hizo regalona; pero después, cualquiera cosa que me contrariaban me ponía a llorar y me daban llantos histéricos...

Yo cada día pedía permiso a mi mamá para hacer mi primera comunión. Hasta que accedió en 1910. Y empecé mi preparación. Me parecía que ese día no llegaría jamás y lloraba de deseos de recibir a nuestro Señor. Un año me preparé para hacerla. Durante este tiempo la Virgen me ayudó a limpiar mi corazón de toda imperfección.

En el mes del Sagrado Corazón, yo modifiqué mi carácter por completo. Tanto que mi mamá estaba feliz de verme prepararme tan bien a mi primera comunión.

El día de mi primera comunión fue un día sin nubes para mí. Después de mi confesión general, me acuerdo que salí y me pusieron un velo blanco. En la tarde pedí perdón. ¡Ay! Me acuerdo de la impresión de mi papacito. Fui a pedirle perdón y me besó. Entonces yo después me hiqué y llorando, le dije que

¹⁴⁶ La empleada Ofelia Miranda, que la cuidó desde niñita.

me perdonara todas las penas que le hubiera dado con mi conducta. Y a mi papacito se le cayeron las lágrimas y me levantó y me besaba diciendo que no tenía por qué pedirle perdón, porque nunca le había disgustado, y que estaba muy contento viéndome tan buena. ¡Ay!, sí, papacito, porque vos erais demasiado indulgente y bondadoso para conmigo. Le pedí perdón a mi mamá, que lloraba. A todos mis hermanos y por último, a mi mamita y demás sirvientes. Todos me contestaban conmovidos. Yo, como estaba en retiro, estaba aparte, así es que no comía en la mesa.

El 11 de septiembre de 1910, año del centenario de mi patria, año de felicidad y del recuerdo más puro que tendré en toda mi vida. Ese hermoso día para mí, fue un día hermoso para la naturaleza también. El sol despedía sus rayos que llenaban mi alma de felicidad y de acción de gracias al Creador.

Desperté temprano. Mi mamá me vistió y me puso el vestido. Me peinó. Todo me lo hizo ella, pero yo no pensaba en nada. Para todo estaba indiferente, menos mi alma para Dios. Cuando llegamos estaban repitiendo el rosario de primera comunión. En vez de avemaría, se repetía: “Venid, Jesús mío, venid. Oh mi Salvador, venid Vos mismo a preparar mi corazón”.

Llegó por fin el momento. Hicimos nuestra entrada en la capilla de dos en dos. Usted, Madre mía, iba a la cabeza y Monseñor Jara —quien nos daría la sagrada comunión—, detrás. Todas entramos con los ojos bajos, sin ver a nadie y nos hincamos en los reclinatorios cubiertos de gasa blanca, con una azucena y vela al lado. Monseñor Jara nos dijo palabras tan tiernas y hermosas que llorábamos todas. Me acuerdo una cosa que nos dijo: “Pedid a Jesucristo que, si habéis de cometer un pecado mortal, que os lleve hoy, que vuestras almas son puras cual la nieve de las montañas. Pedidle por vuestros padres, los autores de vuestra existencia. Y las que los han perdido, ahora es el momento de encontrarlos. Sí, aquí se acercan para ser testigos de la unión íntima de vuestras almas con Jesucristo. Mirad los ángeles del altar, niñas queridas. Miradlos, os envidian. Todo el cielo está presente”. Yo lloraba. Por fin nos dijo que no quería demorar más la unión de Jesucristo. Que ya estaríamos sedientas de Él y lo mismo Jesucristo.

Nos acercamos al altar mientras cantaban ese hermoso canto: “Alma feliz”, que jamás se me olvidará. No es para describir lo que pasó por mi alma con Jesús. Le pedí mil veces que me llevara, y sentía su voz querida por primera vez. ¡Ah Jesús, yo te amo; yo te adoro! Le pedía por todos. Y a la Virgen la sentía cerca de mí. ¡Oh, cuánto se dilata el corazón! Y por primera vez sentí una paz deliciosa. Después que dimos acciones de gracias, fuimos al patio a repartir cosas a los pobres y a abrazar cada una a su familia. Mi papacito me besaba y me levantaba en sus brazos feliz.

Ese día fueron muchísimas chiquillas a la casa. Para qué decir nada de los regalos que tenía: la cómoda y mi cama estaban llenos. Pasó ese día tan feliz, que será el único en mi vida. Nos cambiamos de casa al poco tiempo. Pero Jesús, desde este primer abrazo, no me soltó y me tomó para sí. Todos los días comulgaba y hablaba con Jesús largo rato. Pero mi devoción especial era la Virgen. Le contaba todo. Desde ese día la tierra para mí no tenía atractivo. Yo quería morir y le pedía a Jesús que el ocho de diciembre me llevara.

Todos los años yo estaba enferma el ocho de diciembre, tanto que creían que me moría. A los doce años, me dio membrana (difteria). El ocho de diciembre estuve a la muerte. Mi mamá creyó que me moría, porque una tía mía murió de eso y yo la tenía peor que ella. Esta tía mía murió a los doce años. Era una santa desde chica. Para hacer penitencias se echaba piedras en los zapatos, se azotaba con ramas de espinas hasta que quedaba llena de sangre. En su última enfermedad, cuando los doctores iban con pinzas a sacarle las telas de la garganta que se le formaban, ella tomaba las pinzas y las besaba diciendo: “Estos son los instrumentos que me llevan al cielo”. Y después tomaba su crucifijo y decía: “Doctores, ahora háganme lo que quieran”. Cuando llegó la hora de la muerte, pidió perdón a mis abuelitos y después a todos, y que la dispensaran por las incomodidades de la enfermedad. Luego quedó en éxtasis y dijo: “¡Qué grande, qué inmenso es Dios!”, y se quedó muerta con la sonrisa en los labios. Pero yo no me parecía a ella. Todavía no merecía el cielo y nuestro Señor no me llevó.

En 1913 tuve una fiebre espantosa. En este tiempo, nuestro Señor me llamaba para sí; pero yo no hacía caso de su voz. Y entonces, el año pasado me envió apendicitis, lo que me hizo oír su voz querida que me llamaba para hacerme esposa más tarde en el Carmelo.

Mi devoción a la Virgen era muy grande. Un día, yo —que tenía mucha pena por una cosa— le conté a la Virgen y le rogué por la conversión de un pecador. Entonces me contestó Ella. Desde entonces, la Virgen cuando la llamo, me habla. Una vez le pregunté una duda que tenía. Entonces me contestó una voz. Yo dije: “Esta no es la voz de mi madre, porque no me puede decir esto”. La llamé y me dijo que el demonio me había contestado. Yo tuve miedo. Entonces me dijo que le preguntara cuando sintiera la voz: “¿Eres Tú, Madre mía?”. Y así lo hago siempre. Cada vez que quería saber una cosa se lo preguntaba y siempre lo que me decía salía cierto. Mi ataque de apendicitis me hizo agravarme con lo que tuve que estar en cama y me sacaron del colegio, por lo que yo estuve muy contenta.

Un día estaba sola yo en mi cuarto. Con la enfermedad me había puesto tan regalona que no podía estar sola. El día a que me refiero, la Lucita estaba enferma y la Elisea —una sirvienta que cuidaba a mi abuelito— fue a acompañarla. Entonces me dio envidia y pena y me puse a llorar. Mis ojos llenos de lágrimas se fijaron en un cuadro del Sagrado Corazón y sentí una voz muy dulce que me decía: “¡Cómo! Yo, Juanita, estoy solo en el altar por tu amor, ¿y tú no aguantas un momento?”. Desde entonces Jesusito me habla. Y yo pasaba horas enteras conversando con Él. Así es que me gustaba estar sola. Me fue enseñando cómo debía sufrir y no quejarme... y de la unión íntima con Él. Entonces me dijo que me quería para Él. Que quería que fuese carmelita. ¡Ay! Madre, no se puede imaginar lo que Jesús hacía de mi alma. Yo, en ese tiempo, no vivía en mí. Era Jesús el que vivía en mí. Me levantaba a las siete, cuando se levantaba Rebeca para el colegio. Tenía horario para todo el día, pero todo lo hacía con Jesús y por Jesús.

Nuestro Señor me mostró como fin la santidad. Esta la alcanzaría haciéndolo todo lo mejor posible. Al poco tiempo el padre, mi confesor, me repitió las mismas palabras. Entonces yo le conté.

Mis dolores y enfermedad iban cada día siendo peor. El ocho de diciembre yo me sentí morir. Desde ese día caí en cama a firme para levantarme operada. Mi mamá principió una novena a Teresita del niño Jesús (carmelita), porque soy muy devota de ella. Estuve mejor, pero el veinticuatro a mi mamá se le olvidó rezar la novena en la noche y, he aquí que al otro día amanecí mucho peor. A las doce del día me dio una fatiga que creyeron que iba a morirme; pero nuestro Señor quiso conservarme. ¡Oh, qué bueno es Dios conmigo!

Se resolvió hacerme operación. Me llevaron al pensionado de San Vicente el lunes veintiocho. Sólo Dios sabe lo que sufrí. Tener que ir a morir fuera de la casa me daba pena. Por otra parte, sentía una repugnancia tan grande a dormir en camas donde otros enfermos habían estado... Así es que se me hacía terrible irme.

Ignacito entraba a mi pieza con los ojitos llenos de lágrimas pero apenas me veía se secaba las lágrimas y se ponía a jugar. Pero no lo vi llorar ni un instante, cosa admirable en un niño que acababa de cumplir cuatro años. Me fui con mi mamá y mi mamita el lunes en auto. Llegué al pensionado como muerta con las fatigas pero luego volví.

Comulgué a las cinco de la mañana ¡Qué comunión! Creía que era la última. Le pedí a nuestro Señor con toda mi alma que me diera valor y serenidad. ¿Qué habría sido de mí sin el auxilio de Jesús? ¡Oh Jesús dulcísimo, yo te amo!

Llegaron las niñas a verme. Jugué con tranquilidad al naípe con ellas. Más tarde, llegó la enfermera a arreglarme. Después, el doctor, etc. Después del almuerzo tenía tantos nervios que no sabía lo que me pasaba y me puse a llorar y a reírme. Mi mamá me dio un remedio y quedé más tranquila. Llegaron las niñas a las dos con mi tía Juanita y yo le pedí que se quedara en la operación. Me prometió que sí. Después llegó mi tío Eulogio, hermano de mi mamá, y la Juanita Ossa de Valdés, y me metieron una conversación tan distinta de lo que yo pensaba. Era por entretenerme. Pero yo me preparaba a morir. En esto estábamos cuando llegó la Madre a buscarme. No puedo decir cuán buenas eran las Madres conmigo. Me iba a acompañar siempre que podía. Me ponía flores en el cuarto para que se viera alegre.

Yo tomé mi Virgen, me abracé de mi crucifijo, los besé y les dije: “Luego os contemplaré cara a cara. Adiós”. Me pusieron una cantidad de reliquias y me subí a la camilla. Me fueron tirando mis tías, pero a mi lado iba mi mamá, Lucita y Rebeca. A cada Madre que veía le decía que rezara por mí y conversaba con todas. Anduve dos cuadras para llegar a la clínica. Pasé por el departamento de los hombres. Yo iba que ya no podía más de ganas de llorar, cuando divisó a un sirviente muy antiguo que le habían hecho operaciones. Me dio tanta pena de pensar que no lo vería más y, además, me parecía que me llevaban como un cordero al matadero para matarme y me puse a llorar. Di un grito. Se me escapó un sollozo, pero me dije: “No tengo que llorar”, y me sequé las lágrimas y aparenté tranquilidad para no dar pena a mi mamá. Después pedí a Jesús que mi mamá no se despidiera, y Jesús me lo concedió. Y mi mamá con mi tío Eulogio se quedaron atrás, sin darme cuenta.

Cuando llegué a la clínica me subieron unos sirvientes las gradas. Entonces la Lucía y Rebeca me dicen adiós... Ese adiós fue para mí como un dardo que despedazó mi corazón y se me cayeron las lágrimas. Pero, ¿acaso no había prometido a Jesús no llorar? Y haciendo un esfuerzo me sequé las lágrimas y les dije adiós.

Salieron los doctores. Me puse a conversar tranquilamente, pero me parecían carniceros; mas Jesús venció por mí. Antes de ponerme el cloroformo besé mi medalla y me metí en el Corazón de Jesús diciendo adiós al mundo.

Mi papá y mi tía Juanita debían asistir; pero mi papá no tuvo valor. Cuando desperté tenía la cabeza mala y no sabía dónde estaba. Creía que venía del otro mundo, así es que, a cada persona que veía, me ponía a llorar. El dolor era terrible y el cloroformo me causó terribles efectos, pero así me acordaba de ofrecérselo a nuestro Señor, pues mi mamá me lo recordaba. Un solo instante no más me desesperé; pero inmediatamente me arrepentí.

El día de año nuevo me llegó una carta. La Madre que me cuidaba, que era tan buena, ese día, después que hube comulgado me dijo: “Hay una carta para usted”. Yo estaba feliz y decía que mis amigas me habrían escrito. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando la abrí y era de Jesús, en francés. Era preciosa la cartita y me la mandaba la Madre, con otros santitos muy bonitos. Tenía mil delicadezas esta buena Madre. Todos los días me ponía flores para que estuviera alegre la pieza. Un doctor, el del pensionado, me mandó orquídeas, que es una flor sumamente cara. Era la primera vez que me mandaban flores y yo se las mandé a Jesús. Me costó mucho este sacrificio, pero lo hice...

Julio 13 de 1915. Hoy cumpla quince años ¡Quince años! La edad en que todos quisieran estar: los niños por ser considerados como más grandes, y los ancianos y los que han pasado esta edad, que tienen veinticinco años, quisieran volver a esta edad por ser la más feliz.

Estos quince años, que para una chiquilla es la edad más peligrosa, es la entrada en la mar tempestuosa del mundo. Pero yo que estoy en los quince años, Jesús ha tomado el mando de mi barquilla y la ha retirado del encuentro de las otras naves. Me ha mantenido solitaria con Él. Por eso, mi corazón, conociendo a este capitán, ha caído en el anzuelo del amor, y aquí me tiene cautiva en él. ¡Oh! cuánto amo esta prisión y a este Rey poderoso que me tiene cautiva, a este capitán que en medio de los oleajes del océano, no ha permitido que naufrague.

Jesús me alimenta cotidianamente con su carne adorable y, junto con este manjar, escucho una voz dulce y suave como los ecos armoniosos de los ángeles del cielo. Esta es la voz que me guía, que suelta las velas del barco de mi alma para que no sucumba, y para que no se hunda. Siempre siento esa voz querida que es la de mi Amado, la voz de Jesús en el fondo del alma mía; y en mis penas, en mis tentaciones, Él es mi consolador, Él es mi capitán...

Jueves, 2 de septiembre 1915. Hoy hace un mes dos días que nos dijeron que entraríamos de internas. Yo creo que jamás me acostumbraré a vivir lejos de mi familia: mi padre, mi madre, esos seres que quiero tanto. ¡Ah, si supieran cómo sufro, se compadecerían! Sin embargo, me debo consolar. ¿Acaso viviré toda la vida sin separarme de ellos? Así lo quisiera yo: pagarles con mis cuidados lo que ellos han hecho por mí. Pero la voz de Dios manda más y yo debo seguir a Jesús al fin del mundo, si Él lo quiere. En Él encuentro todo. Él solo ocupa mi pensamiento Y todo lo demás, fuera de Él, es sombra, aflicción, y vanidad Por Él lo dejaré todo para irme a ocultar tras las rejas del Carmen, si es su voluntad, y vivir sólo para Él. ¡Qué dicha, qué placer! Es el cielo en la tierra.

Pero entre tanto, qué siglos son los años que se esperan para darle el dulcísimo nombre de Esposo. Qué tristes los días de destierro. Pero Él está junto a mí y me dice muy seguido: “Amiga muy querida”. Esto me infunde ánimo y sigo esforzándome para hacerme un poco menos indigna del título que llevaré. ¡Ah!, ¿dónde será el lugar donde celebraremos nuestros desposorios y el lugar donde viviremos unidos? Me ha dicho el Carmen. Pero cada vez que quiero mirarlo más de cerca, parece que Él lo cubre con un velo para que nada vea, y sin esperanza me retiro triste y desolada. Veo que mi cuerpo no resistirá, y todos los que están al cabo me repiten: “Es muy austera esa Orden y tú eres muy delicada”. Pero Tú, Jesús, eres mi amigo y como tal me proporcionas consuelo. Cuando salí a la casa por el día, me encontré que la Madre Superiora del Carmen, sin conocerme, me había enviado un retrato de Teresita del niño Jesús, con mi mamá; lo que me ha proporcionado mucho gusto. Me encomendaré a Teresita para que me sane y pueda ser carmelita. Pero no quiero sino que se cumpla la voluntad de Dios. Él sabe mejor lo que me conviene. ¡Oh Jesús, te amo; te adoro con toda mi alma!

Viernes primero. Anoche vino la Madre Izquierdo a verme en mi alcoba. Y, al decirle yo que tenía un dolor muy grande de muelas y que todo el día había estado con dolor de cabeza, me dijo estas palabras que Jesús me había dicho en otras circunstancias penosas: “Hija mía, Jesús la quiere mucho, la rodea con su cruz. Ofrézcale este dolor como una flor para su comunión de mañana”. Quiero mucho a esta Madre. Es una verdadera santa.

Miércoles ocho. Hoy pronunciaron los votos dos novicias; me ha hecho gran impresión. Se adelantaron y delante de la santa hostia le prometieron ser sus esposas. ¡Oh, qué dignidad tan sublime! ¡Cuándo podré decirle yo al mundo mi último adiós. También una postulante recibió el hábito. Se puede decir que es la novia de Jesús...

7 de diciembre. Es mañana el día más grande de mi vida. Voy a ser esposa de Jesús. ¿Quién soy yo y quién es Él? El todopoderoso, inmenso, la Sabiduría, Bondad y Pureza. ¡Oh, Jesús, mi amor, mi vida, mi consuelo y alegría, mi todo! ¡Mañana seré tuya! ¡Oh, Jesús, amor mío!

Madre mía, mañana seré doblemente tu hija. Voy a ser esposa de Jesús. Él va a poner en mi dedo el anillo nupcial. ¡Oh, soy feliz!, pues puedo decir con verdad que el único amor de mi corazón ha sido Él.

Mi confesor me dio permiso para hacer voto de castidad por nueve días y después me seguirá indicando las fechas. Soy feliz. Tengo mi fórmula escrita: “Hoy, ocho de diciembre de 1915, de edad de 15 años, hago el voto delante de la Santísima Trinidad y en presencia de la Virgen María y de todos los santos del

cielo, de no admitir otro esposo sino a mi Señor Jesucristo, a quien amo de todo corazón y a quien quiero servir hasta el último momento de mi vida”. Hecho por la novena de la Inmaculada para ser renovado con el permiso del confesor¹⁴⁷.

15 de junio 1917. No sólo soy Esposa de Jesús, sino que hoy me he unido más a Él. Soy su hermana. Soy hija de María. Desde hoy como las princesas que las llevan al palacio del prometido para ser formadas como él, ahora también voy a entrar a mi alma, la casa de Dios. Allí me espera mi Madre y mi Jesús. ¡Oh, cuánto lo amo!¹⁴⁸.

Mañana (21 de junio de 1917), día de San Luis Gonzaga, voy a hacer el voto de no cometer ningún pecado voluntario. Jesús mío, ayúdame para cumplirlo. Mi meditación ha sido buena. Hice lo que el padre me recomendó. Mi Jesús me habló mucho esta mañana. Me apoyó sobre su corazón y me dijo que me amaba. ¡Su voz era tan dulce! ¡Lo amo tanto! Soy toda de Él. Me dijo que apuntara los actos que hacía, pero se me olvidó. También (me dijo) que lo imitara.

Anoche Jesús me dijo que sufría mucho. Se reclinó sobre mi corazón y allí lloró y yo con Él. Me dijo que una nueva persecución se iniciaba contra Él, y que amaba tanto a los hombres que no podía vivir sin ellos. Todas las noches le doy un beso en el que le envío mi ser. Estoy tan cerca de su altar... Una puerta nos separa. Entonces me lo figuro prisionero y que le voy a abrir su prisión y lo traigo a mi corazón¹⁴⁹.

Junio 24 de 1917. Esta mañana, al despertar, la Virgen mi Madre, me felicitó. Fue la primera. Jesús me dijo que Él no me felicitaba, porque entre esposos no se usa. Sólo presentó los regalos. ¡Tan ideal Jesús! Todo el día he sufrido porque he deseado que me agasajaran más por ser mi día (san Juan Bautista). Los corazones de los hombres aman un día y al otro son indiferentes. Sólo Dios no cambia...

Junio 27. Salí primera en historia. Estoy feliz. Yo que jamás tenía primeros puestos, ahora la Virgen me los da. Se los pido por dar gusto a mi papá y mamá y, sobre todo por ser el último año y quiero dejar buen recuerdo para que vean que, aunque pienso ser carmelita, soy aplicada¹⁵⁰.

5 de julio de 1917. Hoy hice el voto de no cometer pecado voluntario y, gracias a Dios, lo cumplí. Predicaron tan bien... Parece que Jesús lo eligió para

¹⁴⁷ Diario pp. 45-46.

¹⁴⁸ Ib. pp. 56-57.

¹⁴⁹ Ib. p. 58.

¹⁵⁰ Ib. p. 59.

*mí... Hoy he ejercido mi apostolado. Di un buen consejo. Jesús me lo inspiró. También hice tomar la sopa a tres chiquillas, haciéndoles hacer un actito por Jesusito. Además, fuimos a ver a una chiquilla enferma. Así es que tuvimos la ocasión de hacer un acto de caridad. Jesús querido, ¿cuándo estaré a tu lado? ¡Te amo!, deseo unirme a Ti eternamente!*¹⁵¹.

Julio 13 de 1917. Hoy cumplí 17 años; un año menos de vida. Un año menos en distancia de la muerte, de la unión eterna con Dios. Un año sólo para arribar al puerto del Carmelo...

*Julio 15. Sufrí bastante ayer. Me hicieron unos remedios que me dolían mucho, pero no me quejé. Estaba feliz porque sufría; pues sentía que en las espaldas me enterraban alfileres, pero me acordaba de mi Jesusito cuando lo azotaban y estaba muy feliz sin manifestar mi dolor. Sin embargo, la última vez, ni hablaba casi. Después me acosté; por lo que me preguntaron si me dolía. Yo les dije que tenía sueño, pues era cierto*¹⁵².

*Me confesé de los pecados de toda mi vida... Y cuál no sería mi alegría al oír que el padre me decía: “Usted por la gracia de Dios no ha tenido la desgracia de cometer ningún pecado mortal. Usted se ha expuesto y Dios, con amor, la preservó. Dé gracias de corazón. Cuando no se ha perdido la inocencia bautismal, el voto de consagrarse a Dios no es ya de castidad, sino de virginidad. Ofrézcale, pues, su virginidad”*¹⁵³.

*Cuando comulgo, siento ánimo. Jesús me da vida, no sólo la del alma, sino la del cuerpo... Mañana comulgaré. Conseguí permiso. ¡Oh, qué felicidad; mañana tendré el cielo en mi corazón!*¹⁵⁴.

Jueves 18 de octubre de 1917. Hoy una Madre nos repartió dulces y, como me dio uno chico, me dio rabia y lo boté y después no le admití el otro que me dio. Jesús querido, ¿qué dices de este soldado tan cobarde, tan imperfecto? Perdóname. Otra vez seré mejor...

Octubre 23. Hoy no pude comulgar porque estuve enferma esta mañana. ¡Oh, qué hambre tengo de Jesús! Le amo, pero no siento la dulzura de su amor. No le veo. No importa. Se lo ofrezco a Jesús por mis pecados...

Octubre 29. Mañana es día de recreo para las Hermanitas, así es que las hijas de María las vamos a reemplazar, tomando el oficio de Marta. ¡Qué feliz es

¹⁵¹ Ib. p. 61.

¹⁵² Ib. p. 62.

¹⁵³ Ib. p. 66.

¹⁵⁴ Ib. p. 70.

el alma que vive de la fe! Mañana voy a servir, a ser sirviente, sierva, que es lo que me corresponde. Pero en la persona del prójimo voy a servir a Dios, a mi Jesús. Hoy no comulgúé, porque ayer salí por la procesión del niño Jesús, por Ignacio (su hermano). No le hizo el milagro, pero está mejor. Fue mi papá, por lo que tuve mucho gusto. ¡Le pedí a Jesús que lo sanara! Él está más enfermo que Ignacito ¹⁵⁵.

Noviembre 16 de 1917. Anoche, una hora con Jesús. Hablamos íntimamente. Me reprochó el que yo no acudiera como antes en mis dudas y penas a su Corazón. Que me quería virgen sin que ninguna criatura me tocara, pues debía ser toda para Él. Me apoyó sobre su Corazón. Después me habló de la pobreza. Cómo salí de Él sin nada. Que todo es de Él. Que todo pasa, es vanidad. Después me habló de la humildad de pensamiento, de acción, de la ciencia vana. Me abrió su Corazón y me mostró que por mis oraciones tenía escrito el nombre de mi papá... Después me reveló su amor, pero de tal manera que lloré. Me mostró su grandeza y mi nada y me dijo que me había escogido para víctima. Que subiera con Él al Calvario. Que emprenderíamos juntos la conquista de las almas: El, capitán y yo soldado. Nuestra arma, la Cruz. La divisa, el amor. Me dijo que sufriera con alegría, con amor. Que todos los días sacara una espina de su Corazón. Que le amara. Me dijo que sería carmelita, que no desconfiara, que no lo dijera, pues tratarían de persuadirme que no. En fin, que no fuera sino de Él: virgen, intacta y pura ¹⁵⁶.

Abril 13 de 1918. Estoy en un estado tan terrible. Rabiosa. Con deseos de portarme mal. Sin gusto por la oración, pues en ella encuentro sequedad. Siento desesperación. Falto a cada instante a mi deber. Y Jesús me dijo hoy que era, porque me apegaba a las criaturas. Quería ser querida de ellas. Lloro porque yo no sé lo que me pasa y no tengo quien me aconseje, quien me ayude...

Mayo 25. Me confesé con el padre López. Gusté de la paz que hacía tres meses no encontraba ¹⁵⁷.

Julio 17 de 1918. Ayer le dije a Jesús que, si era verdad que Él me hablaba, hiciera que la Madre Izquierdo me hiciera esta pregunta: “¿Ama a nuestro Señor?”. Cómo sería hoy mi turbación, cuando oigo a la Madre que me dice: “¿Ama a Cristo?”. Yo me puse granate de emoción y me callé y ella me dijo: “¿Y no me contesta con toda su alma?”. Yo le dije: “Sería un monstruo, si no le amara”...

¹⁵⁵ Su padre estaba un poco descuidado de las prácticas religiosas. Después de la muerte de Juanita cambió mucho y comulgaba casi a diario y rezaba el rosario. Murió el 1 de agosto de 1923. Diario p. 75.

¹⁵⁶ Diario pp. 77-78.

¹⁵⁷ Ib. p. 81.

*Julio 20. He sufrido como nunca en mi vida. Estoy feliz. Ha sido un cielo para mí. Me iban a sacar una muela, pero se partió y no me la pudieron sacar. Hubo un momento que perdí la cabeza del dolor. Me da no sé qué haber llorado, pero no pude más. Todo se lo he ofrecido a nuestro Señor por ellos. He sufrido todo el día y he aparentado como que no me dolía. ¡Oh Jesús, quiero sufrirlo todo por mis pecados y por ellos!*¹⁵⁸.

*Julio 31. Me sacaron la muela, gracias a Dios, pero cloroformada. He sufrido con la muela como ya no es posible decir. Pasé dos noches sin dormir y ayer gritaba del dolor; pero en la noche me propuse no llorar para ofrecérselo a Dios y aguanté el dolor toda la noche sin quejarme. Quiero a la muela, porque me ha hecho sufrir*¹⁵⁹.

14 de mayo de 1919. Hace ocho días que estoy en el Carmelo. Ocho días de cielo. Siento de tal manera el amor divino, que hay momentos que creo no voy a resistir. Quiero ser hostia pura, sacrificarme en todo continuamente por los sacerdotes y pecadores. Hice mi sacrificio sin lágrimas. Qué fortaleza me dio Dios en esos momentos. Cómo sentía despedazarse mi corazón al sentir los sollozos de mi madre y hermanos. Pero tenía a Dios y Él sólo me bastaba.

Nuestro Señor me reprocha las menores imperfecciones y me pide los sacrificios más pequeños; pero me cuestan tanto que es inconcebible. Me pidió que viviera en un recogimiento continuo. Que no mirara a nadie. Que todo lo hiciera por amor. Que obedeciera a la menor indicación. Que tuviera mucho espíritu de fe.

*17 de Mayo 1919. He sentido mucho amor divino. En la oración sentí que el Sagrado Corazón se unía a mí. Y su amor era tanto que sentía todo mi cuerpo abrasado en ese amor y estaba sin sentir mi cuerpo. Me tocaron para que me sentara, y me produjo una sensación tan desagradable que me puse a tiritar. El amor de Dios se me manifestó de tal manera que no sabía lo que me pasaba. Pasé así cerca de una hora tres cuartos. Nuestro Señor me dijo que me abandonara a Él totalmente y que atrajera muchas almas al abandono total de sí mismas. Me ofrecí como víctima para que manifestara a las almas su infinito amor. Me dijo que todo lo hiciera uniéndome a Él*¹⁶⁰.

¹⁵⁸ Ib .p. 83.

¹⁵⁹ Ib. p. 84.

¹⁶⁰ Ib. pp. 102-103.

TERCERA PARTE SU GLORIFICACIÓN

MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

Su hermana Rebeca declaró: *Debido al sufrimiento que me produjo la separación de mi hermana, que desde tanto tiempo yo veía aproximarse sin poderlo evitar; y como por otra parte con nadie desahogaba mi pena, al fin la naturaleza se rindió, y, desde la víspera de su entrada al convento, me principiaron unos desmayos, que me hacían caer al suelo a la menor impresión en cualquier parte que estuviese. El doctor dijo que se trataba de un debilitamiento nervioso. Bastaba que en mi presencia se nombrara a Juanita para que yo cayese de espaldas. A veces al caer, recobraba el conocimiento, pero otras lo perdía por bastante tiempo. Siempre que esto acontecía, no podía hacer movimiento alguno porque no tenía fuerzas en los miembros, de tal manera, que al intentar levantarme, volvía a caer.*

También en vez de llorar, me reía largos ratos y a veces, sin motivo, no estando en mi poder dominarme; y me eran ocasión de mayor risa las miradas de compasión que me dirigían los presentes, sobre todo mi mamá que estaba muy preocupada de mi estado. A esto se agregó una total inapetencia y comencé a padecer de insomnio, llegando a veces a dormir de dos a tres horas y éstas con grandes pesadillas. Pasé así todo el año, sin que el régimen a que me sometió el médico hiciera efecto.

En el momento en que ocurrió la muerte de mi hermana, yo me encontraba peor que nunca, física y moralmente a causa de las luchas que me ocasionaba mi vocación. Pero al morir mi hermana, todas las tinieblas de mi alma se disiparon, recobré la paz y comprendí que Dios me llamaba a ocupar su hueco. Entonces yo le pedí a nuestro Señor, por intercesión suya, que a partir de ese momento no me volvieran los desmayos, y normalizase mi salud para poder realizar mis deseos, y esto me concedió. También espiritualmente he experimentado mucho su protección ¹⁶¹.

Juanita rezó mucho por su hermano Lucho que había perdido la fe y andaba ciego y desorientado, deseando encontrar a ese Dios en quien ya no creía. Años más tarde, en 1942, a la muerte de Rebeca, escribió: *Todo se me ha ido con ella. Todo. Parece que por segunda vez se me hubiera muerto la Juanita... Jamás he necesitado tanto de creer y, desde que se ha ido, voy como un ciego, que*

¹⁶¹ Appendix documentorum de la Positio super virtutibus, Roma, 1988, p. 80.

busca en la sombra. Llamo, pido, pero el Dios de “ellas” está mudo para mí. ¿Hasta cuándo? Lucho vivió 87 años y un año antes de morir pudo exclamar jubiloso: El mayor milagro moral de Juanita fui yo. Había recobrado la fe perdida y pudo gozar de una paz profunda en su vida cristiana sin que le volvieran a molestar sus antiguas dudas.

Delia Leiva, domiciliada en Los Andes refiere el siguiente caso: La niña Hilda Leiva molestó involuntariamente con una varilla de mimbre a un caballo, el cual le dio tan recia patada que le hundió el cráneo cerca de una de las sienas fracturándolo en varios pedazos. La madre la llevó inmediatamente al hospital y el doctor Rosende que la vio juzgó el caso gravísimo y le aconsejó que se trasladara inmediatamente a Santiago, porque la operación era muy delicada y en la capital había instrumentos más a propósito para levantar el hueso del cráneo. Entretanto la desconsolada madre encomendó la salvación de su hijita a la hermana Teresa de Jesús y mandó al monasterio de las carmelitas pedir oraciones por esta intención.

Las religiosas le enviaron una imagen de la hermana encomendando a ella la vida de la niña. Llegadas a Santiago, el día siguiente, Hilda fue atendida en el hospital Roberto del Río. El doctor del establecimiento encontró el caso gravísimo tanto por la fractura que dejaba al descubierto parte de los sesos, como por el mal estado de la paciente. En vista de su gravedad y peligro, se le administró la santa extremaunción antes de la operación. Se le extrajeron varios pedacitos y astillas del hueso del cráneo quedando la niña entre la vida y la muerte, de manera que el doctor que la operó dijo a la madre que solo Dios podía salvarla. En efecto, la niña mejoró contra toda esperanza y algún tiempo después vino en persona a cumplir la promesa que por ella había hecho su madre¹⁶².

Una señora vino de Santiago (a Los Andes) a agradecer a sor Teresa por su curación de un cáncer del estómago. Los médicos la habían desahuciado. Ella se encomendó a sor Teresa, después de haber estado en cama unos dos años. A los tres meses de pedirle, quedó curada¹⁶³.

El señor Domingo Medina, profesor, tenía un hijo enfermo y gastó una fortuna para recuperar la salud del hijo, cuya enfermedad no podían conocer los

¹⁶² Appendix documentorum oc., p. 82.

¹⁶³ Sum pp. 28-29.

*médicos. Incluso llegaron grandes médicos del extranjero y no daban con la enfermedad y su cura. Oyó hablar de una monjita que decían era santa, sor Teresa, y le encomendó la salud y la vida de su hijo. Al poco tiempo su hijo estaba sano y es hoy don Domingo Medina (hijo). Como agradecimiento a sor Teresa, él, con implementos de trabajo y con sus propias manos, cavó la sepultura y ayudó al traslado del cuerpo de la sierva de Dios al coro*¹⁶⁴.

Sor Isabel de la Trinidad dice: *Una señora, Adela Santa Cruz, nos contó que una de sus hijas tenía 16 cavernas en los pulmones y había sido desahuciada por los médicos. Se encomendaron a sor Teresa y, al poco tiempo, un médico la examinó y se maravilló al constatar que todas las cavernas estaban cicatrizadas. La joven se curó y ahora está casada*¹⁶⁵.

El padre Francisco Lyon dio el siguiente testimonio: *Después de muerta la sierva de Dios, supo el testigo que realizó un milagro importante en 1974 ó 1975 por contacto del crucifijo de profesión de sor Teresa sobre el pecho de un infante, desahuciado y moribundo*¹⁶⁶.

Y cuántos otros casos habrá de los que no hemos tenido noticia o no están bien documentados. Teresa de Jesús de Los Andes está viva en medio de nosotros, oye nuestras oraciones y nos obtiene grandes bendiciones de Dios, como lo pueden atestiguar los cien mil peregrinos que cada año van a visitar su santuario y su tumba.

MONASTERIO DE LOS ANDES

Este monasterio de carmelitas descalzas fue fundado por cinco religiosas del convento de Valparaíso, que se instalaron el 2 de febrero de 1898 en el pueblo de Curimón a los pies del volcán Aconcagua. La Superiora era la Madre Margarita de San Juan de la Cruz, insigne carmelita que tiene la gloria de haber extendido en Chile la Orden, dándole tres comunidades ejemplares, que siguen todavía la observancia con rigor y perfección. Cuatro años más tarde de la fundación, por cuestión de clima y abastecimiento, el convento fue trasladado a Los Andes donde se instaló el 10 de diciembre de 1902.

Este convento era insuficiente y se construyó uno nuevo en el mismo terreno, al lado opuesto. En este convento entró Juanita. *Había escogido este convento de Los Andes, porque era muy pobre: no tenían comodidades, no había*

¹⁶⁴ Sum pp. 146-147.

¹⁶⁵ Sum p. 40.

¹⁶⁶ Sum p. 109.

*luz eléctrica, se alumbraban con velas, no había agua caliente ni servicios higiénicos. Su celda era pobrísima y sor Teresa se sentía feliz en el desamparo de las cosas materiales. Sólo le interesaba el amor al Señor*¹⁶⁷.

El actual convento de Los Andes fue construido en 1925 al lado mismo de este último convento. El terreno del convento en el que vivió nuestra santa fue comprado y ahora es propiedad privada. En el nuevo monasterio se construyó una bella iglesia inaugurada el 2 de febrero de 1938. Al fondo del coro se encontraba en el subsuelo, la tumba con los restos mortales de la sierva de Dios, que fueron trasladados allí el 1 de abril de 1940.

Desde 1925 el convento pertenecía a la diócesis de San Felipe. Anteriormente pertenecía a la gran arquidiócesis de Santiago.

El 18 de octubre de 1987 las carmelitas descalzas de Los Andes se trasladaron al nuevo monasterio de Auco. También llevaron la urna que contenía los restos de sor Teresa y que fueron depositados en el presbiterio de la capilla del monasterio, dentro de una fosa ubicada delante del altar, permaneciendo 14 meses hasta su traslado definitivo a la cripta del santuario, siendo su inauguración el 11 de diciembre de 1988. Mensualmente más de cien mil personas acuden a venerarla a este santuario chileno.

BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

El 3 de abril de 1987 el Papa Juan Pablo II beatificó a Teresa de Los Andes en el parque O'Higgins de Santiago de Chile.

El milagro aprobado para su beatificación fue la curación de un joven bombero, Héctor Uribe Carrasco, que el 4 de diciembre de 1985 cayó desde una alta techumbre, recibiendo una fuerte descarga eléctrica. Los médicos lo declararon clínicamente muerto. Su madre y sus compañeros lo encomendaron a sor Teresa de Los Andes y le pusieron en el pecho una reliquia de sor Teresa. A los pocos minutos recuperó los signos vitales y la salud. Este milagro fue aprobado para la beatificación de sor Teresa por la comisión vaticana.

Su canonización tuvo lugar en la basílica de San Pedro en Roma. La realizó el Papa Juan Pablo II el 21 de marzo de 1993.

El milagro aprobado para su canonización fue la curación de Marcela Antúnez Riveros, de once años. Fue con otras compañeras del colegio Los

¹⁶⁷ Sum p. 280.

Condes de Santiago de Chile el 7 de diciembre de 1988, al Estadio del Banco de Chile. Ella, después de comer al mediodía, quiso bañarse sola en la piscina y se sintió mal, se resbaló y se hundió. Eran las tres de la tarde aproximadamente. Nadie la vio y probablemente estuvo hundida más de cinco minutos, aparte del tiempo que tardaron en darse cuenta de que faltaba, y la buscaron y la sacaron del agua, más algunos minutos que pasó sin respirar fuera del agua. La llevaron de emergencia a la Clínica alemana. Sus compañeras desde el primer momento, la creyeron muerta y se pusieron de rodillas rezando a la beata sor Teresa de Los Andes. Una hora después de estar en cuidados especiales en la Clínica, ya podía respirar por sí misma y se recuperó totalmente y sin secuelas que lamentar. Los médicos se asombraron de su recuperación, ya que, habiendo estado sin respirar varios minutos, debía haber quedado al menos con secuelas neurológicas negativas. Los médicos de la comisión médica del Vaticano declararon que su caso era inexplicable para la ciencia.

CRONOLOGÍA

- 1900 Nace el 13 de julio Santiago de Chile.
Bautizada en la parroquia de Santa Ana el 15 de julio con el nombre de Juana Enriqueta Josefina de los Sagrados Corazones.
- 1906 Aprende a leer en el colegio de las Teresianas.
- 1907 Ingresa como externa en el colegio de las religiosas del Sagrado Corazón.
El 13 de mayo muere su abuelo materno Eulogio Solar Quiroga.
- 1910 El 11 de septiembre recibe la primera comunión en la capilla del colegio.
- 1914 El 30 de diciembre es operada de apendicitis.
- 1915 En el mes de julio ingresa como interna en el Colegio del Sagrado Corazón. El 8 de diciembre hace voto de castidad, que irá renovando periódicamente.
- 1917 El 15 de junio recibe la medalla de hija de María. El 8 de agosto hace confesión general y el confesor le asegura que no ha cometido en su vida ningún pecado mortal.
- 1918 El 12 de agosto deja definitivamente el internado y vuelve a casa.
El 7 de septiembre escribe a la M. Angélica, solicitando ser admitida en el monasterio de Los Andes.
- 1919 El 11 de enero visita con su madre a las carmelitas de Los Andes.
El 7 de mayo ingresa en las carmelitas descalzas de Los Andes.
El 14 de octubre toma el hábito de carmelita descalza.
- 1920 Primeros días de marzo, asegura que morirá dentro de un mes.
El 2 de abril, Viernes Santo, cae en cama gravemente con tifus.
El 6 de abril hace su profesión religiosa *in articulo mortis*.
El 12 de abril muere a las 19:15 horas, a los 19 años y nueve meses.
El 14 de abril: funerales y entierro.

- 1940 El 17 de octubre traslado de sus restos al sepulcro construido bajo el coro de las religiosas.
- 1987 El 13 de abril el Papa Juan Pablo II la beatifica en Santiago de Chile.
El 18 de octubre las carmelitas descalzas de Los Andes se trasladan al nuevo monasterio de Auco, llevando sus restos.
- 1988 El 12 de diciembre: solemne dedicación del santuario Nuestra Señora, Virgen del Carmen.
- 1993 El 21 de marzo, en la basílica de San Pedro de Roma, Juan Pablo la canonizó, declarándola santa.

